

COLECCIÓN BAJO LA LUPA

Ensamblajes del pasado

Lugares, objetos y reflexiones



DANIEL PASCUAL
RODRIGO MERA & DOINA MUNITA
SIMÓN URBINA
BENJAMÍN BALLESTER
ROLANDO GONZÁLEZ
FLAVIA MORELLO

Selección de textos
DANIEL QUIROZ

ENSAMBLAJES DEL PASADO
LUGARES, OBJETOS Y REFLEXIONES

Colección Bajo la Lupa
Volumen IV

©Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Colección Bajo la Lupa
Ensamblajes del pasado
Lugares, objetos y reflexiones

Inscripción N° 2021-A-2325
ISBN 978-956-244-513-9

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretario del Patrimonio Cultural
Emilio De la Cerda Errázuriz

Director Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Carlos Mailet Aránguiz

Subdirectora de Investigación y Directora Responsable
Susana Herrera Rodríguez

Autores

*Daniel Pascual, Rodrigo Mera & Doina Munita, Simón Urbina,
Benjamín Ballester, Rolando González, Flavia Morello*

Selección de textos
Daniel Quiroz

Diseño de portada y diagramación
Leticia Martínez Vergara

Editora de texto
María Macarena Dolz Amor

Correctora de pruebas
Pilar de Aguirre Cox

Editora de imagen
Marisol Andrea Toledo Peñaloza

Coordinadora Proyecto Bajo la Lupa
Daniela Mahana Goldberg

Fotografía portada
*Fragments de cerámica esmaltada o mayólica de tradición europea, ss. XVII y XVIII
Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1530
Fotografía de Darío Tapia*

Ediciones de la Subdirección de Investigación
Av. Libertador Bernardo O'Higgins n° 651
Teléfono: 56-223605278
www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl
Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
2021

ENSAMBLAJES DEL PASADO

LUGARES, OBJETOS Y REFLEXIONES

DANIEL PASCUAL
RODRIGO MERA & DOINA MUNITA
SIMÓN URBINA
BENJAMÍN BALLESTER
ROLANDO GONZÁLEZ
FLAVIA MORELLO

SELECCIÓN DE TEXTOS
DANIEL QUIROZ



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

9

La Fundición 1.

Pensar a los cazadores-recolectores del Holoceno Temprano desde el interior
de la Región de Coquimbo

DANIEL PASCUAL

13

Lo que el tiempo se llevó.

Revisión de Gorbea-3, un antiguo *eltun* en la cuenca del río Donguil

RODRIGO MERA & DOINA MUNITA

41

Vida cotidiana en el castillo de Niebla.

Colecciones cerámicas y cartografías históricas

SIMÓN URBINA

71

Arpones precolombinos de Antofagasta.

Acople de partes, collage de materiales, ensamblaje de seres y
mosaico de paisajes

BENJAMÍN BALLESTER

101

Más que simples adornos.

Una nueva mirada a la colección de tembetás del Museo del Limarí

ROLANDO GONZÁLEZ

139

Lectura tecno-económica de líticos fueguinos de isla Navarino (~55° sur)

FLAVIA MORELLO

163

AUTORES

179

PRESENTACIÓN

El nombre de este libro, *Ensamblajes del pasado*, es una referencia explícita a un término propuesto en 1980 por Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mille plateaux* [Mil mesetas], segundo volumen de su obra *Capitalismo y esquizofrenia*. En realidad Deleuze y Guattari usan la palabra *agencement*, traducida en su versión inglesa por *assemblage*. Preferimos este término (*ensamblaje*, en su versión castellana), aunque algunos críticos han planteado dudas respecto de la pertinencia de dicha traducción (Buchanan 2015). ¿Qué quieren decir estos autores con la palabra ensamblaje o, más bien, *agencement*? Gilles Deleuze responde que “es una multiplicidad hecha de términos heterogéneos y que establecen lazos, relaciones entre ellos, a través de las edades, sexos y reinos de diferente naturaleza; así, la única unidad del ensamblaje es la del co-funcionamiento; es una simbiosis, una ‘simpatía’. No son las filiaciones las importantes, sino las alianzas, las aleaciones; no las sucesiones, líneas de descendencia sino los contagios, las epidemias, el viento. Los magos están conscientes de esto. Los animales son definidos menos por sus géneros, especies, órganos y funciones, que por los ensamblajes en los que participan” (Deleuze & Parnet 2002: 69). Los ensamblajes son “multiplicidades colectivas dinámicas de animales humanos y no-humanos y cuerpos ligados por la fuerza de los afectos alrededor de objetos centrales (artefactos no-activos), que poseen formas colectivas de expresión” (Raby 2019: 529).

En la práctica, Deleuze y Guattari hablan de dos tipos de ensamblajes, que llaman *maquínicos* y *colectivos de enunciación*, imbricados de complejas maneras, sin que se pueda establecer la primacía de uno sobre otro: “Según un primer eje, horizontal, un ensamblaje incluye dos segmentos, uno de contenido, otro de expresión. Por un lado es ensamblaje maquínico de cuerpos, de acciones y de pasiones, mezcla de cuerpos que actúan los unos sobre los otros; por el otro, es ensamblaje colectivo de enunciación, de actos y de enunciados, transformaciones incorporales que se atribuyen a los cuerpos. Pero, según un eje vertical orientado, el ensamblaje tiene, por un lado, partes territoriales o reterritorializadas, que lo estabilizan, y por el otro, máximos de desterritorialización que lo arrastran” (2004: 92;

hemos reemplazado la palabra agenciamiento de la traducción española por ensamblaje).

Cuando se refieren a los ensamblajes maquínicos piensan en el dominio de los objetos físicos, cómo se interrelacionan y se afectan entre sí; en cambio, cuando hablan de los ensamblajes colectivos de enunciación, se refieren, más bien, al dominio del lenguaje, cuya función no es representar sino repetir, es expresar performativamente lo que llaman transformaciones incorporales. Proponen que la mayoría, sino todas las entidades, “que van desde los átomos hasta los planetas, de las partículas de hidrógeno hasta los ríos, de los anticuerpos a los capibaras, y de los matrimonios a los estados naciones”, son ensamblajes maquínicos (Kleinherenbrink 2020).

George Marcus y Erkan Saka señalan que en la actualidad el término *ensamblaje* se ha constituido en “un recurso para abordar el análisis y escritura del problema modernista de lo heterógeno en lo efímero, mientras preserva algún concepto de lo estructural, tan incrustado en la empresa de investigar en ciencias sociales”, agregando que “el espacio-tiempo en el que el ensamblaje es imaginado es inherentemente inestable e infundido de movimiento y cambio”, de manera que “parece estructural, un objeto con la materialidad y estabilidad de las metáforas clásicas de estructura, pero el intento de su uso estético es precisamente socavar tales ideas de estructura”. Esta manifiesta ambigüedad se puede referir a “un estado subjetivo de cognición y experiencia de la sociedad y la cultura en movimiento, de un pasado reciente a un futuro cercano (lapso temporal de emergencia) o a relaciones objetivas, una formación cuasi-estructural, material, un producto describible de condiciones sociales emergentes, una configuración de relaciones entre diversos sitios y cosas” (2006: 102).

El uso del concepto de ensamblaje en Deleuze y Guattari intenta mediar entre las dos variedades clásicas del pensamiento modernista: la estética, juguetona y crítica (arte & arquitectura) y la técnica y formal (matemáticas, teoría de conjuntos, topología); la primera, “celebra la intratablemente impredecible y contingente vida contemporánea, que cambia rápidamente”; la segunda, “espera un entendimiento de los principios estructurales de orden (y desorden) en el juego de los eventos y procesos” (Marcus & Saka 2006: 102-104).

En lo que respecta a la arqueología, se ha argumentado que “la fascinación con el concepto se explica, en gran medida, por nuestra familiaridad con los ensamblajes arqueológicos, con la primacía que tiene esta palabra en nuestra imaginación disciplinaria colectiva” (Hamilakis & Jones 2017: 80). Los ensamblajes arqueológicos tienen dos significados distintos pero relacionados: son un “agregado de objetos elaborados en el mismo material (p.e. un ensamblaje de cerámica o lítico) o unidos por similitudes tipológicas o estilísticas compartidas”, o bien son “agregados de distintos objetos unidos por un contexto distintivo y claramente definido de escala variable, p.e. el ensamblaje arqueológico de una cueva o el ensamblaje arqueológico de una fase cronológica” (Hamilakis & Jones 2017: 77).

Este libro contiene seis trabajos que buscan tratar las materialidades conservadas en los museos como ensamblajes arqueológicos (tres de ellos hablan de sitios [Pascual, Mera & Munita y Urbina] y los otros tres de objetos [Ballester, González y Morello]), que relacionan y mezclan información proveniente de diversas fuentes, no solo aquella obtenida mediante sus excavaciones.

Daniel Quiroz

Subdirección de Investigación,
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

REFERENCIAS

- Buchanan, I. (2015). Assemblage Theory and Its Discontents. *Deleuze Studies*, 9(3): 382-392.
- Deleuze, G. & F. Guattari (2004). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Deleuze, G. & C. Parnet (2002). *Dialogues II*. Nueva York: Columbia University Press.
- Hamilakis, Y. & A. M. Jones (2017). Archaeology and Assemblage. *Cambridge Archaeological Journal*, 27(1): 77-84.
- Kleinherenbrink, A. (2020). Metaphysical Primitives: Machines and Assemblages in Deleuze, DeLanda, and Bryant. *Open Philosophy*, 3: 283-297.

Marcus, G. & E. Saka (2006). Assemblage. *Theory, Culture & Society*, 23(2/3): 101-106.

Raby, D. (2019). Calling through the water jar. Domestic objects in Nahua emotional assemblages. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 9(3): 529-544.

LA FUNDICIÓN 1.

PENSAR A LOS CAZADORES-RECOLECTORES DEL HOLOCENO TEMPRANO DESDE EL INTERIOR DE LA REGIÓN DE COQUIMBO

Daniel Pascual

INTRODUCCIÓN

En el Norte Semiárido (NSA) de Chile se ha identificado la presencia durante el Holoceno Temprano (11000-8500 años AP) de un grupo de cazadores-recolectores muy singular y relevante para entender el desarrollo histórico de dicho territorio: se trata del denominado «complejo cultural Huentelauquén», el cual habitó ambientes costeros con incursiones estacionales al interior (Jackson y Méndez, 2005), tal como lo demuestran numerosos sitios que se le han asociado en las regiones de Antofagasta, Atacama y Coquimbo, principalmente en el litoral (Llagostera *et al.*, 2000). Pese a sus afinidades materiales y cronológicas, tales yacimientos presentan contextos arqueológicos cuyas diferencias funcionales denotan la existencia de campamentos residenciales, por una parte, y logísticos o de tareas, por otra, articulados en términos espaciales (Jackson y Méndez, 2005). A partir de ello, se han propuesto determinados patrones de movilidad y formas de uso del espacio de estas poblaciones tanto en la costa (Jackson *et al.*, 1999) como en el valle y las quebradas interiores (Jackson, 1998; Méndez *et al.*, 2004; Méndez y Jackson, 2008).

Si bien la mayoría de los estudios acerca del complejo cultural Huentelauquén se ha enfocado en áreas costeras, las evidencias de asentamientos en los valles e interfluvios del NSA son muy significativas, dando cuenta de una ocupación reiterada y de la incorporación progresiva por parte de estos grupos de recursos propios del interior (Méndez *et al.*, 2004). En este sentido, el sitio La Fundición 1 representa un eslabón clave para entender las transformaciones en el patrón de asentamiento y rangos de movilidad de estas poblaciones durante el Holoceno Temprano (Jackson y Méndez, 2005), ya que se encuentra

emplazado en una zona estratégica en medio de quebradas que comunican el litoral y la cordillera, y presenta una gran densidad, frecuencia y variedad ergológica, así como otras evidencias de prácticas culturales. Todos estos elementos permiten aproximarnos a la función que cumplió el mencionado sitio en el contexto de un sistema de movilidad caracterizado por los desplazamientos costa-interior, evidenciando, de paso, lo complejas y diversas que fueron las formas de uso del espacio en los valles transversales.

Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en La Fundición 1 primero por Castillo y Rodríguez (1977-1978), y en la década de 1990 por el equipo del proyecto Fondecyt N.º 1950036 (Castillo, 1996 Ms.; Llagostera *et al.*, 2000) permitieron identificar y recuperar un importante contexto cultural, donde sobresalen los conjuntos de materiales líticos y los restos animales, malacológicos y bioarqueológicos. La asociación del sitio al complejo cultural Huentelauquén se estableció en virtud de sus fechados radiocarbónicos (Llagostera *et al.*, 2000), de la presencia de un conjunto material diagnóstico de estos grupos (Castillo, 1996 Ms.) y de entierros humanos (Costa-Junqueira, 1996, 2001). El material más abundante y característico del asentamiento es la piedra, cuyo conjunto está compuesto por más de 73800 piezas¹, entre artefactos tallados (puntas de proyectil, bifaces, raspadores, cuchillos, raederas, raspadores, cepillos, muescas, tajadores y derivados con modificaciones) y artefactos pulidos piqueteados (ornamentos, percutores, manos de moler, sobadores, yunques, pulidor y micromorteros). Dentro de los materiales líticos diagnósticos del sitio se destacan las puntas de proyectil pedunculadas y los litos geométricos, ambos tipos característicos del complejo cultural Huentelauquén.

Más allá de ser una invaluable fuente de información sobre los cazadores-recolectores del Holoceno Temprano del interior de la región, el sitio es Patrimonio Nacional en la categoría de Monumento Arqueológico, por lo que reviste importancia social, cultural y educativa para las comunidades locales actuales.

¹ El número es un estimado parcial, puesto que las unidades de excavación del sitio no han sido contabilizadas en su totalidad (Castillo, 1996).

En atención a ello, el presente artículo tiene como objetivo poner en valor el sitio La Fundición 1 y la colección de materiales allí recuperados, depositados en el Museo Arqueológico de La Serena. Con ese fin, se presenta una síntesis de los estudios dedicados al yacimiento, se describen los conjuntos materiales y el contexto del asentamiento, y se examinan las propuestas interpretativas en torno al complejo Huentelauquén, a partir de lo cual se plantea una reflexión sobre el patrón de asentamiento y movilidad de los cazadores-recolectores del Holoceno Temprano en las zonas de interior del NSA.

ANTECEDENTES AMBIENTALES

El Norte Semiárido de Chile comprende gran parte de las regiones de Atacama y Coquimbo ($\sim 29^\circ$ a 32° S). Como lo sugiere la denominación, se caracteriza por ser un área de transición hidrológica, climática y vegetacional entre las áridas tierras del desierto de Atacama y los amplios valles mediterráneos de la Zona Central (Viet, 1993), donde los veranos se presentan secos y los inviernos traen consigo lluvias esporádicas que generan crecidas de ríos y activación de quebradas; estas precipitaciones aumentan en un gradiente latitudinal (~ 80 a 260 mm por año), generando contrastes entre el litoral y los espacios cordilleranos (Luebert y Plissock, 2006). El fenómeno de la Oscilación del Sur de El Niño (ENSO), por su parte, determina variaciones considerables en la humedad a distintas escalas temporales (Rutllant y Fuenzalida, 1991).

La Región de Coquimbo muestra una escasa distancia entre los distintos pisos altitudinales y se caracteriza por dos grandes conformaciones geográficas: una de tipo cordillerano, asociada a valles fluviales estrechos, de orientación E-W, encajonados por estribaciones de la cordillera de Los Andes y que se conectan entre ellos a través de quebradas tributarias; y otra de tipo costero, que corresponde a un paisaje más abierto, como terrazas fluviales amplias y mesetas costeras cortadas por quebradas menores que desembocan en la línea de costa.

Ubicado en la provincia de Elqui, a 60 km de la costa y 1200 msnm, el sitio La Fundición 1 se encuentra en la subárea cordillerana y de valles transversales (fig. 1), donde las pampas y los llanos áridos se juntan en un

entramado de lomas, sierras y cerros aislados (Borgel en Ladrón de Guevara, 1996 Ms.). La terraza fluvial sobre la cual está emplazada se origina en la intersección de las quebradas San Pablo y El Durazno –ambas presumiblemente utilizadas como rutas de comunicación natural hacia la cordillera y quebradas aledañas (Castillo y Rodríguez, 1977-1978)–, y se produjo por la depositación aluvial de sedimentos de las laderas adyacentes y de las sucesivas alteraciones fluviales, formando planos de inclinación en sentido E-W.



Figura 1. Ubicación geográfica de los sitios mencionados en el texto: (1) La Fundición 1 (en rojo); (2) La Chimba; (3) Los Médanos 2; (4) El Obispo 1; (5) San Pedro Viejo de Pichasca; (6) Cárcamo; (7) sitios del área Combarbalá; (8) El Teniente; (9) Huentelauquén; (10) sitios del área Los Vilos; (11) Pichidangui.

Basado en Escudero (2013).

Las condiciones climáticas del Holoceno Temprano en el NSA sufrieron cambios ostensibles a lo largo de su desarrollo. En la transición Pleistoceno-Holoceno predominaron las condiciones húmedas, que hacia los 11800 años cal AP se fueron tornando cada vez más secas (Maldonado *et al.*, 2010), hasta llegar a una fase de mayor aridez alrededor de los 9400 años cal. AP (Méndez y Jackson, 2008). Con algunas fluctuaciones, estas características perduraron hasta los 6200 años cal. AP.

La erosión de los suelos asociada a estas condiciones de mayor aridez dificulta, sin embargo, la realización de estudios paleoclimáticos específicos en la zonas andina e interior. Por consiguiente, las condiciones ambientales a partir de las cuales se ha inferido el modo de vida de las sociedades que habitaron el interior del NSA durante el Holoceno Temprano –y, en particular, de aquellas asociadas al sitio La Fundición 1– se han extrapolado de las conclusiones obtenidas para los ambientes litorales, que cuentan con mejores estudios paleoclimáticos.

HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN DEL COMPLEJO CULTURAL HUENTELAUQUÉN

El complejo cultural Huentelauquén fue definido en la costa del NSA a partir del hallazgo del sitio tipo Las Salinas de Huentelauquén, ubicado en la Región de Coquimbo, específicamente en la desembocadura del río Choapa. Los trabajos de Irribarren (1961) y Gajardo Tobar (1962-1963) avanzaron en la identificación y sistematización de los datos arqueológicos, principalmente líticos, lo que permitió plantear que el complejo se caracterizaría por la presencia de litos de diversas formas, puntas lanceoladas pedunculadas (fig. 2), manos de moler, cuchillos y restos de moluscos. Entre los sitios trabajados en este primer momento de la investigación se destacan los asentamientos costeros Pichidangui (Bahamondes, 1969), El Teniente (Weisner, 1969) y Quebrada Las Conchas (Llagostera, 1977), además de dos contextos interiores –La Fundición 1 (Castillo y Rodríguez, 1977-1978) y el taller lítico Cárcamo (Ampuero, 1969)–. El sitio Quebrada Las Conchas permitió posicionar al complejo Huentelauquén en momentos del Holoceno Temprano (9680 años AP), sobre la base de fechas radiocarbónicas, bioindicadores ictiológicos y análisis estratigráfico del contexto (Llagostera, 1977).



Figura 2. Punta de proyectil pedunculada del complejo cultural Huentelauquén, procedente del sitio La Fundición 1. Museo Arqueológico de La Serena, Colección La Fundición, n.o inv. 83-42-9.2.

Fotografía de Juan Pablo Turén.

La segunda fase de investigación de la problemática Huentelauquén fue impulsada por el trabajo que dos equipos desarrollaron en paralelo desde mediados de la década de 1990. El primero, correspondiente al proyecto Fondecyt N.º 1950036, se enfocó en integrar y sistematizar los asentamientos conocidos para el complejo Huentelauquén en un nivel macroespacial, efectuando algunos fechados radiocarbónicos y el estudio bioantropológico de los restos óseos humanos recuperados (Costa-Junqueira y Quevedo, 2000; Costa-Junqueira, 2001). Llagostera *et al.* (2000) definieron 2 zonas geográficas y 2 fases cronológicas para comprender el desarrollo de este complejo cultural. Respecto de las primeras, la Zona I (correspondiente a las regiones de Antofagasta y Atacama, es decir, al Norte Árido) se caracteriza por la presencia del desierto, lo que habría determinado una subsistencia con orientación litoral; la Zona II (Región de Coquimbo o Norte Semiárido), en cambio, posee valles interiores fértiles, por lo que allí se habrían incorporado con mayor frecuencia alimentos como el guanaco y el zorro, además de otros recursos terrestres (Llagostera *et al.*, 2000). En cuanto a la temporalidad,

la Fase I (10500-9400 años AP) —observada solo en la Zona I— se caracterizaría por una subsistencia enfocada en la pesca y la recolección, con una fuerte adaptación marítima, mientras que la Fase II (9500-8000 años AP) —representada en ambas zonas— se asociaría a la presencia de litos geométricos —con variaciones en la morfología, tamaño y cantidad de puntas de un territorio a otro— y a la existencia de asentamientos interiores en la Zona II (Llagostera *et al.*, 2000). Concluyen, por tanto, que lo que tradicionalmente se ha designado como «complejo Huentelauquén» (asociación de litos geométricos y puntas lanceoladas pedunculadas) correspondería exclusivamente a la Fase II (Llagostera *et al.*, 2000).

Un segundo núcleo de trabajo (Fondecyt N.º 1950036) desarrolló una investigación a escala más local en la costa de Los Vilos, orientada a definir aspectos de patrón de asentamiento y movilidad del complejo cultural Huentelauquén. Sus resultados refutan algunos de los planteamientos de Llagostera *et al.* (2000), específicamente en lo referido a la cronología y la subsistencia. En relación a lo primero, los fechados de sitios como Punta Purgatorio (Jackson *et al.*, 1997-1998), Punta Ñagué (Jackson, 1993) y Punta Penitente (Méndez, 2002) sitúan la ocupación Huentelauquén en la costa de los Vilos hacia los 11000-10000 años AP, es decir, mucho antes de lo establecido por Llagostera *et al.* (2000) para esta zona. Con respecto a la subsistencia, Jackson y Méndez (2005) señalan que la presencia de mamíferos terrestres es minoritaria en comparación con los restos de peces y moluscos hallados en los conchales, de lo que se desprende que los grupos Huentelauquén de la costa de Los Vilos habrían tenido una orientación claramente marina. En vista de ello, Jackson (1997) infiere que los asentamientos ubicados en los valles interiores del NSA obedecerían a incursiones estacionales para el aprovisionamiento de recursos bióticos y abióticos complementarios.

A partir de lo anterior, Jackson y Méndez (2005) formularon para estos grupos la hipótesis de un patrón de asentamiento y movilidad nucleado-disperso, el cual distingue tipos de contextos según su funcionalidad y ubicación geográfica. Dentro de los asentamientos con orientación litoral existen campamentos residenciales y campamentos de tareas, diferenciados entre sí por la diversidad y la especificidad de actividades realizadas. Los asentamientos con

orientación a quebradas, en tanto, se comportarían como campamentos de ocupación ocasional, destinados a la explotación de recursos líticos, vegetales y mamíferos terrestres (Jackson y Méndez, 2005). Por último, aquellos contextos que escapan a las funcionalidades descritas se interpretan ya como sitios de agregación social (Las Salinas de Huentelauquén), como canteras, contextos estacionales en la cordillera o asentamientos interandinos (Jackson y Méndez, 2005).

En ese momento de la investigación (décadas de 1990 y 2000), la exploración de los asentamientos interiores del complejo Huentelauquén en el NSA fue marginal, lo que reforzó la hipótesis de una ocupación ocasional. Ejemplo de ello son los sitios L.V.D.8-2, L.V.D.5-4 y L.V.D.7-3, ubicados al interior del Choapa (Jackson, 1998), y algunos contextos de la zona de Pama y Combarbalá (Méndez, Jackson y Ladrón de Guevara, 2004), donde se registraron ocupaciones relativamente efímeras y estacionales destinadas a la obtención de recursos bióticos y abióticos. Además, quedó de manifiesto que el número de asentamientos interiores era menor que el de sitios costeros —lo que confirmaría una orientación litoral con acercamientos estacionales al interior (Jackson, 1998)—. Así, la existencia de estos asentamientos interiores se explicaría por su calidad de campamentos intermedios y transitorios dentro de un circuito de desplazamiento a gran escala entre la costa y la cordillera practicado por los grupos Huentelauquén (Jackson, 1998).

Si bien los modelos definidos por ambos equipos de investigación consideran los valles interiores del NSA como una variable ambiental y geográfica que habría influido en el sistema de asentamiento y movilidad de los grupos del Holoceno Temprano, las interpretaciones del modo de vida desarrollado en dicho espacio se realizan, en su mayoría, con la costa como referencia, sin mediar un programa de investigación dirigido a la prospección sistemática y excavación de sitios interiores. En otras palabras, se hipotetiza acerca de la intensidad de ocupación, subsistencia y distribución de los asentamientos sin reconocer la realidad de un ecosistema distinto a la costa, donde existen otros factores (aparte de los geográfico-ambientales) que afectan la conservación, visibilidad y posibilidad de registro de los sitios arqueológicos —los cuales en muchas ocasiones se presentan como contextos superficiales a cielo abierto con palimpsestos de ocupaciones difícilmente discriminables en términos de

temporalidad—. Lo anterior supone asimismo una limitación para definir la cronología de la ocupación del interior del NSA durante el Holoceno Temprano, ya que se cuenta con escasas fechas (las de la Fundición 1 entre ellas); estas sirvieron para apoyar la propuesta de que la ocupación de las áreas interiores debió ser más tardía y habría estado asociada a un desplazamiento de grupos costeros presumiblemente fomentado por cambios climáticos que supusieron una mayor aridez de los espacios litorales —con la consiguiente necesidad de ampliar las zonas de aprovisionamiento de recursos— (Jackson y Méndez, 2005).

Precisamente por la escasa investigación de cazadores-recolectores del interior del NSA durante el Holoceno Temprano, La Fundición 1 se presenta como un sitio que cuestiona la idea de contextos efímeros debido a su potencial estratigráfico, diversidad ergológica e instrumental, presencia de entierros humanos y menor frecuencia de especies marinas.

LA FUNDICIÓN 1

En este sitio han trabajado dos equipos de investigación, relacionados con los dos momentos de investigación sobre el complejo cultural Huentelauquén reseñados previamente. En la primera intervención se realizó una recolección superficial, un pozo de sondeo (1,5 x 1,5 m) y cuatro cuadrículas de 2 x 2 m (Castillo y Rodríguez, 1977-1978). Los resultados de estas labores refieren una ergología diversa, compuesta por restos bioarqueológicos, fauna y líticos, además de elementos ornamentales (pendientes y cuentas) y pigmentos rojo y amarillo. El trabajo efectuado sobre el sitio en esa oportunidad fue solo de clasificación y descripción de los tipos de artefactos más reconocidos del complejo Huentelauquén, como los litos y las puntas lanceoladas pedunculadas.

En un trabajo posterior, iniciado en 1995 en el marco del proyecto Fondecyt N.º 1950036, se excavaron 29 cuadrículas de 2 x 2 m, desde donde se logró recuperar restos zooarqueológicos, malacológicos, bioarqueológicos y líticos. Se obtuvieron dos fechas preliminares para este sitio (Llagostera *et al.*, 2000): una, sobre concha quemada rescatada a los 60-70 cm (BETA 108307: 10587 cal. AP) y la otra, de carbón proveniente del nivel 30-40

(BETA 108308: 9842 cal. AP). A ellas se sumó posteriormente la de un resto óseo (UGAMS 8095: 10231 cal. AP, Jackson *et al.*, 2011). Todas las dataciones provienen de los niveles basales de excavación, según la variabilidad del depósito, lo que restringe la generación de expectativas acerca de los rangos temporales de la ocupación del sitio; resultan coherentes, sin embargo, con la propuesta de un ingreso más tardío a las zonas de interior en comparación con las ocupaciones costeras (Jackson y Méndez, 2005).

Estratigráficamente, se observó un depósito homogéneo donde se identificaron 5 capas, además de una sexta que se detectó solo en algunas unidades más orientales, cercanas al cerro que delimita el sitio (Castillo, 1996 Ms.; Ladrón de Guevara, 1996 Ms.). La potencia estratigráfica de dichas capas varía en los diferentes sectores del asentamiento, como consecuencia de procesos depositacionales de la terraza en la que se encuentra emplazado. Desde el más superficial al más profundo, los estratos corresponden a los siguientes: (1) orgánico suelto café grisáceo y textura areno-limosa; (2) compacto café grisáceo levemente más oscuro que el anterior, con un pequeño aumento en la heterogeneidad y tamaño del grano, y presencia de ripio; (3) compacto café grisáceo oscuro de textura algo más limosa y con gravilla; (4) muy compacto con gravilla y aumento significativo en el porcentaje de arena; (5) muy compacto con cascajo, correspondiente al piso natural; y (6) compacto amarillento con gravilla, intercalado entre los estratos 4 y 5.

Las materialidades recuperadas en ambos momentos de investigación comprenden conjuntos malacológico, osteofaunístico, bioarqueológico y lítico. Dentro del material malacológico, en las primeras excavaciones se reconocieron las especies *Choromytilus chorus*, *Concholepas concholepas* y *Tegula atra* (Castillo y Rodríguez, 1977-1978). Por su parte, el equipo de Llagostera y colaboradores identificó además *Fisurella sp.*, *Argopecten purpuratus*, *Patella vulgata*, *Mesodesma donacium*, *Oliva peruviana*, *Prisogaster niger* y *Loxechinus albus* (Castillo, 1996 Ms.). La especie más representada es *Choromytilus chorus*, que por lo demás es la única que se encuentra desde los niveles más profundos de la ocupación, conviviendo con la diversidad restante desde el nivel 20-30 cm hasta la superficie. Se reconocieron asimismo algunos instrumentos confeccionados sobre conchas, como un resto de bivalvo con borde biselado (Castillo, 1996 Ms.) y un trozo de concha de choro con pulimento por ambas

caras. Aunque la frecuencia de este conjunto es baja, su presencia es espacial y estratigráficamente transversal; además, la variedad de especies identificadas concuerda con aquellas explotadas por los grupos Huentelauquén en la costa.

En cuanto a la osteofauna, durante las primeras excavaciones se reconoció únicamente la existencia de macrofauna identificada como *Lama guanicoe*, y no se realizaron análisis de segmentos esqueléticos. Además de la especie mencionada –cuyos restos predominan dentro del conjunto y se observaron en todas las unidades y niveles de excavación–, las nuevas excavaciones arrojaron dos segmentos esqueléticos de pinnípedos y una vértebra de corvina (Castillo, 1996 Ms.). Con todo, solo fue posible reconocer anatómicamente un 8% de la muestra, debido a la alta fragmentación de los restos ocasionada por factores como la meteorización, el pisoteo y otras conductas antrópicas (la acción térmica y la fractura intencional, por ejemplo) compatibles con la intención de extraer médula o de manufacturar instrumentos, corroborada esta última por la existencia de artefactos elaborados sobre hueso (retocadores, punzones, filo retocado, gancho) (Cartajena, 1996 Ms.). El NMI es de 4 individuos, correspondientes a adultos de 4 años, aproximadamente; la escasez de especímenes subadultos sirvió como base para hipotetizar que el sitio fue ocupado estacionalmente (Cartajena, 1996 Ms.). Los segmentos esqueléticos indican que los guanacos habrían ingresado completos al sitio, puesto que se verificó la existencia de todo el esqueleto y la articulación de unidades anatómicas.

La primera evidencia bioarqueológica registrada en el sitio consistió en una calota ubicada a los 21 cm de profundidad, al lado de una estructura circular de piedras descrita como fogón (Castillo y Rodríguez, 1977-1978). Tras el levantamiento de esta estructura, se hallaron más restos humanos pertenecientes al mismo entierro, correspondiente a un individuo adulto y un niño (Castillo y Rodríguez, 1977-1978). En la investigación posterior se hallaron dos entierros: uno secundario de individuo adulto masculino (Costa-Junqueira y Quevedo, 2000). y otro perteneciente a un individuo de 16-22 años, de sexo indeterminado, del cual se preservaron huesos largos. En el marco de este proyecto se reevaluaron, además, los restos bioarqueológicos publicados anteriormente por Castillo y Rodríguez (1977-1978), los cuales se consideraron como el «Entierro 3»; dentro de él se identificaron,

al menos, tres individuos adultos aparentemente masculinos y uno infantil (Costa-Junqueira, 2002). Los restos óseos encontrados en La Fundición 1 compartirían un patrón de entierro común a otros contextos Huentelauquén, caracterizado por la posición del cuerpo en decúbito dorsal, con las extremidades inferiores vueltas hacia el lado izquierdo y las manos vueltas hacia la cara (Costa-Junqueira, 2002).

El conjunto cerámico ha sido escasamente referenciado por ambos equipos de investigación. Se compone de aproximadamente 30 fragmentos recuperados de distintas unidades y niveles de excavación, correspondientes a piezas monocromas de paredes medianas, de probable adscripción al Período Alfarero Temprano (PAT) del NSA. La presencia de estos fragmentos en la Fundición 1 fue interpretada como una dispersión de material desde la terraza aledaña en dirección surponiente (Castillo, 1996 Ms.), donde se observó un contexto de probable temporalidad PAT que arrojó abundante material cerámico y un conjunto lítico con predominio de materias primas ígneas de regular calidad para la talla por sobre sílices (Escudero, 2012).

El conjunto lítico recuperado durante las primeras excavaciones en La Fundición 1 fue descrito inicialmente mediante la clasificación formal de instrumentos, destacándose su variedad y densidad (Castillo y Rodríguez, 1977-1978). Dicha tipología permitió a los autores relacionarlo con la lítica tallada del sitio Cárcamo, cuya industria comprende bifaces, puntas pedunculadas y apedunculadas, cuchillos y raspadores (Ampuero, 1969a). La alta presencia de núcleos, preformas y desechos tanto en superficie como en estratigrafía los llevó asimismo a interpretar La Fundición 1 como un taller. En las excavaciones posteriores se realizó un análisis lítico somero, que incluyó la clasificación de los restos formatizados –luego de ser contabilizados y medidos, e identificadas sus materias primas– en dos grandes categorías: lítica tallada (puntas pedunculadas, raspadores, perforadores, raederas, cuchillos y tajadores) y lítica pulida (litos geométricos, manos de moler, molinos, percutores y adornos de piedra). Se efectuó, asimismo, una cuantificación de desechos por cuadrícula.

TABLA 1. FRECUENCIA DE CATEGORÍAS ARTEFACTUALES SITIO LA FUNDICIÓN 1
(BASADA EN ESCUDERO, 2013).

Categoría artefactual		Total
Lítica tallada	Derivados de talla ²	73300
	Núcleos	102
	Cepillos	98
	Raspadores	90
	Puntas de proyectil	69
	Bifaces	59
	Cuchillos	12
	Raederas	31
	Muestras	6
	Derivados con modificaciones	35
	Raspador-raedera	1
	Tajador	1
Lítica Pulida	Ornamentos	30
	Litos	2
	Preformas de litos	14
	Percutores	14
	Manos de moler	7
	Yunques	3
	Ganchos estóica	2
	Micromortero	1
Pulidor	1	
Total		73878

La más reciente revisión del conjunto lítico de la Fundición 1 (Escudero, 2012) ha permitido analizar en detalle las piezas talladas y pulidas (Tabla 1). Dentro del primer grupo se reconocieron derivados de talla de distintas etapas de desbaste (derivados de núcleo, talla marginal, adelgazamiento

² Esta categoría considera derivados de núcleo, talla marginal, adelgazamiento bifacial y retoque bifacial. El total presentado en la tabla es una proyección aproximada y estimada en base a la contabilización de Castillo (1996).

bifacial y retoque bifacial), con un alto predominio de los derivados de desbaste bifacial, ligado a la manufactura de tales instrumentos. Las categorías de instrumentos tallados reconocidas corresponden a: puntas de proyectil, bifaces, raspadores, cuchillos, raederas (n.º inv. 14.681-1), raspadores, cepillos (fig. 3), muescas, tajadores y derivados con modificaciones.

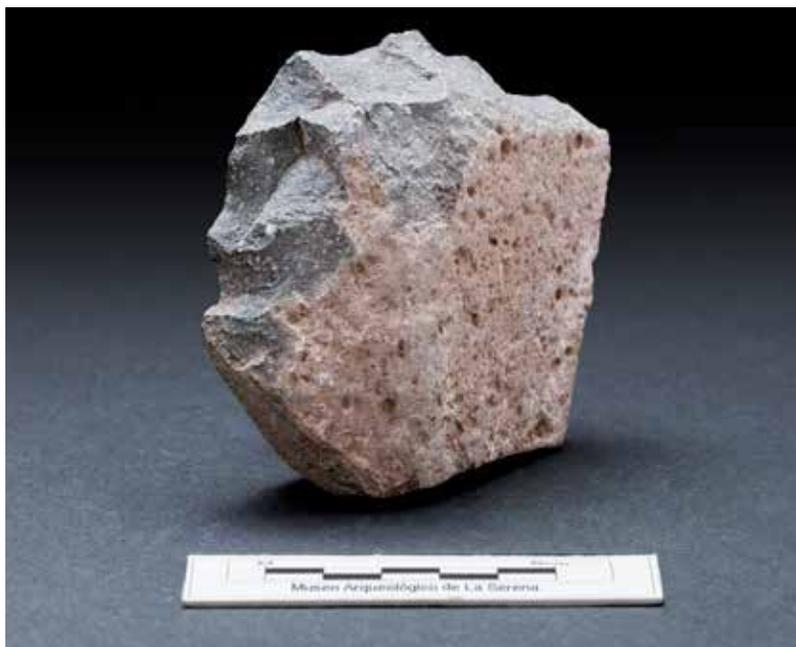


Figura 3. Cepillo elaborado en roca ígnea, procedente del sitio La Fundición 1. Museo Arqueológico de La Serena, Colección La Fundición, n.º inv. 14688-2. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Los instrumentos formales³ alcanzan una representación del 58 % de la totalidad de conjunto artefactual tallado, frente a un 42 % de instrumentos informales⁴. Individualmente, las categorías de instrumentos más representadas

³ Instrumentos con patrón de diseños complejos, alto grado de inversión de trabajo en su producción y una vida útil larga (Andrefsky, 1994).

⁴ Instrumentos con diseños simples y sin patrón, poca inversión de trabajo en su elaboración y vida útil corta (Andrefsky, 1994).

son cepillos (24 %), raspadores (22 %), puntas de proyectil (17 %) y bifaces (15 %). Dentro de las puntas de proyectil, merece una mención especial la alta cantidad ($n=34$) de las emblemáticas puntas pedunculadas (fig. 4), lo que transforma a La Fundición 1 en uno de los contextos con mayor presencia de este tipo de cabezales conocidos para el complejo cultural Huentelauquén.



Figura 4. Puntas de proyectil pedunculadas del complejo cultural Huentelauquén, halladas en el sitio La Fundición 1. Museo Arqueológico de La Serena, Colección La Fundición, n.os inv. 14689-1, 14689-2, 14689-3 y 14689-4. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Los instrumentos –tanto formales como informales– fueron elaborados en materias primas de buena calidad, mayormente materias primas silíceas. Las categorías artefactuales registradas permiten inferir una diversidad de prácticas, que van más allá de la mera actividad de caza como medio de subsistencia; también sugieren trabajo sobre fibras duras como maderas, además del procesamiento, consumo y aprovechamiento de subproductos de las presas de caza obtenidas. Tales resultados vendrían a ampliar el espectro funcional propuesto inicialmente para este sitio (Escudero, 2012).



Figura 5. Pendiente de piedra hallado en el sitio La Fundición 1. Museo Arqueológico de La Serena, Colección La Fundición, s. n. Fotografía de Juan Pablo Turén.



Figura 6. Lito geométrico hexagonal procedente del sitio La Fundición 1. Museo Arqueológico de La Serena, Colección La Fundición, n.o inv. 14694-3. Fotografía de Juan Pablo Turén.

En el caso de los instrumentos pulidos piqueteados, se distingue una amplia diversidad artefactual, dentro de la cual destacan los ornamentos (preformas de pendientes, pendientes [fig. 5] y cuentas), preformas de litos, percutores, manos de moler, sobadores, yunques, pulidor y micromortero (Escudero, 2012). Predominan los ornamentos elaborados sobre rocas talcosas, de los cuales se observan incluso preformas, lo que denotaría su manufactura *in situ* (Escudero, 2013). Si bien se registran solo dos litos geométricos formatizados (fig. 6) –frente a abundantes preformas con escasa formatización (n.º inv. 14673)–, conviene mencionar que este es el sitio de interior que presenta la mayor sumatoria de litos geométricos y preformas de litos en todo

el NSA. La presencia de yunques (n.º inv. 14.686-1) y percutores se vincula con las actividades de talla tan frecuentemente ejecutadas, mientras que el instrumental de molienda testimonia el procesamiento de materiales orgánicos (semillas, granos, hojas) y/o inorgánicos (pigmentos).

El sistema de quebradas donde se emplaza La Fundición 1 presenta una gran variedad de nódulos de distintas materias primas (fuentes secundarias) —entre ellas basaltos y tobas de grano fino, sílices opacos de grano medio-fino y andesitas—, lo que las convierte en espacios óptimos para el aprovisionamiento lítico. Por cierto, dichas materias primas son las más abundantes y las que muestran las cadenas operativas mejor representadas dentro del conjunto lítico del sitio, lo que demuestra que las poblaciones que transitaron esta zona durante el Holoceno Temprano tuvieron un acabado conocimiento de los recursos pétreos locales, de los cuales hicieron un uso intensivo para la elaboración de distintos instrumentos. También se registra en el sitio el uso de materias primas no locales, tales como el cristal de cuarzo y la combarbalita, las que debieron ser trasladadas al asentamiento desde zonas lejanas, lo que constituiría otra evidencia de los amplios radios de movilidad de los grupos Huentelauquén (Escudero, 2012).

El análisis del conjunto lítico de La Fundición 1 muestra la variedad de actividades de talla y categorías artefactuales presentes en el sitio, las que, a su vez, serían un correlato material de la diversidad de prácticas humanas allí ejecutadas. En efecto, al incorporar las restantes líneas de evidencia, se aprecia una correspondencia e integración con actividades complementarias. Por ejemplo, la hipótesis del ingreso de las presas completas estaría ligada con la alta presencia de raspadores (fig. 7) y sobadores para el tratamiento de los cueros, así como el procesamiento de las presas *in situ* se condice con la existencia de instrumentos líticos como cuchillos, raederas y algunos derivados modificados con huellas de uso. Algo similar ocurre con los demás conjuntos materiales: en el caso de los instrumentos óseos, se aprecian categorías vinculadas a la talla bifacial, e incluso siendo considerablemente menor, dentro del conjunto malacológico se reconocen algunas categorías artefactuales, lo cual no solo habla de algún grado de vinculación con el litoral, sino también del aprovechamiento de sus recursos en términos alimenticios y tecnológicos.



Figura 7. Raspador elaborado en roca silícea, procedente del sitio La Fundición 1. Museo Arqueológico de La Serena, Colección La Fundición, n.o inv. 14859-6. Fotografía de Óscar Silva.

Considerando los aspectos mencionados, La Fundición 1 corresponde a un campamento residencial complejo con ocupaciones que se reiteran en el tiempo (Escudero, 2012), carácter que lo distingue de otros sitios de zonas de interior –comparado con los sitios interiores del valle del Choapa (Jackson, 1998), por ejemplo, presenta una densidad, frecuencia y variedad ergológica significativamente mayores—. Lo anterior, sumado a la diversidad de actividades que realizaron los grupos Huentelauquén en La Fundición 1, demuestra que las zonas de interior del valle del Elqui fueron espacios de gran importancia para estas poblaciones (Escudero, 2012).

¿QUÉ NOS DICE LA FUNDICIÓN 1 DE LOS CAZADORES TEMPRANOS Y SU RELACIÓN
CON LAS TIERRAS DE INTERIOR?

Como hemos señalado en los párrafos anteriores, La Fundición 1 no es solo un asentamiento de cazadores de zonas de interior del Holoceno Temprano. Las evidencias materiales permiten hipotetizar acerca de la realización de múltiples prácticas y dar cuenta, así, de cómo los grupos de cazadores-recolectores hicieron uso de estos espacios y se adaptaron a ellos.

En términos generales, podemos afirmar que este sitio corresponde a un campamento residencial ocupado por grupos Huentelauquén que se habrían desplazado desde distintos sectores, principalmente costeros, por rutas de movilidad naturales (quebradas). Su carácter residencial se sustenta en la variedad ergológica y artefactual registrada, principalmente lítica, que nos remite al desarrollo de múltiples labores cotidianas propias de grupos familiares, tales como el aprovisionamiento y la manufactura, uso, reactivación, reciclaje y descarte de instrumentos tallados y pulidos. También existe evidencia de distintas prácticas sociales que denotan una planificación dirigida a ocupar nuevamente el sitio y acceder a ambientes más heterogéneos. Se reconoce asimismo un vasto conocimiento del medio ambiente por parte de los grupos humanos que lo habitaron, quienes —según lo demuestra el registro arqueológico— explotaron distintos recursos del entorno, desde animales hasta variadas materias primas líticas con las que elaboraron un rico repertorio artefactual.

A juzgar por lo que revelan los conjuntos materiales de La Fundición 1, los movimientos de los grupos Huentelauquén hacia el interior habrían sido frecuentes, y su uso del asentamiento, recurrente. La diversidad y densidad del conjunto lítico sugieren que la ocupación del sitio no habría sido efímera y que no existiría una distancia temporal muy grande entre las diferentes visitas, considerando que el registro estratigráfico no muestra evidencias de deshabitación por períodos prolongados. Así, el conjunto ergológico de La Fundición 1 sería el producto, más bien, de reocupaciones reiteradas y de mediana duración por parte de grupos familiares, con características asociadas a una movilidad residencial —aunque no todas las expectativas arqueológicas se ajustan a dicha clasificación (Escudero, 2013)—.

La Fundición 1 no se puede asimilar a los campamentos logísticos efímeros orientados a la extracción de recursos líticos del valle del Choapa (Jackson, 1998; Méndez, Jackson y Ladrón de Guevara, 2004); por el contrario, presenta características semejantes a los asentamientos residenciales costeros, donde se llevaron a cabo múltiples labores y prácticas sociales. En tal sentido, la evidencia registrada en este sitio pone en duda la hipótesis de acercamientos esporádicos y netamente estacionales hacia el interior, así como la idea de la preeminencia de subsistencia litoral de los grupos Huentelauquén. Con todo, será necesario investigar y estudiar en forma sistemática otros contextos del interior para lograr una interpretación adecuada del uso de estos espacios por parte de los grupos de cazadores-recolectores.

Por el momento, la información que nos entrega La Fundición 1 sumada a aquella obtenida de otros sitios de cazadores-recolectores de interior asociados al Holoceno Temprano y al complejo cultural Huentelauquén configuran un panorama ocupacional complejo y singular para los espacios de interior del NSA. Otros campamentos a cielo abierto como Cárcamo (Ampuero, 1969a) y Caserón 5⁵ (Andrés Troncoso, com. pers.), por ejemplo, comparten con la Fundición 1 la gran dispersión de material lítico en superficie, que evidencia una intensa actividad de talla vinculada principalmente a la manufactura de instrumentos bifaciales; un conjunto artefactual altamente diversificado; y la presencia de elementos diagnósticos de las poblaciones Huentelauquén, como lo son las puntas de proyectil lanceoladas pedunculadas. A partir del hallazgo de material arqueológico asociado tradicionalmente a Huentelauquén (puntas pedunculadas y/o litos), se ha determinado que estos grupos hicieron uso igualmente de espacios más protegidos, como algunos reparos rocosos en los cuales se han obtenido fechados absolutos con rangos temporales similares a La Fundición 1; entre ellos se encuentra San Pedro Viejo de Pichasca⁶ (Ampuero y Rivera, 1971) —uno de los aleros más referenciados y estudiados—, pero también otros contextos como Pichasquita (Escudero *et al.*, 2017) o el Alero Punta Colorada (Ampuero, 1969b). Por otra parte, en la zona de

⁵ Identificado recientemente en la zona del interfluvio del Elqui y Limarí, este sitio se encuentra actualmente en estudio por el equipo del proyecto Fondecyt N.º 1200276.

⁶ Para conocer más sobre este sitio y la historia de su investigación, ver Kelly (2017).

Combarbalá se han registrado varios sitios que presentan este tipo de puntas de proyectil, tanto a cielo abierto como en reparos rocosos, destacándose entre ellos el sitio La Olla (Iribarren, 1973; Méndez y Jackson, 2008). Todos estos asentamientos ponen de manifiesto que las zonas de interior fueron espacios atractivos para los cazadores-recolectores del Holoceno Temprano, quienes utilizaron estas zonas de forma dinámica, en reiteradas ocasiones y aprovechando distintos sectores.

En síntesis, los antecedentes detallados permiten señalar que las sociedades cazadoras-recolectoras Huentelauquén establecieron en las zonas de interior del NSA campamentos residenciales a cielo abierto y ocupaciones en reparos rocosos, los cuales habrían sido utilizados en múltiples ocasiones por grupos familiares que se desplazaban conforme a previsiones de acceso a recursos locales bióticos y abióticos, llevando consigo un kit personal mínimo (lítico y faunístico). Los movimientos se habrían producido desde y hacia la costa, utilizando las diversas quebradas como vías de desplazamiento de dirección E-W y N-S, y como fuentes de aprovisionamiento. En estos espacios de interior desarrollaron diversas prácticas sociales, lo que no se condice con la hipótesis de ocupaciones esporádicas para la explotación de recursos puntuales ni tampoco con la idea de lugares de paso en el marco de dinámicas de movilidad entre costa y cordillera.

COMENTARIOS FINALES

Debido a su singular contexto y rica colección arqueológica, el sitio la Fundición 1 representa un asentamiento muy relevante para entender las ocupaciones de los grupos Huentelauquén en el interior y sus dinámicas espaciales más amplias. Consideradas en su conjunto, las ocupaciones interiores del Holoceno Temprano referenciadas aquí constituyen la base para comprender no solo este momento particular de nuestra historia, sino también los desarrollos posteriores de los cazadores-recolectores que se asentaron y desplegaron en dichos espacios. Sin embargo, aún queda mucho por conocer e investigar, tanto de estas poblaciones como del mismo sitio Las Fundición 1.

En cuanto a los conjuntos líticos del sitio, pese al estudio sistemático que se ha efectuado sobre ellos, todavía restan algunos aspectos por profundizar.

Considerando, por ejemplo, la gran cantidad de puntas de proyectil pedunculadas presentes en la colección, se podría realizar una tipología morfológica más fina, que ayudaría a enriquecer la discusión sobre la gestión y diseño tecnológico de este singular instrumento a fin de comparar y evaluar posibles similitudes y diferencias con otras zonas, tanto de interior como de costa. También podría abordarse esta materialidad bajo parámetros tecno-morfológicos y funcionales, lo cual permitiría comprender mejor cómo estas poblaciones vivieron y se relacionaron con el medio ambiente del interior de la región.

Con respecto a otras líneas de análisis, es preciso seguir avanzando en las interpretaciones acerca de La Fundición 1 en particular y del NSA en general, con el propósito de esclarecer los vínculos costa-interior y la cronología de los contextos de cazadores-recolectores en el interior. El trabajo sobre los restos bioarqueológicos para la obtención de isótopos estables y fechados radiocarbónicos podría significar un gran aporte en este sentido: la información relativa al tipo de alimentación de los individuos, así como las fuentes de agua dulce, contribuiría a precisar los circuitos de movilidad de estos grupos, mientras que los fechados directos permitirían comprobar la adscripción Huentelauquén de los cuerpos, ya que hasta el momento no existe ningún individuo fechado para el Holoceno Temprano en los contextos «clásicos», como Huentelauquén, Quebrada Las Conchas y La Fundición 1. Otro aspecto importante consiste en el análisis estratigráfico y la obtención de muestras para fechados radiocarbónicos por unidades estratigráficas. La presencia de cerámica, ornamentos y pigmentos cuestionan el depósito monocomponente de La Fundición 1, ya que tales indicadores materiales se observan con mayor regularidad durante el Holoceno Tardío en el NSA (Troncoso *et al.*, 2018); además, los 3 fechados radiocarbónicos del sitio proceden de muestras orgánicas situadas en los niveles inferiores de unidades de excavación. En virtud de ello, es probable que existan otros componentes temporales dentro del sitio, ya sea como una estratigrafía ordenada (donde los niveles superiores representen al Holoceno Medio/Tardío) o como un gran palimpsesto de ocupaciones. Convendría, asimismo, realizar un estudio arqueobotánico a partir de la toma de muestras tanto en manos de moler como en columnas de flotación, con la finalidad de obtener datos que informen las interpretaciones de la subsistencia, los recursos vegetales explotados y su procesamiento.

Finalmente, el contexto geográfico donde se emplaza La Fundición 1 corresponde a un interfluvio, caracterizado por la existencia de múltiples quebradas de variada orientación. Muchas de las investigaciones del interior del NSA se han centrado en las cuencas de los valles (Troncoso *et al.*, 2016), dejando los interfluvios al margen debido a su menor potencial hídrico y, en consecuencia, de ocupación humana —un sesgo que se vincula con la inclinación por buscar sitios arqueológicos de sociedades tendientes a la sedentarización—. La fuerte señal arqueológica ligada principalmente a grupos de cazadores-recolectores que han arrojado las prospecciones sistemáticas de los interfluvios han llevado, sin embargo, a discutir dicha condición marginal. Concretamente, la prospección del entorno de La Fundición 1 ya ha permitido la identificación de 3 sitios arqueológicos de carácter más efímero (Escudero, 2013), además de fuentes de aprovisionamiento lítico; a partir de ello es factible pensar que inspecciones visuales a escala mayor permitirían registrar y vincular contextos, especialmente en lo que se refiere a prácticas y sistemas de movilidad característicos de los cazadores-recolectores del interior del NSA durante el Holoceno Temprano.

El avance en las investigaciones del NSA y la incorporación del estudio de las zonas interiores han permitido observar desde un nuevo punto de vista las evidencias obtenidas en los años '70 y '90 en La Fundición 1. En un principio, el sitio se interpretó como un contexto aislado, mas no por la lógica de ocupación efímera y estacional de interior, sino por lo singulares que resultaban su riqueza ergológica y densidad ocupacional, las cuales contrastaban con las escasas evidencias obtenidas en investigaciones previas. No obstante aquello, prospecciones sistemáticas más recientes han arrojado nuevos antecedentes relativos a la ocupación del interior durante el Holoceno Temprano, a la luz de los cuales La Fundición 1 ya no puede ser considerado como un contexto aislado.

Lo anterior demuestra la relevancia de reevaluar asentamientos clásicos, excavados y estudiados bajo otro contexto metodológico y teórico, para acercarnos a ellos desde perspectivas actuales. Una manera de hacerlo es a través del estudio de las colecciones museográficas, cuyo análisis con nuevas técnicas o metodologías puede favorecer el planteamiento de nuevas

hipótesis y de interpretaciones más precisas. En el caso de La Fundición 1, los nuevos acercamientos a su conjunto ergológico han permitido integrar contextos anteriormente aislados del interior del NSA, aportando en el entendimiento de las lógicas de ocupación de estos espacios y ampliando la perspectiva funcional de los contextos y de las prácticas llevadas a cabo por los cazadores-recolectores. Así y todo, este sitio y la rica colección que aloja el Museo Arqueológico de La Serena aún presentan un potencial muy grande para la investigación científica sobre las poblaciones cazadoras-recolectoras del Holoceno Temprano, tanto de la región como de otras áreas cercanas.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a Antonia Escudero por toda la ayuda prestada y por compartir sus reflexiones conmigo. También al proyecto Fondecyt N.º 1200276, a Andrés Troncoso y al resto del equipo de investigación por su constante apoyo.

REFERENCIAS

- Ampuero, G. (1969a). Cárcamo, un taller precerámico en la Provincia de Coquimbo. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, (13), 52-57.
- Ampuero, G. (1969b). Excavaciones en un alero rocosos del sector Punta Colorada. *Revista Rehue*, (2), 27-46.
- Ampuero, G. y Rivera, M. (1971). Secuencia arqueológica del alero rocoso de San Pedro Viejo de Pichasca. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, (14), 45-69.
- Andrefsky, W. (1994). Raw-material availability and the organization of technology. *American Antiquity*, 59(1), 21-34.
- Bahamondes, R. (1969). Contextos y secuencias culturales de la costa central de Chile. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 257-273). La Serena.
- Cartajena, I. (1996 Ms.). *Análisis de macrofauna*. Informe de avance proyecto Fondecyt N.º 1950036.
- Castillo, G. (1996 Ms.). *Excavaciones en La Fundición 1*. Informe de avance proyecto Fondecyt N.º 1950036.

- Castillo, G. y Rodríguez, A. (1977-1978). Excavaciones preliminares en el sitio La Fundición: Una industria tipo Cárcamo. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, (16), 125-144.
- Costa-Junqueira, M. (1996 Ms.). *Informe de excavación de enterratorio en el sitio La Fundición*. Informe de avance proyecto Fondecyt N.º 1950036.
- Costa-Junqueira, M. (2001). Modalidades de entierros humanos arcaicos en el norte de Chile. *Chungará*, 33(1), 55-62.
- Costa-Junqueira, M. y Quevedo, S. (2000). La bioantropología de sepultamientos arcaicos de la cultura Huentelauquén. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo I* (pp. 461-482). Copiapó.
- Escudero, A. (2012). *La Fundición I: Campamento interior del complejo cultural Huentelauquén. Estrategias tecnológicas, movilidad y patrón de asentamiento de grupos Huentelauquén en el Holoceno Temprano en la Provincia del Elqui, IV Región*. (Memoria para optar al título de arqueólogo). Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Escudero, A., Troncoso, A., Pascual, D., López, P., Vera, F., Hernández, D., Dávila, C., Sierralta, S. y Villela, F. (2017). Pichasquita: Un alero de cazadores-recolectores en el curso superior de la cuenca hidrográfica del río Limarí (30° lat. S). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (47), 49-69.
- Gajardo Tobar, R. (1962-1963). Investigaciones arqueológicas en la desembocadura del río Choapa: La cultura Huentelauquén. *Anales de Arqueología y Etnología*, (XVII-XVIII), 7-57.
- Galarce, P. (2000). Obtención y tecnología del cuarzo en contextos arcaicos tempranos Huentelauquén: área costera de Los Vilos y valle de Pupío - Conchalí. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo I* (pp. 553-577). Copiapó.
- Gambier, M. (1974). Horizonte de cazadores tempranos en Los Andes argentino-chilenos. *Revista Hunuc Huar*, (II), 44-103.
- Iribarren, J. (1961). *La cultura Huentelauquén y sus correlaciones*. Contribuciones Arqueológicas N.º 1. La Serena: Museo Arqueológico de La Serena.
- Iribarren, J. (1973). La arqueología en el departamento de Combarbalá (Provincia de Coquimbo, Chile). *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, (15), 7-113.
- Jackson, D. (1993). Datación radiocarbónica para una adaptación costera del Arcaico Temprano en el Norte Chico, comuna de los Vilos. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (16), 28-31.

- Jackson, D. (1997). Coexistencia e interacción de comunidades cazadores-recolectores del Arcaico Temprano en el semiárido de Chile. *Valles Revista de Estudios Regionales*, (3), 13-36.
- Jackson, D. (1998). Evaluación de las ocupaciones del complejo Huentelauquén al interior de la costa del semiárido. *Valles Revista de Estudios Regionales*, (4), 139-153.
- Jackson, D. y Méndez, C. (2005). Primeras ocupaciones humanas en la costa del semiárido de Chile: patrones de asentamiento y subsistencia. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 493-502). Tomé.
- Jackson, D., Báez, P. y Seguel, R. (1997-1998). Nuevas evidencias estratigráficas para el complejo Huentelauquén en la provincia del Choapa, IV Región. *Revista Chilena de Antropología*, (14), 145-156.
- Jackson, D, Méndez, C. y Escudero, A. (2011). Coast-inland mobility during the Early Holocene in the Semi-arid North of Chile: La Fundición site. *Current Research in the Pleistocene*, (28), 102-104.
- Kelly, P. (2017). San Pedro Viejo de Pichasca: síntesis y discusiones. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. Disponible en: <http://www.museoarqueologicolaserena.cl/632/w3-article-81190.html>
- Ladrón de Guevara, B. (1996 Ms.). Procedimientos de conservación preventiva durante la excavación. Informe de avance proyecto Fondecyt N.º 1950036.
- Llagostera, A. (1977). Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos geométricos: 9680+/-160 A. P. En *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 93-113). Santiago.
- Llagostera, A. (1979). 9,700 years of maritime subsistence on the Pacific: An analysis by means of bioindicators in the north of Chile. *American Antiquity*, 44(2), 309-324.
- Llagostera, A., Weisner, R., Castillo, G., Cervellino, M. y Costa-Junqueira, M. (2000). El complejo Huentelauquén bajo una perspectiva macroespacial y multidisciplinaria. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo I* (pp. 461-482). Copiapó.
- Luebert, F. y Plissock, P. (2006). *Sinopsis bioclimática y vegetacional de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Maldonado, A., Méndez, C., Ugalde, P., Jackson, D., Seguel, R. y Latorre, C. (2010). Early Holocene climate change and human occupation along the semi-arid coast of north central Chile. *Journal of Quaternary Science*, (25), 1-4.

- Méndez, C. (2002). Cazadores-recolectores costeros y sus contextos de tarea: Una visión desde el asentamiento holocénico temprano de Punta Penitente (LV. 014), Los Vilos, IV Región. *Chungará*, (34), 153-166.
- Méndez, C. y Jackson, D. (2008). La ocupación prehispánica de Combarbalá: Una propuesta sintética. *Chungará*, 40(2), 107-119.
- Méndez, C, Jackson, D. y Ladrón de Guevara, B. (2004). Cazadores-recolectores tempranos al interior del semiárido: una visión exploratoria a partir de las distribuciones superficiales de los cursos fluviales de Pama y Combarbalá (Prov. de Limarí). *Anuario de la Universidad Internacional SEK*, (9), 9-22.
- Rutllant, J. y Fuenzalida, H. (1991). Synoptic aspects of the central Chile rainfall variability associated with the Southern Oscillation. *International Journal of Climatology*, (11), 63-76.
- Silva, J. y Weisner, R. (1972-1973). La forma de subsistencia de un grupo cazador-recolector del postglacial en los valles transversales del área meridional andina. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena* (pp. 353-370). Santiago.
- Solar, C., Méndez, C., Jackson, D. y López, P. (2010). Tecnología lítica y áreas de actividad en un contexto de cazadores-recolectores en el Norte Semiárido de Chile. *Revista Chilena de Antropología*, 22(2), 57-76.
- Troncoso, A., Vergara, F., Pavlovic D., González, P., Pino, M., Larach, P., Escudero, A., La Mura, N., Moya, F., Pérez, I., Guitiérrez, R., Pascual, D., Belmar, C., Basile, M., López, P., Dávila, C., Vásquez, M.J. y Urzúa, P. (2016). Dinámica espacial y temporal de las ocupaciones prehispánicas en la cuenca hidrográfica del río Limarí. *Chungara* 48(2), 199-224.
- Viet, H. (1993). Upper Quaternary landscape and climate evolution in the Norte Chico (Northern Chile): An overview. *Mountain Research Development*, (13), 139- 144.
- Weisner, R. (1969). Un conchal precerámico en la bahía El Teniente y sus correlaciones con la cultura de Huentelauquén. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 221-255). La Serena.
- Weisner, R., Llagostera, A., Castillo, G., Cervellino, M. y Costa-Junqueira, M(2000). El sitio arqueológico Huentelauquén en el contexto del Arcaico Temprano de la porción sur del semiárido de Chile. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo I* (pp. 579-620). Copiapó.

LO QUE EL TIEMPO SE LLEVÓ.

REVISIÓN DE GORBEA-3, UN ANTIGUO ELTUN EN LA CUENCA
DEL RÍO DONGUIL

Rodrigo Mera & Doina Munita

UN VIAJE POR EL TIEMPO Y LAS CAUSALIDADES

El sitio arqueológico Gorbea-3 corresponde al *eltun* o cementerio antiguo de mayores dimensiones excavado hasta ahora en lo que actualmente es el centro-sur de Chile. Se adscribe a la cultura *mapuche* de tiempos coloniales tardíos y republicanos, y probablemente estuvo en uso desde el siglo XVIII hasta comienzos del siglo XX, momento en el que se fundó la ciudad de Gorbea en la Región de La Araucanía. En el lugar no se observa hoy ninguna evidencia del cementerio o de los trabajos arqueológicos realizados hace ya casi 50 años, por lo que no se conoce —ni menos se reconoce— como un espacio patrimonial ligado al pasado del pueblo *mapuche* o de la comuna.

Entre 1970 y 1973, un equipo de arqueólogas y arqueólogos liderados por Américo Gordon abrió una ventana hacia la dimensión fúnebre del pueblo *mapuche* mediante el hallazgo, los sondeos y la excavación del sitio. Relata Tom Dillehay (1996) acerca de Gordon:

Desde 1969 hasta su muerte, entrenó a docenas de jóvenes arqueólogos y antropólogos [...]. Pese a ser un arqueólogo autodidacta, publicó diversos artículos y produjo numerosos informes técnicos sobre la arqueología de La Araucanía. No dejó ninguna magnum opus, pero hay varias breves joyas, muchas de las cuales probablemente no han recibido la atención que merecen. (p. 15)

Esta descripción se ajusta perfectamente a la realidad de Gorbea-3, donde Julia Monleón, Jacqueline Madrid, Carlos Aldunate, José Berenguer, Ángela Jeria y Helga Bruggen, entre otros jóvenes arqueólogos, arqueólogas,

antropólogas y antropólogos, «hicieron sus primeras armas en terreno bajo su conducción» (Dillehay, 1996, p. 15). Asimismo, Gorbea-3 representa una de esas «breves joyas» que merece nuestra atención.

A partir de la reevaluación inicial de los materiales culturales, evidencias bioantropológicas y documentos del sitio Gorbea-3, el presente trabajo pretende contextualizar la colección principalmente alfarera y de objetos metálicos (fig. 1) depositada en el Museo Regional de La Araucanía (MRARA). En pos de este objetivo, a través del texto se sugiere una complementariedad conceptual en el uso de términos asociados al registro arqueológico *mapuche*, asumiendo que la expresión «cementerio arqueológico» se acerca más a una apropiación del espacio de funebria como un recurso cultural occidental-chileno —distinto de la concepción de «*eltun* antiguo», término que denota un origen e identidad local-*mapuche*—. De acuerdo con ello, en el texto se integran paulatinamente las palabras *mapuche* correspondientes a los objetos y espacios abordados.



Figura 1. Ejemplos de tipos de vasijas cerámicas (metawe) y aro (chawai) recuperados en el cementerio arqueológico mapuche Gorbea-3: (a) txewa o sañwe metawe, vasija zoomorfa con forma de perro o cerdo; (b) aro cuadrangular con muesca de bronce; (c) metawe, jarro simétrico con abultamiento anular en la base del cuello; (d) detalle de labio y asa de jarro con incrustaciones de mayólica blanca; (e) metawe, jarro simétrico rojo engobado y con incrustaciones de mayólica. Museo Regional de La Araucanía, Colección Arqueológica, n.ºs de inv. 2326.3, 2326.212, 2326.142, 2326.213 y 2326.66. Fotografías de Darío Tapia.

Al comenzar este trabajo, no solo se presentaba la posibilidad de reconsiderar y difundir información hasta ahora desconocida acerca de uno de los principales sitios arqueológicos *mapuche* registrados, sino que se daba inicio a una suerte de «excavación» en las colecciones museográficas, cargada de hallazgos. La tarea inicial de esta excavación metafórica consistió en la revisión de las cinco publicaciones que daban cuenta de una parte del proceso de investigación arqueológica en Gorbea-3 o de algún aspecto de su colección, re-conociendo también la colección –principalmente alfarera– existente en el MRARA.

Los primeros niveles en la profundización de los datos existentes correspondieron a la revisión de los diarios de campo originales, depositados como parte de la Colección Documental del MRARA y visibilizados durante la exhibición temporal «Gorbea 3, derrotero de encuentros» que se realizó el año 2008 en el mismo museo. Fue al revisar estos diarios de terreno cuando la «estratigrafía» de esta «excavación» se complejizó radicalmente: mientras Gordon, Madrid y Monleón solo mencionaban 96 tumbas «abiertas a la fecha» en el primer artículo referido al sitio (1972-73), los cuadernos de terreno consignaban un total de 172 contextos funerarios con suficiente detalle como para preguntarnos, entonces, ¿dónde se encontraban las piezas y datos finales de esas tumbas desconocidas?

Y así comenzó el viaje en el tiempo, excavando poco a poco hasta los niveles más profundos de una historia escrita aún en lápiz pasta, observando causas pasadas y efectos presentes, que constituyen un importante precedente para el trabajo arqueológico y museológico regional, y que esperamos motive proyecciones para la arqueología actual en un territorio ancestralmente *mapuche*.

EL «TRABAJO DE TERRENO» CASI 50 AÑOS DESPUÉS: LA «EXCAVACIÓN» EN COLECCIONES DOCUMENTALES Y ARQUEOLÓGICAS

Primeras publicaciones

Los trabajos iniciales que abordan directamente Gorbea-3, ya sea dando cuenta de la excavación realizada o exponiendo análisis practicados a los materiales, corresponden a dos ponencias presentadas en el VI Congreso Nacional de

Arqueología Chilena efectuado en Santiago en octubre de 1971. Tres artículos posteriores publicados en revistas especializadas exponen algunos aspectos parciales acerca del sitio arqueológico.

La primera ponencia (Gordon, Madrid y Monleón, 1972-1973) sintetiza el trabajo realizado hasta 1971 e incluye los resultados de la excavación de 42 tumbas, sobre un total de 96 abiertas. El escrito presenta los aspectos principales del antiguo *eltun*, el emplazamiento del lugar y su geografía general. Como parte de los resultados, el autor principal y las coautoras mencionan la superposición de algunas sepulturas en dos niveles estratigráficos, separados por una capa rojiza de 4 cm de espesor. En ambos niveles se hallaron entierros de personas extendidas y de espalda (decúbito dorsal), con las cabezas orientadas generalmente al oeste, y sepulturas con madera descompuesta. Se observaron también algunas diferencias entre los niveles: en el más profundo se registraron entierros con o sin madera directamente sobre el terreno, cubiertos con pasto y tierra, sobre los cuales había un montículo de 80 cm de alto y 25 metros de diámetro; en el más superficial, en tanto, se distinguieron fosas, en cuyo interior se encontraban depositadas las canoas funerarias (*txolof*¹).

En cuanto a los materiales culturales, como parte de los ajuares recuperados en las tumbas se describen una serie de adornos y artefactos personales, entre los cuales se cuentan aros rectangulares con muesca (*chawai chapel*), *tupu*, anillos (*yüwülh küwü*), chaquiras (*llagka*), torteras (*pizoy*) y una pipa de piedra (*kitxa*), además de algunos objetos de culto cristiano —una cruz de metal, una posible medalla y un rosario—. En otro contexto funerario destaca la presencia de una piedra de cuarzo ovalada, ubicada en una posición correspondiente al abdomen del individuo. Diez piedras semejantes a aquella se hallaron en otra sepultura, agrupadas al lado izquierdo del cráneo, las que fueron interpretadas como piedras de machi (*likan*). En ambos casos, el o la difunta estaban enterrados en dirección contraria a las demás personas del cementerio, es decir, con la cabeza hacia el este (Gordon, Madrid y Monleón, 1972-73, p. 506).

¹ Siguiendo el uso de organismos gubernamentales como la Conadi, se ha utilizado el grafemario Azümcheffe para la escritura de los conceptos en *mapuchezugun*.

En relación con la alfarería recuperada, se menciona que las piezas corresponden a jarros de diversos tamaños (*metawe*), ollas (*challa*) ennegrecidas por el humo y grandes «tinajas» o contenedores para almacenar líquidos (*meñkuwe* y/o *mezeng*). En cuanto a las decoraciones, los autores reconocen muy escasas vasijas propias de la fase tardía de la tradición bícroma denominada «Valdivia» y otras engobadas rojas. Llamen la atención asimismo acerca de la presencia de material no *mapuche*, como fragmentos de vidrio y supuesta loza integrados a manera de incrustaciones en bordes y asas de las vasijas, así como de metales ferrosos en clavos, hebillas y agujas. Como parte de estos elementos introducidos, reparan en signos incisos postcocción en las asas, cuerpos y cuellos de varios jarros «negros» y grandes contenedores decorados (Gordon, Madrid y Monleón, 1972-73).

Hay también evidencias de fogones junto a las tumbas:

Encontramos los restos de un fogón en la cabecera de una sepultura, la misma que rindió el mayor número de tinajas. En algunas otras tumbas las ollas estaban rodeadas de carbón, lo que nos permitió reconocer que se prendió fuego en el lugar para calentar el contenido de las mismas. (Gordon, Madrid y Monleón, 1972-73, p. 511).

En tanto, como parte de las prácticas culturales, se registra e interpreta la «fractura intencional de ceramios» (Gordon, 1985, ver *infra*) y la disposición ordenada de fragmentos de vasijas en algunas sepulturas de mujeres.

Finalmente, en las conclusiones del artículo se advierte que estas son preliminares, ya que los resultados se refieren a un sector reducido del cementerio. En atención al material y su contexto cultural, los autores proponen que correspondería a una fase tardía de la cultura *mapuche*, la cual habría abarcado las provincias de Valdivia, Cautín, Malleco y Arauco, con ramificaciones trasandinas en Mendoza y Neuquén. Si bien sitúan el cementerio en el siglo XIX, señalan que bien pudo haber empezado a funcionar a mediados del siglo XVIII y haber sido abandonado en la primera década del siglo XX. Adicionalmente, dan cuenta —aunque sin entregar mayores detalles— del recuerdo de algunos «vecinos de Gorbea, mapuches algunos de ellos» (Gordon, Madrid y Monleón,

1972-73, p. 511), acerca de la presencia de postes y cruces en el cementerio, además del entierro de la esposa de un colono holandés a inicios del siglo XX. Por último, los autores plantean

una fuerte transformación socioeconómica debido a la penetración comercial y a contacto con los colonos. Los mapuches adoptan elementos materiales de sus vecinos, sin embargo, en lo espiritual siguen fieles a la tradición indígena, existencia de machis, y el ordenado rito funerario (Gordon, Madrid y Monleón, 1972-73, p. 513).

El segundo trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Arqueología Chilena de 1971 corresponde a una ponencia de Consuelo Valdés, en la que informa acerca de las evidencias óseas humanas registradas en el sitio. Según la autora, estas evidencias —a pesar de su mal estado de conservación— provenían de uno de los pocos sitios arqueológicos excavados extensamente en la zona y cuya asociación cultural y posición cronológica eran identificables. Valdés (1972-73b), quien también participó de las excavaciones iniciales, registra entre las primeras 42 tumbas analizadas a 26 individuos, de ambos sexos y de todas las edades. Si se recuerda que ella (la serie analizada) proviene de un sector pequeño del cementerio que se está excavando, podemos postular que pertenecían a una población de tamaño importante. El tipo físico evidenciaría una población aparentemente homogénea, sin indicios de deformación craneana intencional, escasos individuos de edad infantil y ausencia de signos patológicos en los huesos; con todo, la autora prefería esperar nuevos materiales para pronunciarse sobre el nivel de salud de la población.

El siguiente artículo es el de Julia Monleón, publicado en el *Boletín de Prehistoria de Chile* (1974-75). Consiste básicamente en una síntesis del diseño de su tesis de licenciatura en Arqueología y Prehistoria, donde aborda los siguientes temas: la región de los «araucanos»; los «araucanos» pre- y posthispanicos; el registro arqueológico de los trabajos de campo correspondientes a Gorbea-3, distinguiendo entre los resultados las diferentes materialidades obtenidas (cerámica, líticos, madera, chaquiras); y, por último, un intento por definir una secuencia cultural. Como conclusiones principales

del trabajo, señala que en tiempos prehispanos la «etnia araucana» se habría extendido desde Chile Central hasta el golfo de Reloncaví. Por otra parte, desde la perspectiva de la cerámica, la alfarería ceremonial registrada en el cementerio de Gorbea demostraría la persistencia hasta momentos históricos —en pleno siglo XIX— de una tradición cerámica más antigua, vinculada por otros autores (como Menghin y Bullock) con el Vergelense II, Valdiviense, Puconicense, etc., y que actualmente se asocia a la tradición bícroma (Vergel-Valdivia).

En 1985, quince años después del comienzo de las excavaciones, Américo Gordon publica el artículo *El potencial interpretativo de la fractura y perforación intencionales de “artefactos símbolos”* en la revista *Chungará*. Allí se refiere a Gorbea-3 como uno de los cementerios de la región *mapuche* donde es posible observar ciertas prácticas culturales relevantes que permiten comprender aspectos sociales generalmente olvidados en las interpretaciones contextuales; en este caso, se trata de la fractura y perforación intencional de vasijas, las que habrían sido consideradas como portadoras de un alto contenido simbólico. Según el autor, estas perforaciones pudieron efectuarse a modo de autopsia, la que se habría practicado simbólicamente a las vasijas funerarias con el fin de, eventualmente, dar a conocer el origen de la muerte del difunto a los familiares —interpretación que, sin embargo, no se encuentra respaldada por otras investigaciones o relatos etnográficos publicados para el área—. Finaliza Gordon (1985) su trabajo señalando que sería

de interés que los arqueólogos observen en las excavaciones de sepulturas la presencia de estos indicadores simbólicos, pues amplían las posibilidades de determinar sexo y estatus social, al tiempo que puede servirles de punto de partida para reconstruir la composición y organización de familias y comunidades prehistóricas (p. 64).

Una última referencia que cabe señalar es el artículo de Niemeyer y Menzel (1988) publicado en el *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, donde los autores mencionan como un antecedente de su trabajo la vasija antropomorfa rescatada en el antiguo *eltun* de Gorbea. El artículo se centra en el hallazgo y descripción de un cántaro antropomorfo recuperado en Osorno, considerado como ejemplo de una importante tradición alfarera de representación simbólica de esculturas antropomorfa cuyas primeras evidencias se

remontarían al período Alfarero Temprano². La pieza de Gorbea sería, según los autores, una representante tardía de esta tradición cultural:

No queremos dejar pasar la oportunidad de mencionar una pieza de cuerpo abultado antropomorfo, erguida sobre sus dos piernas separadas que lleva indicación de los senos y brazos terminados en manos sobre los costados del vientre. Fue encontrada por Américo Gordon en el cementerio posthispanico de Gorbea y la llamó «Miss Gorbea». El cuello del cerámico es alto, de paredes ligeramente expandidas hacia afuera y lleva en el borde superior un par de asas pequeñas. No hay rasgos faciales y lo antropomorfo se refiere al tronco y a las extremidades. Aunque la idea general del patrón que se comenta está implícita en la pieza, difiere ella de otras en que no lleva cabeza propiamente. Para la descripción hemos tenido a la vista sólo una fotografía facilitada por el arqueólogo de Temuco (Niemeyer y Menzel, 1988, p. 6).

Exhibición temporal «Gorbea 3, derrotero de encuentros», en el Museo Regional de La Araucanía

En el año 2008, el MRARA llevó a cabo una muestra temporal acerca del cementerio arqueológico, la ciudad de Gorbea y el proceso de colonización holandesa de comienzos del siglo XX. La exposición, denominada «Gorbea 3, derrotero de encuentros», se presentó entre los meses de abril y julio, y fue una de las actividades que marcaron la reapertura del Museo tras permanecer tres años cerrado con motivo de los trabajos de remodelación y restauración del edificio que lo alberga, la casa Thiers³, y de la elaboración de una nueva museografía para la exposición permanente. El guion aludía principalmente al carácter multicultural de la ciudad, presente desde su fundación administrativa en 1904. Confluían en la exhibición, por tanto,

² Período entre los 2000 y 800 años antes del presente, definido por la revolución tecnológica que significó la incorporación de la alfarería en el centro-sur.

³ Para conocer antecedentes sobre la historia y arquitectura de este inmueble patrimonial, ver: <http://www.museoregionalaraucania.cl/sitio/Contenido/Colecciones-digitales/83508:Casa-Thiers-de-Temuco>.

el pueblo *mapuche* —representado a través de la colección alfarera y un aro de bronce procedentes del *eltun* antiguo—; la influencia colonial española —de la cual daban cuenta pequeños trozos de cerámica enlozada (mayólica) incorporados a modo de decoración en las vasijas depositadas como ofrendas funerarias en el sitio—; y, por último, fotografías de los inmigrantes holandeses que llegaron a comienzos del siglo XX a la zona y de sus objetos. Se informaba asimismo sobre la excavación del sitio desde inicios de la década de 1970, incluyendo pasajes y fotografías de los diarios de campo de los arqueólogos y estudiantes que en ella participaron (Quiroz y Chapanoff, 2008).

La colección arqueológica y documental del Museo Regional de La Araucanía

La mayor parte de los materiales culturales de la excavación, además del registro documental, se conservan en el MRARA. El acercamiento a ellos significó el acceso a un «estrato» más profundo en nuestro trabajo.



Figura 2. Piezas metálicas procedentes del sitio Gorbea-3: (a) anillo de bronce; (b) placa de bronce con aplicaciones de fibras hiladas y adheridas junto a un clavo/alambre ferroso. Archivo Regional de La Araucanía, s. n. Fotografías de Doina Munita.

La colección de objetos está albergada en dos lugares: el depósito interno del Museo y el depósito externo, ubicado en el Archivo Regional, donde se mantienen las colecciones de investigación (fig. 2). Se compone principalmente de las piezas cerámicas recuperadas durante las diferentes etapas de excavación y es una de las mayores colecciones procedentes de un solo sitio

arqueológico en el área centro-sur de Chile. Desde el año 2009 la información de una parte de estas piezas se encuentra ingresada a la plataforma en línea Surdoc (<http://www.surdoc.cl/>), posibilitando a cualquier persona consultarla de manera remota.

Por su parte, el registro documental incluye una decena de diarios de terreno, además de notas de prensa recopiladas por el mismo Gordon. Los primeros contienen la más sustancial —y menos conocida— información sobre Gorbea-3 y permiten visualizar el trabajo realizado diariamente por el equipo durante las cinco campañas de terreno realizadas entre 1969 y 1973. En cada diario de campo se dibujaron las tumbas que afloraban con sus ofrendas esquematizadas, procedimiento que fue parte de la estrategia metodológica seguida por el equipo. Paralelamente, cada pieza se registró en un inventario general, refiriéndola y orientándola dentro de la cuadrícula dibujada, mientras que para dar cuenta del contexto asociado se «amarró» cada elemento a un sistema de estacado ortogonal general. Cada excavador se hizo cargo de una cuadrícula, los contextos de cada unidad y el diario de terreno respectivo (fig. 3). Como resultado, existen dibujos esquemáticos de gran parte de los contextos excavados, y, una vez entendida la estrategia de registro, todo lo referido a la distribución del sitio resulta relativamente sencillo de comprender.

Pese a lo sintético de las anotaciones y los croquis, en las páginas de los cuadernos también se refleja el aprecio por el trabajo realizado. La lectura de las hojas anilladas, aún con manchas de tierra, no solo permite conocer una de las primeras experiencias de excavación arqueológica hecha con apoyo institucional (en este caso, del Museo Nacional de Historia Natural) al sur de Temuco, sino que también invita a imaginar una escuela de campo en latitudes lluviosas, donde un grupo de estudiantes y egresados de la novel licenciatura en Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Chile⁴ comenzaba a desarrollarse profesionalmente en los albores de la década de 1970. Entre ellos estaba Julia Monleón, quien luego decidiría hacer su tesis con los resultados de la excavación del sitio.

⁴ El programa nació en el Centro de Estudios Antropológicos de dicha casa de estudios, que se transformó después en el Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía y Educación.

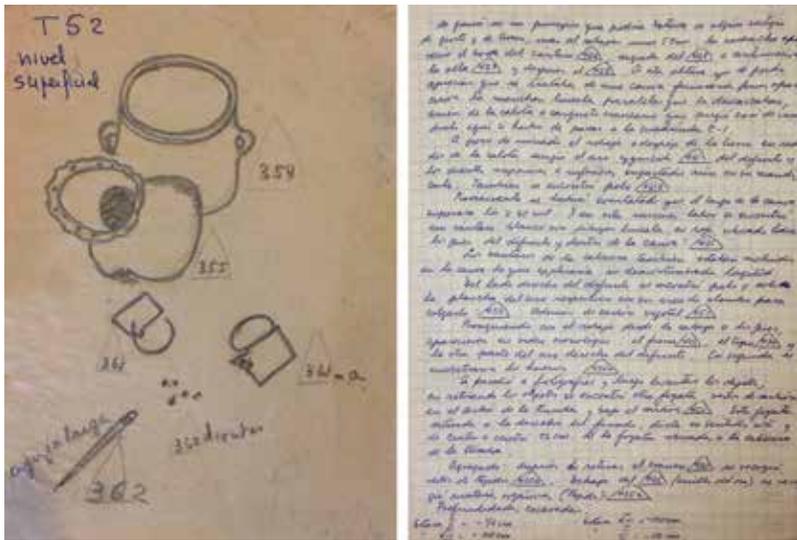


Figura 3. Ejemplo de croquis de una sección de una tumba (T-52). A la izquierda, esbozo del ajuar y las ofrendas reconocidas, y a la derecha, página de registro de un cuaderno de campo de Julia Monleón. Museo Regional de La Araucanía, Colección Arqueológica, s. n. Fotografías de Rodrigo Mera.

Es seguro que Gordon y su equipo de trabajo, además, intentaban dar a conocer sus hallazgos e involucrar a la comunidad gorbeana en sus resultados. Así lo demuestran las notas de prensa, que, junto con dar cuenta de las excavaciones, consignan algunas de las actividades públicas asociadas a ellas. Una de las más destacadas fue la denominada «Primera muestra arqueológica de Gorbea. Exposición de antiguo arte mapuche con motivo del 68° aniversario de Gorbea», efectuada durante el verano de 1972 (fig. 4). Organizada con el apoyo de la Municipalidad –y, probablemente, de otras instituciones y personas interesadas–, la exhibición permitió a los gorbeanos conocer una muestra de las piezas recuperadas, según se informa en la prensa de la época:

Visitan exposición. Muy concurrida se ha visto la exposición arqueológica abierta en la sala de sesiones de la Municipalidad de Gorbea. Público de todos los niveles y muchas delegaciones escolares han conocido algunos objetos encontrados en las tumbas del cementerio indígena ubicado en las proximidades del pueblo.

En una iniciativa que ha merecido elogios se ha abierto un libro para estampar las impresiones que le merecen al público todo lo que aprecia en la muestra.

La exposición permanecerá abierta hasta el próximo 12 de mayo, según informaron los organizadores.

Esta ha sido una actitud a propósito del 68 aniversario de Gorbea que se prepara desde ya para celebrar en grande su cumpleaños número 70 (*El Diario Austral*, 30 de abril de 1972).



Figura 4. Registro fotográfico de la exhibición dedicada al cementerio arqueológico mapuche Gorbea-3 realizada en la Municipalidad de Gorbea en 1972. La imagen acompaña una nota de prensa publicada en *El Diario Austral* el 30 de abril de 1972. Museo Regional de La Araucanía, Colección Arqueológica, s. n.

En una iniciativa poco habitual, se permitió y promovió asimismo la visita a terreno de quienes quisieran observar el proceso de excavación y recorrer el antiguo *eltun*. Incluso se abrieron cuadernos de registro donde los visitantes podían anotar sus observaciones y agradecimientos o, simplemente, plasmar sus firmas.

La colección del Museo Nacional de Historia Natural en Santiago



Figura 5. Proceso de apertura de cajas originales e inventariado general de los objetos y evidencias del sitio Gorbea-3 depositados hace casi 50 años en el Museo Nacional de Historia Natural, julio de 2018.

Fotografía de Doina Munita.

De acuerdo con los antecedentes, el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN) habría patrocinado los trabajos de excavación practicados en el antiguo cementerio *mapuche* de Gorbea, hecho que probablemente explique por qué las cajas con los materiales recuperados desde la segunda campaña en adelante llegaron hasta allí. Este destino habría obedecido también lo dispuesto por la Ley de Monumentos Nacionales⁵, publicada precisamente

⁵ Tanto en la Ley de Monumentos Nacionales, artículo 24°, como en el reglamento respectivo (1991), se señala que: «El Museo de Historia Natural es el centro oficial para las colecciones de la ciencia del hombre en Chile. En consecuencia y sin perjuicio de lo señalado en el artículo anterior, el Consejo de Monumentos Nacionales deberá entregar al Museo Nacional de Historia Natural una colección representativa de “piezas tipo” y del material obtenido en las excavaciones realizadas por nacionales o extranjeros.» (*Reglamento de la Ley 17288 de Monumentos Nacionales*, art. 22).

cuando las excavaciones se encontraban en marcha (1970). Más de dos décadas después, entre 1996 y 1997, se hicieron las gestiones para que una parte de la colección alfarera y metálica fuera dada de alta y trasladada a Temuco, donde fue ingresada a la Colección Patrimonial del Museo Regional de La Araucanía. La colección bioantropológica de Gorbea-3, sin embargo, permaneció en el MNHN, al igual que una muestra de las vasijas más significativas recuperadas: estas últimas continúan hasta el día de hoy envueltas en papeles de diarios de la época (*Allgemaine*, *El Mercurio*, *El Ideal de Mulchén*, con fechas desde 1968 a 1978) y embaladas en cajas de cartón de productos de uso cotidiano, algunos ya desaparecidos (como «Esmaltina» y avena machacada «Globena», por mencionar algunos) (fig. 5).

De estas vasijas, la más representativa del sitio a juicio de Gordon —la vasija antropomorfa reseñada más arriba— también permaneció allí, en el icónico museo santiaguino (fig. 6).



Figura 6. Vasija cerámica antropomorfa procedente del cementerio arqueológico mapuche Gorbea-3. De acuerdo con Gordon, la perforación que presenta habría sido practicada intencionalmente durante el rito fúnebre. Museo Nacional de Historia Natural, s. n. Fotografías de Manuel Alarcón.

La tesis de Julia Monleón

Un nivel aún más profundo de esta nueva «excavación» fue la búsqueda de la ya mencionada tesis de licenciatura de Julia Monleón. Dada su fecha de publicación, entre 1974 y 1975, esta debía considerar los resultados finales de la excavación del cementerio. Sin embargo, fueron necesarios meses de indagaciones —y una importante cuota de fortuna— para dar con el documento (fig. 7)⁶.

El trabajo de licenciatura está organizado en dos grandes bloques: el primero consiste en una revisión etnohistórica —a manera de síntesis— de ciertos aspectos históricos y culturales considerados por los principales investigadores que hasta entonces habían estudiado al pueblo *mapuche* desde el punto de vista arqueológico (Medina, Latcham, Guevara, Menghin, Berdichewsky y Bullock); el segundo se refiere al trabajo arqueológico propiamente tal, dando cuenta de los resultados finales de la excavación del sitio Gorbea-3. En ese entonces, los trabajos centrados en las tipologías cerámicas marcaban la tendencia de una disciplina que intentaba enmarcarse científicamente en el estudio y análisis de la cultura material, de modo que se propone una para la colección del sitio. Si bien buena parte de los resultados avalan lo expuesto previamente en el artículo de Gordon y colaboradoras (1972-73), Monleón introduce elementos novedosos, como material gráfico de apoyo al texto —

⁶Al comenzar la búsqueda, resultó que el documento no se hallaba en ningún lugar donde razonablemente debía estar: no aparece registrado en el catálogo de las bibliotecas de la Universidad de Chile, ni se conoce su existencia en la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad; tampoco se encontraba en alguna biblioteca relacionada, como la del Museo Nacional de Historia Natural, la del Museo Chileno de Arte Precolombino o la del Museo Regional de La Araucanía. La única referencia digital que se logró rastrear correspondía a una cita en la tesis titulada *Koñin: Significaciones del nacimiento para las mujeres mapuche de la comuna de Tirúa* (2011), presentada por Camila Flores para obtener la licenciatura en Antropología en la Universidad Austral de Chile. Su autora había accedido a la tesis de Julia Monleón a través de un ejemplar depositado en la Biblioteca Pública de Tirúa, que lamentablemente fue arrasada por el terremoto y tsunami que afectó al centro-sur del país en febrero de 2010. Así, la única copia reconocida de la tesis de Julia Monleón se había ido con el mar.

Solo restaba averiguar si algún familiar había conservado una copia. Al contactar a una hija de Julia, Lorena Fries Monleón, fue grande su sorpresa, pues hacía solo un mes que casualmente había encontrado y decidido traer consigo la tesis de su madre desde Suiza —país donde reside su padre—, pensando que ésta tal vez sería más útil en Chile. Así, como por obra del destino, mientras nos enterábamos de que la única posibilidad de leer los resultados finales de la excavación Gorbea-3 se la había llevado el mar, Lorena Fries viajaba por aire con la tesis de su madre en la maleta.

incluyendo pinturas originales hechas por su hermana— y fotografías etnográficas, de materiales culturales y de contextos fúnebres —el único registro fotográfico de las tumbas de Gorbea-3 conocido a la fecha—.

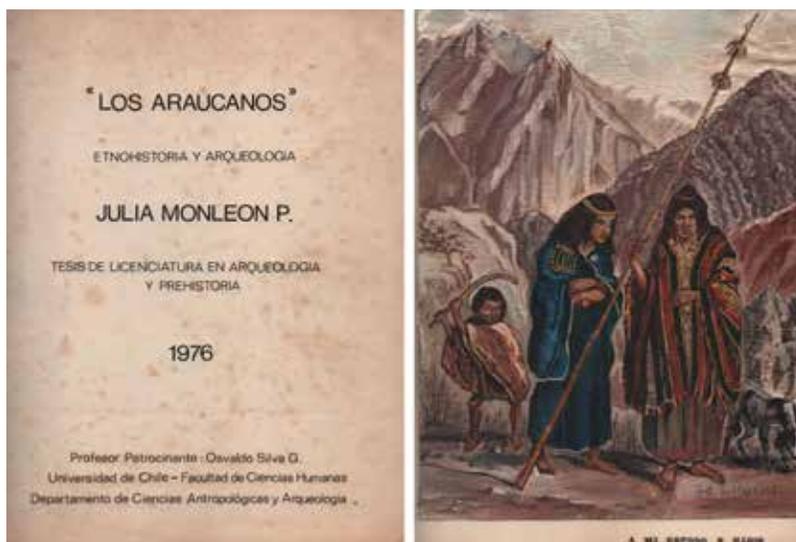


Figura 7. Ejemplar de la tesis original de la arqueóloga Julia Monleón, presentada en 1976. A la derecha se observa la dedicatoria y una de las láminas del documento, correspondiente a una reproducción de una conocida lámina de Claudio Gay (1847) realizada por Emilia Monleón de Schlapkohl.

La colección bio-arqueológica del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile en Santiago

Finalmente, al contrastar la información publicada por Valdés (1972-73) con las etiquetas del material esquelético depositado en el MNHN, se hizo evidente que este último conjunto no correspondía al analizado, procedente de la etapa de excavación inicial, sino al obtenido durante las campañas posteriores. Por consiguiente, se debía indagar la ubicación de los primeros restos levantados, cuyo destino permanecía en el olvido.

Gracias a los datos aportados por Consuelo Valdés acerca del lugar donde se realizaron los análisis a comienzos de la década de 1970, fue posible localizar cinco cajas en el Departamento de Antropología de la Facultad de

Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en las que se reconoció la letra de Américo Gordon e incluso una nota de Jacqueline Madrid, así como las etiquetas generadas en la excavación de Gorbea-3⁷. En su interior se encontraban, en efecto, las evidencias bioantropológicas analizadas por Valdés, originalmente trabajadas en el Laboratorio de Antropología Física implementado por Juan Munizaga en la antigua sede del mencionado Departamento, situado en las actuales dependencias de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (más conocido como «ex Pedagógico»).

Con esto se completaba nuestra «excavación» metafórica, al cabo de la cual logramos dilucidar los diferentes «estratos» de la secuencia histórica de la colección de Gorbea-3 que el tiempo se fue llevando o cubriendo; una búsqueda que tuvo a la colección del MRARA como punto de partida.

EL «TRABAJO DE GABINETE» CASI 50 AÑOS DESPUÉS: VIEJOS Y NUEVOS DATOS QUE
PERMITEN RE-INTERPRETAR Y PROYECTAR

Paisaje cultural arqueológico, emplazamiento y entorno

Un aspecto aún escasamente abordado en el área centro-sur es el vínculo posible de establecer entre los sitios arqueológicos y su entorno ambiental, que en este caso contempla un espacio donde la vida y la muerte cobran especial sentido: un cementerio. Convendría, entonces, hacerse cargo de los aspectos sensibles que eventualmente pudieron influir en la elección de ciertos lugares y su definición como un espacio cultural, un paisaje socialmente construido⁸.

⁷ Por su singularidad y sistematicidad, estas etiquetas han permitido distinguir con certeza los materiales de Gorbea-3 en los diferentes lugares de depósito. Además de consignar las características materiales de cada pieza, cada una lleva asociado un número único de registro señalado al interior de un triángulo y la identificación de la tumba de procedencia.

⁸ «El concepto de Paisaje Cultural fue introducido por la Unesco en 1992 al texto de la *Convención para la protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural* (1972), que en su artículo 1° establece que los paisajes culturales "... combinan el trabajo del hombre y la naturaleza..." y serían ilustrativos de la capacidad creadora del hombre, de la evolución de la sociedad humana y del uso del espacio a lo largo del tiempo. El factor central de los paisajes culturales sería la interacción entre los pueblos y el medio ambiente (Pizano y Cortés 2002)» (Lira, 2007, p. 1187). Damos por sobreentendido que se debe reemplazar el concepto de «hombres» por el de «persona» o «ser humano», y solo hemos mantenido el término por fidelidad a la cita.

La cultura *mapuche* brinda un marco apropiado para esta propuesta, donde es posible integrar variados aspectos, tales como el entorno visual, los elementos topográficos, el paisaje sonoro, el inventario florístico y la herbolaria, entre tantas otras variables que favorecerían una mejor comprensión no solo de la conducta social, sino también del conocimiento que se hereda del pasado.



Figura 8. Saltos del río Donguil, ubicados a 650 m de distancia en línea recta del cementerio arqueológico mapuche Gorbea-3. Fotografía de Rodrigo Mera.

En relación con el emplazamiento, el antiguo *eltun* —del cual podría permanecer bajo tierra aproximadamente un 25 %, según lo indicado por Monleón (1974-75, pp. 184)— se ubica en lo que hoy son las afueras de ciudad de Gorbea, en un predio forestal no plantado, pero sí muy intervenido, al costado sur de la proyección de calle O’Higgins hacia la Ruta 5 Sur (coordenadas UTM 701.645 E / 5667673 N, Datum WGS 84). En términos geográficos, se emplaza en una planicie asociada a un pequeño humedal que drena sus aguas al río Donguil, una antigua cuenca fluvial al sur del río Toltén. En él destaca la presencia de un salto de agua, conocido como «Saltos del Donguil» (fig. 8),

que seguramente ha sido a través del tiempo, más que un atractivo, un atractivo de personas y comunidades. Además, destaca la inherente presencia en el horizonte del volcán Villarrica, un hito notable del paisaje cultural *mapuche*.

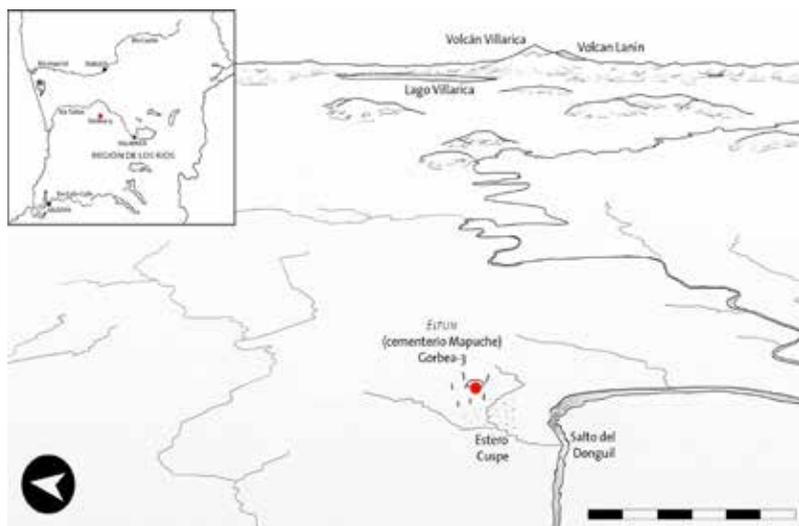


Figura 9. Emplazamiento del cementerio Gorbea-3 y de los principales hitos paisajísticos de su entorno. Aquellos lugares habitados en el pasado por el pueblo mapuche. Diseño de Ricardo Álvarez.

Hacia el norte, a menos de 1000 metros, se encontraba el estero Cuspe o Cupe, que ha sido parcialmente rellenado como consecuencia del desarrollo urbano de Gorbea. Es probable que el espacio delimitado entre estos dos pequeños cursos de agua que llegan al Donguil (el humedal y el estero Cupe) haya sido parte importante del área de asentamiento de los distintos *lof* que habitaron este territorio y que seguramente inhumaban a sus difuntos en Gorbea-3. Otro hito de este paisaje debió ser el antiguo camino que franqueaba el río por el vado y cruzaba por entre las pueblas que en ese entonces denotaban la ocupación *mapuche* previa a la chilena, pasando por las cercanías del cementerio (fig. 9); probablemente se trate del mismo que recorrió Treutler en su tercera expedición a las ruinas de la Villa Rica en 1860 (Treutler, 1861, pp. 182-183).

Los cuerpos de los antepasados. Evidencias bioantropológicas

Las evidencias bioantropológicas, principalmente óseas y algunas muestras de pelo, se encuentran en un estado de conservación que requiere ser evaluado adecuadamente. Como se mencionó, la mayor cantidad de los restos —sin analizar— se encuentra en los depósitos del MNHN y buena parte de ellos aún no ha sido recuperada de sus contenedores originales. Estos últimos debieran ser microexcavados prontamente. Por su parte, las evidencias almacenadas en la Universidad de Chile también requieren de urgente atención: la intervención que han sufrido es mayor que la de aquellas depositadas en el MNHN, pues fueron analizadas sin considerar un posterior trabajo de conservación; además, han experimentado al menos dos cambios de depósito.

De los restos analizados, cabe destacar las observaciones acerca de la ausencia de patologías evidentes o rastros de violencia, lo que a nuestro modo de ver daría cuenta de una buena calidad de vida o buen vivir (*küme mogen*) de la gente en el pasado. En cuanto al reducido número de infantes en el cementerio, esto podría deberse —tal como lo indica Valdés— a los procesos de formación del sitio arqueológico, que se habrían traducido en condiciones de preservación diferencial entre las evidencias bioantropológicas de adultos y niños (en condiciones de entierro, estas últimas presentan una conservación menor en el tiempo debido a su tamaño y densidad). Tampoco debe descartarse una eventual distribución diferencial de los entierros de adultos e infantes, y la posible concentración de las excavaciones arqueológicas en el sector destinado a los primeros.

Ofrendas y ajuares. Materiales culturales

Según lo investigado, la colección cerámica de Gorbea-3 depositada en el MRARA comprende el 77 % del conjunto total que se conserva del sitio (295 unidades completas y fracturadas), mientras que en el MNHN se encuentra el 23 % restante. Si bien la mayor cantidad de piezas con características distintivas —como rasgos antropomorfos, zoomorfos, formas y decoraciones especiales— se encuentra depositada en Santiago, en Temuco se concentran los tipos alfareros diagnósticos del antiguo *eltun*, lo que convierte a la del MRARA en una de las colecciones de cerámica arqueológica *mapuche* más importantes

de Chile. Además, el museo regional alberga las únicas evidencias metálicas –adornos y otros elementos– que se han conservado del sitio, además de dos grandes morteros de piedra, conjuntos de chaquiras, fragmentería cerámica y algunas muestras orgánicas (madera y carbón, por ejemplo).

Dentro de la colección de Gorbea-3 que permanece en el MNHN destaca la presencia de trozos de *txolof* (tronco de *pellín* [*Nothofagus obliqua*] ahuecado con el que generalmente se construían las urnas funerarias) y muestras de carbón, sedimentos y otros elementos orgánicos. Se registra también un conjunto de chaquiras y algunos líticos con escasos atributos culturales. En cuanto al material cultural presente en la Universidad de Chile, este consiste únicamente en una chaquira negra (Tabla 1).

La identificación de tipos cerámicos que aquí mencionamos (Tabla 2) se remite –salvo pequeñas modificaciones– a las clasificaciones hechas por Gordon y colaboradoras. Una de las pocas diferencias entre el registro inicial y lo observado en la actualidad es que entonces se habló de incrustaciones de loza en las vasijas, aunque en rigor se trata de incrustaciones⁹ de cerámica enlozada o vidriada (mayólicas¹⁰), tipo alfarero más antiguo que la loza. Este hecho, que bien podría parecer un sencillo detalle, amplía la profundidad

⁹ «La distribución territorial de este tipo a nivel regional ocurre al menos desde la zona de Angol hasta Valdivia-Osorno y en la zona trasandina del Neuquén [...]. Usualmente las piezas son de coloración negra (y café), pero también se aplica sobre piezas rojas engobadas. Una de las modalidades decorativas dominantes, sobre todo en los jarros, se define por una composición anular en el borde, configurada por la disposición de unidades simples o dobles de puntos equidistantes [...]. En el asa se inscribe un motivo en cruz en su extremo superior, también siguiendo elementos representados en bicromía [...]. Los materiales empleados como incrustaciones incluyen piedras pequeñas seleccionadas por sus colores; vidrios (no piedras vítreas); cerámicas esmaltadas o mayólicas; y lozas. Lo anterior da cuenta de la perseverancia del gesto formal y técnico, como una voluntad de conservar modos de producción cerámica. La distribución y tipo de materiales seleccionados refuerzan la cualidad de visibilidad que estas piezas tienen, asociado a la idea del “brillo» (Adán *et al.*, 2016, p. 319).

¹⁰ Según Schávelzon (2001) «La mayólica es el producto cerámico por excelencia asociado a la dominación hispánica en todo el continente [...]. Se trata de una cerámica de las denominadas de pasta roja o pasta burda aunque en realidad su color sea en la mayoría de los casos de color blanco, blanquecino o rosa pálido [...]; su elemento característico es que está recubierta por un esmalte generalmente blanco hecho con estaño [...]. Debido a que esta forma de hacer cerámica –o mejor dicho, de esmaltarla– se introdujo en Europa a través de España y la dominación árabe, es por lo tanto más antigua allí que en otras regiones, siendo un fenómeno cultural característico del siglo XIV [...] dada su facilidad de fabricación, belleza y calidad se dispersó muy rápidamente. Durante el siglo XVI se inició su fabricación en América en centros importantes en México, Guatemala, Perú, Panamá y posiblemente otros aún no identificados» (pp. 38-39).

temporal del cementerio y las consideraciones acerca de los tipos de relaciones interculturales –materiales y sociales– en el área de Gorbea hacia fines del siglo XVIII y el siglo XIX, precisando los datos y permitiendo realizar interpretaciones más acertadas acerca de la naturaleza del sitio arqueológico (cabe recordar que Gorbea-3 carece de fechados absolutos).

TABLA 1

MATERIALIDAD	TIPO DE PIEZA	MRARA		MNHN
		Museo	Archivo	
Alfarería	piezas completas	210	x	63
	piezas fragmentadas	2	15	5
	fragmentería	x	23 bolsas	10 bolsas
Evidencias bio-antropológicas	pelos + tejidos + fibras	1	3	x
	osamentas + dientes + fragmentos de cráneos	x	2	87
Líticos	lascas + líticos varios	x	9	1
	pedras de moler	x	2	x
Piezas metálicas	anillo bronce	x	1	x
	aros	2	x	x
	placa bronce + fibras	x	1	x
	clavos	x	5	x
chaquiras		conjunto	conjunto	conjunto
muestras (sedimento + carbones + madera)		3	x	20
TOTAL REGISTROS		218	38	186

Elementos del cementerio arqueológico mapuche Gorbea-3 según materialidad, de acuerdo con su distribución en las diferentes instituciones donde se encuentran depositadas las colecciones.

TABLA 2

TIPO VASIJA	n
Vasija antropomorfa	1
Vasijas zoomorfas	3
Jarros asimétricos	3
Jarros con incrustaciones	102
Jarros monocromos	100
Jarro-pipa	1
Jarros tipo Valdivia	1
Grandes contenedores	17
Vasijas «matadas»	6
Vasijas con «cruces» incisas	19
Ollas y tapas	29
Platos	1
Tazas	2

Tipos de vasijas cerámicas procedentes del cementerio arqueológico mapuche Gorbea-3 existentes en el Museo Regional de La Araucanía y el Museo Nacional de Historia Natural. Una vasija puede corresponder a más de una categoría de «tipo», por lo que la suma total de esta tabla no corresponde a la suma real de piezas alfareras.

Por otra parte, la revisión actual de los materiales culturales y documentación inédita, ha permitido registrar piezas no referidas anteriormente para el antiguo *eltun*. Es el caso de algunos tipos de vasijas, como un jarro zoomorfo depositado en el MNHN que exhibe una cabeza animal con incrustaciones de mayólicas (fig. 10a); este tipo de modelado ha sido registrado también en colecciones museológicas procedentes de Cautín, Angol (San Martín, San Martín Cáceres y Varas, 1988, p. 19) y Repocura (Pino, 1970). Asimismo, en la tesis de Julia Monleón se menciona una pieza que, según la autora, sería utilizada por las y los *machi*: en ella se observa el «nacimiento» de una pequeña vasija desde la boca de un jarro simétrico (fig. 10b). Este tipo cerámico también ha sido consignado previamente en colecciones de otros contextos arqueológicos *mapuche* (por ejemplo, Repocura-Cholchol) y en el

área de Cholchol (San Martín, San Martín Cáceres y Varas, 1988, p. 12). Su origen conceptual se remontaría al período Alfarero Temprano, lo que se infiere a partir del hallazgo registrado en el sitio Villa JMC-1 de Labranza, donde se identificó una pequeña olla (*püchi challa*) «brotando» desde el interior del cuello de un jarro simétrico (*metawe*). Estas morfologías, zoomorfas y de piezas «dobles», representan una dimensión simbólica y expresan parte de la visión de mundo del pueblo *mapuche*, materializada por sus ceramistas (*wizüfe*) posiblemente entre los siglos XVIII y XIX. La belleza y peculiaridad de estas piezas ha inspirado la obra de artesanos y artesanas, quienes mediante diferentes técnicas han reproducido los elementos formales más relevantes de las vasijas originales, poniendo en valor la alfarería *mapuche* arqueológica pre- y posthispanica. Entre ellos sobresale la familia San Martín, radicada justamente en Gorbea desde la década de 1970, que a través de su arte han difundido la historia y cultura de este territorio.

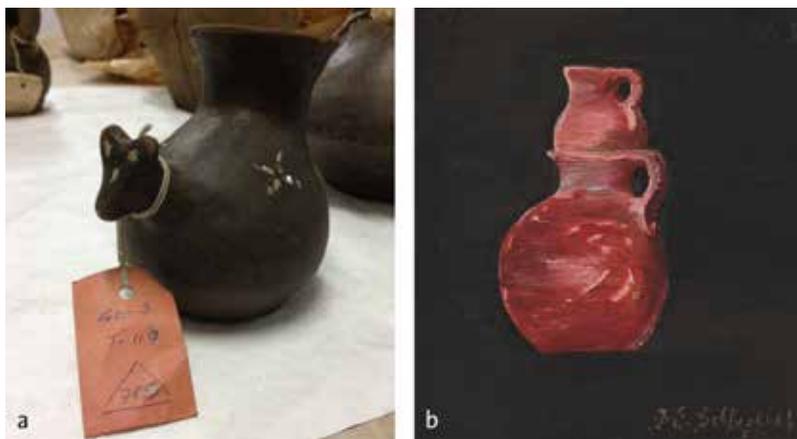


Figura 10. (a) Vasija cerámica zoomorfa recuperada en el cementerio arqueológico Gorbea-3. Museo Nacional de Historia Natural, s. n. (b) Ilustración de una vasija doble procedente del mismo sitio incluida en la tesis de la arqueóloga Julia Monleón (1976, lám. X). Lámina realizada por Emilia Monleón de Schlapkohl. Fotografías de Doña Munita.

Los diarios de terreno resultan fundamentales, ya que son los únicos soportes de las descripciones y ubicaciones exactas de rasgos y tumbas, contenidas en dibujos individuales de cada una de ellas. Una revisión de estos

documentos sirve entonces a la reinterpretación de una serie de otros elementos materiales mostrados en las publicaciones, como, por ejemplo, la «corona circular» que se menciona en el artículo de Gordon, Madrid y Monleón (1972-73) y que posteriormente describe con mayor detalle Monleón (1976, p. 223):

Es una especie de cinta circular, hecha de cobre con un diámetro de 12 cm en su parte interior y 15 cm la de la otra circunferencia; en el borde se observa un pequeño festón a manera de decoración. Un total de seis ejemplares se encontraron adosados a ambos lados del cráneo y sobrepuestos a los grandes aros rectangulares con muesca.

De acuerdo con los antecedentes que hoy conocemos (Figuroa, 2016), esta descripción alude a un tipo morfológico de grandes aros usados por las mujeres de los *logko*, propios de la época en que la ostentación se materializaba en los adornos (Alvarado, 2001, p. 23): la prosperidad *mapuche* de fines del período ganadero (Naguil, 2016, pp. 121-130).

Por otra parte, la tesis de Monleón suma un nuevo adorno a los inicialmente descritos para Gorbea-3. Se trata de una pieza denominada «llameatu»:

Se halló solamente uno de plata; consiste en un cintillo que va alrededor del cráneo, del cual penden unas campanitas de forma cónica. Según la comunicación incompleta que llegó a nuestro poder de Cooper, sería un distintivo usado por las mujeres del cacique. En la página 21 leemos: ... las mujeres de los caciques se distinguen por el adorno que llevan en la cabeza, hecho de abalorios (llameatu), del que pende una sarta de cascabeles o de dedales que hacen gran ruido al moverse. (Monleón, 1976, p. 223).

Si bien la autora lo asocia al *txarilogko* (1976, p. 47), opta por reproducir el término utilizado por Cooper, pese a que este no se halla registrado en los antiguos diccionarios de *mapuchezugun* tales como los de Valdivia, Fébres y Augusta. Ahora bien, en el glosario de la tesis, que fue corregido por el profesor Domingo Curaqueo, la fonética indicada coincide con *llagkatu*, que correspondería a un ‘collar de cuentas’ o ‘de *llankas*’. Permanece entonces la

incógnita acerca de este adorno, aunque el hecho de que estuviera compuesto por «campanitas de forma cónica» (*müzeñ*), permite establecer un vínculo cronológico con otros hallazgos como El Membrillo, descrito por Reymond (1971) y Taife-1, ambos correspondientes a antiguos *eltun* ubicados en la actual comuna de Carahue.

Estos antecedentes, expuestos solo como ejemplo, dan cuenta de la posibilidad de contextualizar y reinterpretar mejor las colecciones de Gorbea-3, especialmente la del Museo Regional de La Araucanía, que ya se encuentra sistematizada y adecuadamente documentada. Ello facilitará el trabajo de asociación, análisis e interpretación de los objetos, las tumbas y el *eltun* en general, posible de ejecutar bajo diferentes enfoques teóricos.

CONCLUSIONES Y PROYECCIONES

Ha pasado casi medio siglo desde los trabajos de excavación arqueológica en Gorbea patrocinados por el MNHN y ejecutados por Américo Gordon y un equipo de jóvenes arqueólogas y arqueólogos. Lamentablemente, después de todo este tiempo, en el lugar donde se realizaron las excavaciones —y donde supuestamente aún permanecería una parte del antiguo *eltun*—, no existe nada que indique la presencia de este sitio patrimonial. En la actualidad, Gorbea-3 no es reconocido socialmente, de modo que en términos materiales solo permanecen las colecciones, las publicaciones relacionadas y los diarios de campo que dan cuenta de los trabajos realizados.

Lo expuesto hasta ahora demuestra que este importante sitio arqueológico *mapuche* ha sido subvalorado por la arqueología, razón por la cual continúa siendo escasamente conocido para la gente. Por otra parte, para asumir una adecuada y necesaria puesta en valor del yacimiento, es requisito considerar lo que actualmente significa desarrollar arqueología en una región con un pasado y presente *mapuche*, y donde, por cierto, aún existen prejuicios, desconocimientos y errores arrastrados desde el nacimiento de la disciplina (Sierralta, 2017).

El proceso de reevaluación inicial de Gorbea-3 se transformó en la nueva «excavación» de una vieja excavación, de la que solo permanecían visibles algunas piezas y un registro documental que debía ser recuperado. En este contexto se enmarca también el hallazgo de la tesis de Julia Monleón, que

aporta algunos resultados finales de un largo proceso de análisis e interpretación. Es posible afirmar que se han logrado identificar nuevos antecedentes que permiten contextualizar mejor la colección del Museo Regional de La Araucanía, avanzar en la definición de cuántas tumbas se excavaron y de la materialidad presente, y aumentar la «resolución» del rango temporal de uso del cementerio; sin embargo, otras preguntas vinculadas con la motivación inicial para la excavación de un sitio arqueológico tan grande permanecen aún incógnitas: ¿cómo se gestó la idea de excavar Gorbea-3?, ¿existió alguna propuesta de investigación inicial que hoy desconocemos?

Conforme a los planteamientos de Gordon y colaboradoras, y a nuestras observaciones acerca de los materiales recuperados, efectivamente el cementerio no presentaría una profundidad temporal mayor que el siglo XVIII, aunque esta bien podría aumentar de ser contrastada la cronología relativa con fechados absolutos. Se trataría, entonces, de varias generaciones que tradicionalmente conocieron el lugar y lo definieron y usaron como cementerio. Si bien, considerando la presencia de algunos tipos morfológicos (por ejemplo, botijas, ollas con tapa, etc.) y la integración de ciertos elementos decorativos (como incrustaciones de mayólicas, chaquiras, etc.), se entiende que existió una incorporación de elementos foráneos al modo de vida *mapuche*, el propio Gordon señala que, en lo espiritual, quienes utilizaron ancestralmente este *eltun* permanecieron fieles a su tradición.

Gorbea-3 da cuenta de la existencia de una población importante en el lugar: con más de 170 contextos funerarios, debió corresponder a uno o más *lof* que tradicionalmente ocuparon el área del río Donguil al menos desde momentos coloniales, evidenciando a través de la materialidad de las ofrendas funerarias una época de amplio desarrollo social vivida por los *mapuche* previamente a la ocupación chilena. La invasión militar de este territorio desde 1860 hasta la llegada del ejército chileno a Villarrica en 1883 y la consecuente fundación de pueblos y ciudades al sur de los ríos Cautín y Toltén implicaron el desplazamiento forzoso de las y los *mapuche* que habitaron la zona ancestralmente y la consecuente pérdida del conocimiento y vínculo directo con ciertos territorios; de ahí el olvido de la ubicación de algunos lugares socialmente importantes como los *eltun*.

Vistos los antecedentes y los materiales depositados en las instituciones involucradas, se asume que esta revaluación corresponde solamente a una labor preliminar, y que es necesario emprender un trabajo aún más consecuente con el volumen de materiales y documentos generados durante el proceso de excavación de Gorbea-3. Como una importante proyección para la arqueología regional, resta por tanto trabajar en una reinterpretación exhaustiva de los datos, abordando de manera sistemática la información contenida en los diarios de terreno del sitio: ello debiera contemplar, por ejemplo, el traspaso de los dibujos y la generación de fichas por cada uno de los contextos funerarios, así como nuevos análisis de los materiales culturales y muestras aplicando técnicas arqueométricas, entre tantas otras posibilidades de trabajo propias de la arqueología actual. Desde la interpretación de aspectos sociales, los temas susceptibles de ser indagados son múltiples, considerando la relación entre la religiosidad *mapuche* y cristiana, solo por dar un ejemplo. Por último, desde el punto de vista patrimonial, este material debe ser puesto en valor, profundizando en los resultados y resaltando la identidad *mapuche* del cementerio. Lo anterior implica hacerse cargo de una serie de cuestionamientos propios de un estudio contextual en términos históricos y de relaciones interculturales, teniendo en cuenta que la excavación en un *eltun* contemporáneo o inmediatamente previo a la invasión militar del *Gulu Mapu* realizada exclusivamente con fines de investigación científica resultaría hoy impensable, atendiendo a las consideraciones éticas para con los pueblos originarios. En la actualidad, una acción de esa índole se aleja de la realidad antropológica regional, cuya contingencia reivindica el pasado *mapuche* de la época como un pasado reciente, cuyas consecuencias son reales y tangibles en el presente.

AGRADECIMIENTOS

Comprometen nuestros agradecimientos las siguientes personas e instituciones vinculadas: Miguel Chapanoff y María José Rodríguez (Museo Regional de la Araucanía); Cristián Becker, Miguel Ángel Azócar, Verónica Silva, Manuel Alarcón y Francisco Garrido (Museo Nacional de Historia Natural); André Menard, Sonia Montecino, Eugenio Aspillaga y Nicole Barreaux (Universidad

de Chile); además de quienes nos ayudaron de manera independiente en distintas etapas de este trabajo: Lorena Frías Monleón, Juanita Marinao, Sandra San Martín, Tatiana Márquez, Ricardo Álvarez, Victoria Castro, Silvia Quevedo, Carlos Aldunate, José Berenguer, Consuelo Valdés, Mario Orellana, Camila Flores, Dina Carripán (Biblioteca Pública de Tirúa) y Ricardo Oyarzún. Este trabajo está dedicado a la memoria de Julia Monleón Plancha y Sergio San Martín Muñoz.

REFERENCIAS

- Adán, L., Mera, R., Munita, D. y Alvarado, M. (2016). Análisis de la cerámica de tradición indígena en la jurisdicción de Valdivia: estilos Valdivia, Tringlo y decorados con incrustaciones. En F. Mena (ed.), *Arqueología de la Patagonia: de mar a mar* (pp. 313-323). IX Jornadas de Arqueología de la Patagonia, Coyhaique.
- Alvarado, M. (2001). Pose, montaje y representación en el retrato fotográfico mapuche. En M. Alvarado, P. Mege y C. Báez (eds.), *Mapuche. Fotografías siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario* (pp.). Santiago: Pehuén. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-9632.html>
- Dillehay, T. (1996). Obituario Américo Gordon. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (22), 15.
- Flores, C. (2011). *Koñin: Significaciones del nacimiento para las mujeres mapuche de la comuna de Tirúa*. (Tesis de grado para optar al título de Antropólogo(a) y al grado de licenciado(a) en Antropología. Escuela de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile. Valdivia). Obtenido de <http://cybertesis.uach.cl/tesis/uach/2011/fff634k/doc/fff634k.pdf>
- Gordon, A. (1985). El potencial interpretativo de la fractura y perforación intencionales de «Artefactos Símbolos». *Chungará* (15), 59-66. Obtenido de http://www.chungara.cl/Vols/1985/Vol15/El_potencial_intepretativo_de_la_fractura.pdf
- Gordon, A., Madrid, J. y Monleón, J. (1972-73). Excavación del cementerio indígena en Gorbea (Sitio GO-3). Provincia de Cautín. Chile. Informe Preliminar. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Boletín de Prehistoria* [número especial] (pp. 501-514).

- Lira, N. (2007). Ríos, lagos, bosques y volcanes: Paisaje cultural en La Araucanía. En *Actas del VI Congreso Chileno de Antropología* (pp: 1184-1194). Obtenido de <https://www.academica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/109.pdf>
- Monleón, J. (1974-75). Los araucanos. Etnohistoria y arqueología. *Boletín de Prehistoria de Chile*, (7-8), 179-186.
- Monleón, J. (1976). *Los araucanos. Etnohistoria y arqueología*. (Tesis de licenciatura en Arqueología y Prehistoria. Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Chile).
- Naguil, V. (2016). *De la raza a la nación, de la tierra al país. Comunitarismo y nacionalismo en el movimiento mapuche 1910-2010*. (Tesis doctoral en Ciencias Políticas, Políticas Públicas y Relaciones Internacionales. Universidad Autónoma de Barcelona). Obtenido de <https://ddd.uab.cat/record/167893>
- Niemeyer, H. y Menzel, A. (1987). Un ceramio antropomorfo de Osorno, Chile. *Noticiario Mensual Museo Nacional de Historia Natural*, (314), 4-8. Obtenido de http://publicaciones.mnhn.cl/668/articles-66547_archivo_01.pdf
- Pino Zapata, E. (1970). La herencia neolítica araucana. En *Museo Araucano Regional de La Frontera. 30 años de vida (1940 – 1970)* (pp. 7-21). Temuco: Dibam.
- Quiroz, D. y Chapanoff, M. (2008). *Gorbea 3, derrotero de encuentros* [folleto de exhibición temporal].
- Reymond, J. (1971). Cementerio araucano de Membrillo. *Boletín de Prehistoria de Chile*, (4), 87-106.
- San Martín, S., San Martín Cáceres, S. y Varas, E. (1988). *Catálogo de reproducciones arqueológicas mapuche. Metawe y challa*. S. d.
- Schávelzon, D. (2001). *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos XVI-XX)*. S. d. Obtenido de https://drive.google.com/file/d/0B94K_VGTFmtzNzc1N-GI1N2MtNzQ5MS00ZDVlLWI5MGYtZjAxYzU3ODAzZmFl/view
- Sierralta, S. (2017). La arqueología chilena en el Gulumapu: narrativa histórica en una zona de conflicto. *Revista Chilena de Antropología*, (36), 255-274. Obtenido de <https://revistas.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/47492/49527>
- Treutler, P. (1861). *La provincia de Valdivia i los araucanos por Pablo Treutler*. Santiago: Imprenta chilena.
- Valdés, C. (1972-73). Restos óseos humanos de un cementerio indígena, Gorbea, Provincia de Cautín, Chile. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Boletín de Prehistoria* [número especial] (pp.515-522).

VIDA COTIDIANA EN EL CASTILLO DE NIEBLA.
COLECCIONES CERÁMICAS Y CARTOGRAFÍAS HISTÓRICAS.

Simón Urbina

INTRODUCCIÓN

Los habitantes de la costa de Niebla son herederos de una larga historia que se conoce por documentos e investigaciones arqueológicas en sus fortificaciones e instalaciones misionales –investigaciones que, por supuesto, nutren las colecciones albergadas en el Museo de Sitio Castillo de Niebla–.

Uno de los aspectos más fascinantes de estas colecciones son los conjuntos cerámicos coloniales recuperados en distintos estudios efectuados durante los últimos 30 años. Tanto las excavaciones realizadas en la década de 1990 como las labores posteriores de restauración permiten conocer hoy la procedencia, variedad, antigüedad y características formales de la vajilla cerámica que utilizaron dentro del perímetro del castillo los ocupantes de la fortificación entre 1645 y 1820. Junto a los aspectos privilegiados por las investigaciones tradicionales, dicha cerámica es una amplia puerta de acceso a las relaciones interculturales entre diversas poblaciones y territorios, con sus diferencias, tensiones y puntos de encuentro.

Considerando la falta de estudios acerca de la documentación generada por oficiales y gobernadores de Valdivia sobre los cambios en el uso del espacio y la vida diaria de los soldados, de los desterrados, de las parcialidades indígenas y de sus familias dentro del castillo o en sectores aledaños a él, la cerámica arqueológica albergada en la colección de Niebla constituye una materialidad única para acercarse a las normas de mesa, la cantidad y modo de servir las raciones, la preparación de alimentos y las áreas de descarte (basurales), vale decir, a la organización interna del espacio fortificado y a las relaciones de la milicia con las comunidades a su alrededor. Estas relaciones cotidianas, particularizadas por un paisaje costero cuyo elemento central es la articulación fluvio-marítima que genera la espléndida bahía de Corral

(fig. 1) —el llamado «puerto de Valdivia», de cuya defensa se encargaban los castillos de Niebla, Mancera, Corral y Amargos— son el tema central de este trabajo monográfico sobre las colecciones cerámicas del Museo de Sitio Castillo de Niebla.



Figura 1. Batería este, ubicada frente a la bahía de Corral, Región de Los Ríos.
Fotografía de Juan Pablo Turén.

EL SISTEMA DEFENSIVO

El sistema defensivo de Valdivia y su puerto se estableció luego del intento de colonización holandesa de la ciudad en 1643, y se inscribió en la nueva escuela hispanoamericana de fortificación permanentemente abaluartada (Marín, 2007, p. 586, citando a Zapatero, 1978, p. 225). En el año 1645 se inició el período de refundación hispana de Valdivia, comenzando por la instalación de incipientes fortificaciones que alcanzarían más tarde el rango de castillos (Guarda, 1990, 1999)¹. Junto con los del Callao (Lima), Valparaíso y Chiloé (Marchena, 2007), el sistema llegó a constituir uno de los más importantes y estratégicos del Pacífico Sur. Durante el siglo XVIII estuvo integrado por diez baterías, tres fuertes y cuatro castillos solo en la bahía de Corral (Corral,

¹ Como señala el historiador Gabriel Guarda (1999, p. 47), «el título de castillo corresponde al rango más elevado, dentro de las fortificaciones permanentes abaluartadas». Le siguen los fuertes, baterías y baluartes.

Amargos, Niebla y Mancera), además de un castillo hacia el interior (río Cruces), mientras que la ciudad fue dotada de un recinto amurallado doble—mencionado en 1763 como «castillo de Valdivia» (fig. 2)— defendido por torreones, fosos y baterías propias (Marín, 2007).

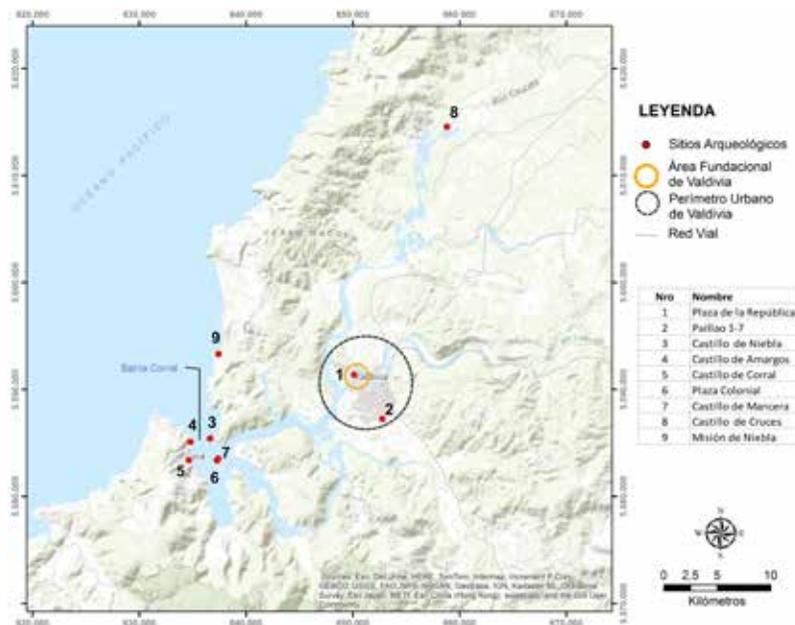


Figura 2. Ubicación de los castillos que conforman el sistema defensivo de Valdivia. Fuente: Urbina y Chamorro, 2016.

De esta manera, los seis castillos de la jurisdicción de Valdivia fueron fundados en posiciones estratégicas, comunicadas fácilmente por vía fluvial; todos, además, en áreas habitadas por parcialidades mapuches.

El esquema cronológico de estos castillos se define de la siguiente manera: la primera fase constructiva del sistema defensivo (c. 1645-1650) implicó la instalación de meras baterías (planchadas) hechas de fajinas (haces de ramas apretadas) y tierra. En el segundo período (c. 1650-1670), los castillos fueron dotados de muros sólidos de canchagua y piedra laja (Montandón, 2001, p. 43) defendidos por fosos y acantilados junto a las explanadas naturales donde

fueron emplazadas las primeras baterías (Montandón, 2001, p. 35). El tercer período (c. 1674-1764) comenzó en 1675 con el impulso dado por el gobernador de la plaza, don Diego Joaquín de Martos, y significó la mejora de todas las fortificaciones del estuario mediante nuevos parapetos y murallas.

El cuarto y último período constructivo (c. 1761/1764-1820) dio forma a las fortificaciones que hoy se conocen. Se inició con las intervenciones del ingeniero Juan Garland, quien trabajó en la mantención y consolidación de la infraestructura existente, así como también en una serie de nuevas obras que modificaron lo proyectado por Antonio Birt y Martín Cermeño para Corral, Amargos y Niebla (Guarda, 1990, pp. 80-94; Montandón, 2001, p. 38), y por él mismo para San Luis de Alba de Cruces (Adán, 2009, pp. 11-12). Entre 1780 y 1800, el sistema defensivo fue ampliado con la instalación de nuevas baterías en ambos márgenes del estuario. En 1820, el conjunto de fortificaciones, baterías y baluartes cayó en manos chilenas, iniciándose el proceso de abandono y cambio funcional. Desde entonces, algunos castillos fueron utilizados como instalaciones militares de bajo rango o como desembarcadero y alojamiento provisorio para los inmigrantes alemanes en la segunda mitad del siglo XIX; muchas de ellas se transformaron luego en espacios recreativos, de contemplación y ocio dominical (Lema, 2017).

EL CASTILLO DE NIEBLA

El extremo norte de la desembocadura del río Valdivia, en la punta de Niebla —llamada «de la Santa Cruz», «de Santa Elena» o, bien, el «morro de Niebla»—, es el espacio donde se emplaza el Castillo de la Pura y Limpia Concepción de Monforte de Lemos, hoy conocido como «Museo de Sitio Castillo de Niebla». De acuerdo con los especialistas que han tratado su historia (Guarda, 1990, pp. 68-69 y 84-90; Aguilera, 1994, pp. 18-24; Montandón, 2001, pp. 51-52), su evolución da cuenta de una intensa dinámica de transformaciones arquitectónicas a pesar de sus modestas dimensiones.

De la primera batería no se tiene información confiable, y solo se sabe que, a partir de 1671, bajo el gobierno de Ignacio de la Carrera Iturgoyen, se comenzó a edificar la muralla perimetral del castillo, la iglesia, una escalera que desciende a la marina y un pequeño puerto. Entre 1675 y 1678, Diego de

Martos levantó nuevos edificios y realizó mejoras generales a la fortificación, aunque la ausencia de planos durante el siglo XVII hace difícil comprender la organización del espacio interno y la disposición de los edificios para la tropa (Montandón, 2001, p. 51). De acuerdo con la documentación de inicios del siglo XVIII (1715-1718), bajo el gobierno de Juan Velázquez de Covarrubias se habría labrado el sector donde luego se instaló la nueva batería y se construyeron dos almacenes, cuarteles para la infantería, una casa para el castellano y la iglesia (Guarda, 1990, p. 84).

Basándose en un inventario de 1748, Guarda (1990, p. 84) registra durante el siglo XVIII la estacada con un postigo, el comienzo del foso y el cuerpo de guardia con cuatro cuartos en mal estado; la casa del castellano construida en piedra con dos cuartos y cocina, y la iglesia de canagua con dos puertas, púlpito y sacristía; una galera con cinco cuartos de madera, un horno y un baluarte con su garita; un almacén con paredes de piedra y, fuera del castillo, la casa del capellán y un garitón en el embarcadero. La batería baja cuenta con ocho cañones, mientras que la adyacente, más pequeña, exhibe cuatro (Guarda, 1990, p. 87). En 1751 la muralla fue descrita como una estacada de madera de 280 varas de longitud (234 m) con tres puertas de acceso.

El reemplazo de dicha estacada por una muralla de piedra sólida se atribuye al gobernador Ambrosio Sáez de Bustamante, en el registro de cuyo juicio de residencia (1753-1758) se halló el primer plano de la fortificación. Este indica el ordenamiento y funcionalidad de los edificios existentes al interior del castillo de Niebla (fig. 3a) luego de transcurrido un siglo desde la instalación de la primera batería.

El detalle del plano de 1755 muestra la configuración irregular de la planta y el estrecho acomodo de los edificios a la topografía del «morro». La muralla hacia tierra firme presenta dos baluartes, uno de ellos pentagonal y un tercero proyectado al sureste, en tanto que la batería, equipada con 12 cañones, se encuentra bajo nivel (hoy a 18 m s. n. m.). Destacan en la parte alta (hoy a 32 m s. n. m.) la iglesia con su sacristía adjunta, el cuartel del cuerpo de guardia, la casa del comandante y la pulpería y cocina (en un mismo edificio subdividido). Dichos recintos generan una configuración que se observa en todas las fortificaciones de Valdivia a mediados del siglo XVIII (Urbina y

Chamorro, 2016, p. 510, fig. 10), consistente en un espacio común o plaza. Alejado de este conjunto, hacia el suroeste del recinto y en una cota más baja (~20 m s. n. m.), se aprecia también el almacén de pólvora.

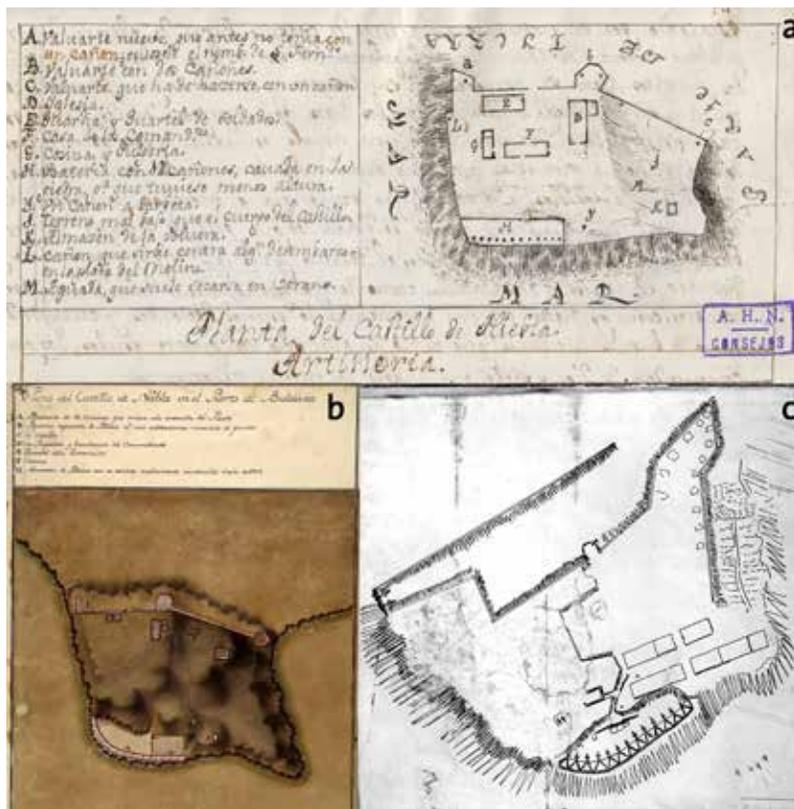


Figura 3. Planos del castillo de Niebla: (a) anónimo, c. 1755; (b) Antonio Birt, 1763; (c) Claudio Gay, 1830. Fuentes: (a) Archivo Histórico Nacional, Madrid, Consejos 20429, 1(8), f. 14r; (b) Biblioteca Nacional de Cataluña, Barcelona, Ms. 400/nº 7-II; (c) http://www.museodeniembra.cl/643/articles-87010_imagen_01.jpg

El análisis planimétrico permite calcular la superficie interna del castillo de Niebla, que alcanza 1,8 ha, la de mayor tamaño luego de la superficie de la ciudad de Valdivia (2,4 ha). Los seis edificios techados que figuran en el plano solo ocupan 1400 m², vale decir un 7,8 % de la superficie disponible.

Sin embargo, es posible que varias de las construcciones de madera en mal estado existentes en 1748 no fuesen consignadas en 1755, o que quizás fuesen desmanteladas para dar paso a edificaciones nuevas. Lo anterior indica la relevancia que los gobernadores de Valdivia otorgaban a la política edificatoria, a las obras públicas y a los ingenieros encargados de su mantención y mejoramiento.

Elaborado en 1763, el segundo plano conocido es el de Antonio Birt, y, al igual que en el inventario de 1748, en él la batería principal aparece dividida en dos niveles. Esta vez, sin embargo, sorprende la eliminación de algunos edificios centrales de la parte alta y media del recinto, que han sido trasladados hacia cotas más bajas del sector sur (fig. 3b). Si bien tanto el cuartel y el cuerpo de guardia como la iglesia (capilla) permanecen en la misma ubicación del plano de 1755, la sacristía ahora es también la casa del comandante, habiendo desaparecido la previa; lo mismo la cocina, que se traslada al sur, distanciándose del cuerpo de guardia y dejando la capilla en el punto intermedio; asimismo, llama la atención la desestructuración del espacio común o plaza del plano de 1755. Finalmente, los repuestos de pólvora se han aproximado a la batería principal, en tanto que el antiguo almacén de pólvora ha sido protegido con un muro perimetral similar al que dibuja Birt en Mancera hacia 1763 (Guarda, 1990, p. 77, fig. 124) y el tercer baluarte, de planta pentagonal, aparece ya construido.

En 1767, el ingeniero Juan Garland rebajó la batería en un nivel, trabajando además en el mejoramiento del polvorín —dispuesto en una cámara tallada del banco de canchagua— y en los dos hornos de calentar balas. En un informe de 1765, el mismo Garland señalaba que la muralla se encontraba en una condición deplorable y que, pese a ser de piedra, no contaba con foso, por lo cual no cumplía con su propósito defensivo de la campaña (tierra firme). En 1770 se proyectó el foso principal, un «gigantesco tajo en el banco de canchagua» al decir de Montandón (2001, p. 51). Este proveyó a su vez el material constructivo para las obras que Garland, Mariano Pusterla y, finalmente, Olaguer Feliú terminaron hacia 1798, exhibiendo una nivelación completa de la batería y la instalación del horno de reverbero y del baluarte este.

Mientras Garland edificaba el muro de defensa sur —de proporciones monumentales—, abría hacia tierra firme el foso-cantera ya mencionado, cuya impronta se aprecia con claridad en el croquis elaborado por Claudio Gay hacia 1835 (fig. 3c). Gracias al plano del naturalista francés puede estimarse que, en algún punto entre 1770 y 1820, los principales edificios existentes en 1763 (plano de Birt) fueron desmantelados y relocalizados en una cota intermedia (21 m s. n. m.) en el extremo occidental del castillo (fig. 4).

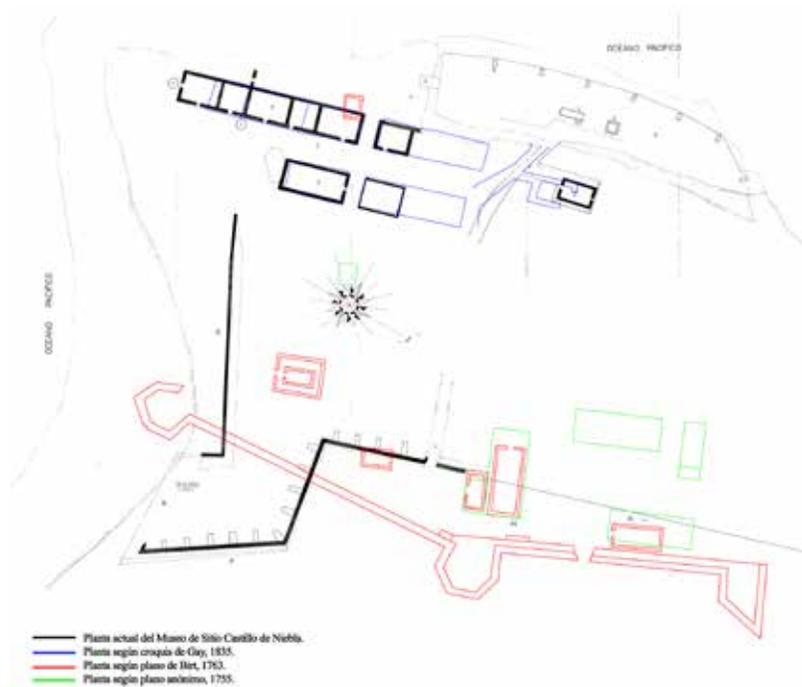


Figura 4. Sobreposición de planos históricos (1755, 1763 y 1830) sobre la planta actual del Museo de Sitio Castillo de Niebla. Elaborada por Constanza Chamorro. Proyecto Fondecyt 1171735.

LOS HABITANTES Y SU ENTORNO

Las materias primas y la mano de obra para la cantería, la albañilería y otros aspectos de las construcciones eran provistas mayormente por los presidiarios o desterrados provenientes de todo el Virreinato peruano. En tareas

especializadas también contribuían los integrantes de la compañía de Pardos (Friedmann, 1992, citado en Aguilera, 1994, p. 22) que, en palabras de Usauro Martínez de Bernabé en 1782, eran ocupados «en obras de fortificación y oficinas de carpintería, herrería y otras mecánicas del Presidio» (Martínez Bernabé, 2008[1782], p. 41).

Por otra parte, tanto la tradición oral de la localidad en el siglo XX (Rebolledo, 1999) como los registros documentales del siglo XVIII sugieren que las propias parcialidades mapuches de la costa de Niebla aportaban suministros para la construcción. La documentación indica que, al parecer, una vez establecida la Misión de Jesucristo Crucificado de Niebla unos 8 kilómetros al norte del castillo, la relación entre mapuches e hispanos no fue solo comercial, ya que cuando «se les avisa de parte del gobierno para las obras reales de la plaza se necesita junquillo, paja o algún otra material con que puedan contribuir a ellas, se juntan luego caciques y mocetones y aprontan las cantidades que se les señala» (Gay, 2009, p. 245, véase Guarda, 1973, p. 6, nota 5 y 1990, p. 78). Fundada en 1776, dicha misión atendía a seis parcialidades mapuches asentadas junto al litoral (Guarda, 1999, p. 66); esto es, unas 300 personas aproximadamente, abarcando 6 leguas (25 km) al norte del castillo de Niebla entre «Quiñienamcu y Chan-Chan» (Carvalho, 1876[1796], p. 187).

La visita de inspección efectuada por José Perfecto de Salas en 1749 al castillo (Guarda, 1986) determinó que la guarnición ascendía a más de 40 hombres, con un castellano retirado a la plaza de Valdivia, un alférez, un sargento, 30 soldados, un condestable, cuatro artilleros, dos pardos con sueldo y dos gastadores. En el exterior, se contabilizaba «una población de 27 casas, 24 de ellas de españoles y tres de indios, lo que sumado a las nueve construcciones de la fortaleza da un total de 36 edificios» (Guarda, 1986, p. 299). El vecindario estaba compuesto por 4 españoles y 5 «indios domésticos», así como 29 «indios de la costa», dos de los cuales son mencionados con la categoría de «don»: don Juan Liguelfquen y don Juan Nuichallanca (Guarda, 1986, p. 301). Dos décadas más tarde, en 1773, la guarnición del castillo ascendía a 28 hombres: un capitán, un sargento, un cabo, un tambor, 20 soldados y tres artilleros. Su vecindario estaba compuesto en esta década por 50 personas, agrupadas en 12 familias alojadas en 10 casas (Montandón, 2001, p. 52).

A fines del siglo XVIII, Usauro Martínez de Bernabé relataba que la guarnición del batallón fijo debía alcanzar, en teoría, nueve compañías, cuatro en Valdivia y una en cada uno de los cinco castillos,

todas fijas en estos destinos, para que formen en cada uno su vecindario, se acimenten y atiendan a sus casas y familias, cultiven sus tierras y de este modo logren sus provisiones, con más amor y valor defiendan sus domicilios, y sus respectivos oficiales atiendan al aumento y conservación de sus mandos, manejo y entretenimiento de sus compañías, su instrucción militar y necesaria según las circunstancias de cada puesto, los que, poblados en estos términos, formarían cada uno un pequeño villorrio, y unos a otros se proveerían de comestibles (Martínez de Bernabé, 2008[1782], p. 46).

Sin embargo, lo cierto es que el destacamento de la plaza de Valdivia padecía de serias insuficiencias, pues si bien las ordenanzas determinaban que cada compañía contase con «setenta y siete hombres, incluso sargentos, tambores y cabos» (Martínez de Bernabé, 2008[1782], p. 45), las cifras reales de 1749 y 1773 alcanzaban solo la mitad.

ELEMENTOS CERÁMICOS RECONOCIDOS

A mediados del siglo XX se despejaron en Niebla rasgos y estructuras arquitectónicas *in situ* que permanecían a nivel subsuperficial. El mismo Montandón (2001) describe en 1951 la detección de 10 estructuras de canchagua y laja, no visibles al momento de iniciar la restauración. Van Meurs (1996) excavó entre los años 1992 y 1995 el sector sureste cerca del baluarte oriente y el sector oeste de la planicie del castillo: la capilla, el almacén y la casa del castellano (actual sala de exhibición del Museo).

En los años 2009 y 2010, Hermosilla y Bahamondes efectuaron 30 sondeos al interior y exterior del recinto, totalizando 15 m² excavados. El conjunto de restos que componen la vajilla analizada (n=1118) está dominado por cerámica indígena sin torno (72,4 %), incluyendo un fragmento decorado estilo Valdivia y uno monocromo con incrustación de loza o mayólica. El vidrio es la segunda categoría representada (20,7 %), con una

cuenta tubular y un raspador, seguidos por loza europea (4,7 %) y cerámica vidriada (2,3 %); de entre esta última, sobresalen 22 fragmentos de mayólica, entre ellos los tipos Panamá Liso, Azul sobre Blanco y Polícromo (Hermosilla y Bahamondes, 2010).



Figura 5. Fragmento de ladrillo con huella de niña o niño plasmada previamente al secado de la pieza. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1993. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Los restos hispanos del período colonial (esmaltados [mayólica], vidriados y alisados con torno, con y sin decoración) totalizan 78 ejemplares, mientras que la cerámica de tradición indígena suma 809 fragmentos, lo cual resume de buen modo la importancia de esta última para el funcionamiento de la fortificación. En efecto, más del 45 % de todos los materiales arqueológicos (11587 unidades clasificadas) obtenidos durante las obras de restauración efectuadas entre 2013 y 2015 corresponden a restos de vajilla cerámica indígena y europea (47 %), acompañados por tejas curvas (30 %), restos óseos (19 %), fragmentos de vidrio (2 %) y piezas de metal (2 %), especialmente hierro. En tanto, los restos de otros materiales constructivos representan solo el 0,5 % de la muestra (fig. 5), destacando entre ellos un ladrillo con la impronta de un pie infantil. Considerando los 3944 fragmentos que conforman el universo cerámico de tradiciones europea e indígena

proveniente de las obras de restauración, los contenedores de transporte o botijas alcanzan el 43 %, seguidos por ejemplares indígenas sin torno de tradición local o regional, correspondientes al 35 %, y por cerámica esmalada o mayólica, que representa el 17 %; de esta última, el 4 % es vidriada de color café o verde, y el 1 %, fragmentos finos pulidos conocidos como «búcaros».

Junto con las mayólicas decoradas destaca la cerámica de tradición indígena de estilo Valdivia (rojo sobre blanco), reconocida en una de las fosas funerarias de la capilla identificada por Montandón y Van Meurs (Aguilera, 1994, pp. 82 y 90, véase estructura n° 2 en fig. 4), y en los sondeos de áreas sin estructuras subsistentes (Hermosilla y Bahamondes, 2010); la de estilo Tringlo o Ranco (blanco sobre rojo); y las porcelanas asiáticas (tipo Kraak), traficadas por mercaderes portugueses en los siglos XVI y XVII (Canepa, 2012; Rice, 2013). Los estudios han confirmado «una ocupación colonial hispana expresada en diferentes momentos a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, vinculada a través de sus contextos culturales con poblaciones indígenas de la zona» (Hermosilla *et al.*, 2009, p. 32), ofreciendo así una mirada alternativa a los registros documentales y a la lectura puramente hispanista de las fuentes históricas.

Algunos depósitos excavados resaltan por la cantidad de desechos cerámicos fragmentados. Entre ellos está la Estructura I, estudiada en 1993 (Van Meurs, 1996) y ubicada en la parte baja cercana al muro de defensa este. Allí se documentó la base de un muro elaborado con bloques de piedra cancagua, asociada a una estructura de combustión a modo de cocina que contiene

abundantes fragmentos de cerámica indígena, mayólica policroma, clavos de hierro, balas de mosquete confeccionadas en plomo, botones, hebillas y otros artefactos semejantes [...] gran cantidad de muestras de carbón, y restos de utensilios diversos, estando a su vez en directa asociación con los cimientos antes descritos [...] una gran concentración de fragmentos de madera quemada asociada a diversos restos tales como conchas y huesos con claras huellas de corte [...] en su mayoría carbonizados [...] fueron encontrados grandes fragmentos de cerámica utilitaria indígena tardía (Aguilera, 1994, pp. 46-47).

Una situación similar presenta el pozo 16, excavado en la presente década. Ubicado en la parte alta de la fortificación, y pese a la ausencia de muros o pisos de piedra (emplantillado), presenta una alta frecuencia de restos cerámicos indígenas de gran tamaño —más de 600—, con una densidad similar a la descrita en la Estructura I ya mencionada. Gran parte de estos desechos corresponden a partes de ollas o *challa*, jarros, escudillas y platos que pueden ser reconstruidos. En estas excavaciones se distingue el hallazgo de al menos unas 26 piezas completas restaurables a partir de los fragmentos recuperados y la conformación de «un área de procesamiento intensivo de alimentos, donde junto con una importante densidad de desechos cerámicos con huellas de exposición al fuego, se registra la presencia de recursos cárneos (González, 2010) y vegetales (Silva, 2010)» (Hermosilla y Bahamondes, 2010, p. 71)².

Los proyectos de investigación y de restauración del castillo efectuados durante los últimos años han permitido obtener dataciones absolutas de los fragmentos cerámicos recuperados en excavaciones estratigráficas. Las diez dataciones por termoluminiscencia ya publicadas permiten evaluar la antigüedad, el tipo de actividades domésticas y el descarte de piezas de alfarería de tradición indígena y europea dentro del perímetro de la fortificación entre los años 1505 y 1805 d. C. (Adán *et al.*, 2016a) (Tabla 1).

Por una parte, la lectura de la Tabla 1 confirma la cronología documental tratada al inicio, pero agrega información inédita sobre las ocupaciones previas a la instalación del sistema defensivo, puesto que al menos dos fechas se ubican antes del rango de fundación del castillo en 1645. Por último, las dataciones de cerámicas de tradición indígena en pleno período de funcionamiento de la fortificación (1645-1820) señalan que, a pesar del nuevo contexto de operaciones del área fortificada, estas piezas siguieron circulando y usándose en prácticamente todos los espacios funcionales de la milicia, la oficialidad hispana y las prácticas religiosas dentro del perímetro amurallado.

² Para una breve síntesis de las investigaciones arqueológicas en el Museo de Sitio Castillo de Niebla, véase Urbina y Adán (2014, pp. 44-49) y Lema (2017, p. 5).

TABLA 1. DATACIONES ABSOLUTAS (TL) PARA CERÁMICA ARQUEOLÓGICA DEL CASTILLO DE NIEBLA

Muestra	Material	Tipo	Fecha	Rango	Fuente
UCTL 2822	Cerámica	Decorada con incrustaciones	1505	1405 - 1605	Adán et al., 2016b; Urbina et al., 2017
UCTL 2814	Cerámica	Estilo Valdivia	1510	1410 - 1610	Adán et al., 2016b; Urbina et al., 2017
UCTL 2100	Cerámica	Pintada roja	1600	1520 - 1680	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2816	Cerámica	Estilo Valdivia	1610	1530 - 1690	Adán et al., 2016b; Urbina et al., 2017
UCTL 2820	Cerámica	Tringlo	1610	1530 - 1690	Adán et al., 2016b; Urbina et al., 2017
UCTL 2097	Cerámica	Decorada con incrustación de mayólica	1660	1590 - 1730	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2099	Cerámica	Monocroma sin torno	1695	1635 - 1755	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2817	Cerámica	Tringlo	1710	1650 - 1770	Adán et al., 2016b; Urbina et al., 2017
UCTL 2096	Cerámica	Monocroma sin torno	1730	1680 - 1780	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2098	Cerámica	Vidriada café	1805	1765 - 1845	Hermosilla y Bahamondes, 2010

CERÁMICA MAPUCHE

Los ejemplares de cerámica mapuche que componen la vajilla local –dominio material que se conoce como «*widün*» en la etnoclasificación planteada por Margarita Alvarado (1997)– pueden ser divididos en dos grupos especialmente significativos para comprender su presencia en Niebla (fig. 6).

La primera categoría comprende las ollas o *challa* de distintos tamaños y usos –*challilo* (olla para la carne), *monke* (olla chica) y *fickuwe* (olla grande)–, cuyas fechas en el sector de Angachilla, al sur de Valdivia, retroceden hasta el siglo XV (Adán *et al.*, 2016b, pp. 316 y 319). En el registro arqueológico del castillo presentan dos asas opuestas en la parte superior del cuerpo, por lo general monocromo –de color café oscuro a negro– y con manchas de hollín

o tizne producto de su exposición al fuego (figs. 6a, 6b, 6c y 7). En ciertas ocasiones, las *challa* exhiben además un estriamiento anular o corrugado en el cuello, considerado una modalidad de decoración modelada o incisa cuyas fechas en el sector de Angachilla también se remontan al siglo XV (Adán *et al.*, 2016b, pp. 316 y 319).

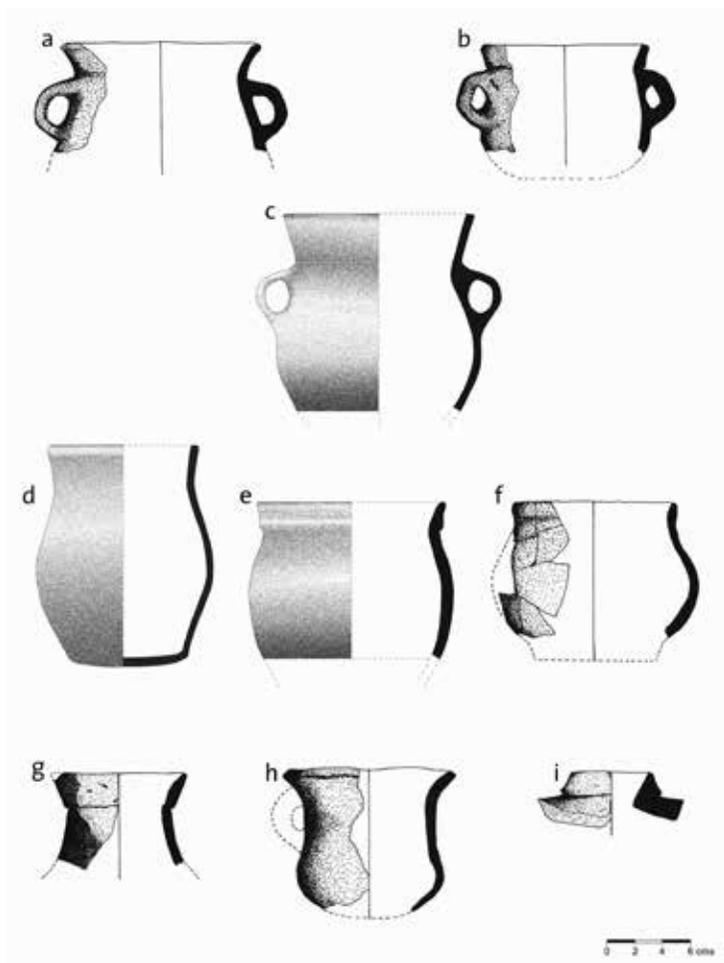


Figura 6. Formas de piezas cerámicas registradas en el castillo de Niebla: (a-c) ollas o challa; (d-f) cántaros sin asa; (g) borde de mecheng; (h) jarro pequeño o pichimetawe; (i) gollete de botija hispana. Fuente: Fondecyt 1171735. Dibujo: Paulina Chávez.



Figura 7. Jarro (superior, izquierda) y ollas o challa monocromas de tradición indígena recuperados en el pozo 16. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1204. Fotografía de Darío Tapia.

El segundo grupo de cerámica mapuche que compone la vajilla local incluye tres subcategorías: los recipientes o *metawe*, entre los cuales destacan los grandes cántaros o *fuchametawe* (con y sin asa), los cántaros o recipientes compuestos o *metawe* (mayormente jarros y cántaros compuestos) y los pequeños recipientes o *pichimetawe* (distintas variedades de jarritos). Dentro de la primera clasificación, en la colección del castillo se reconocen algunos

fragmentos de *mecheng* (fig. 6g), similares a aquellos exhibidos en el Museo Histórico y Antropológico Maurice van de Maele de la Universidad Austral de Chile, en el Museo Histórico y Arqueológico Arturo Möller Sandrock de Río Bueno, en el Museo Tringlo de Lago Ranco y en colecciones particulares de la zona de Malihue (Urbina *et al.*, 2017). Dichos *mecheng* presentan una sorprendente semejanza formal con los contenedores hispanos del siglo XVII y XVIII (Goggin, 1960), y el fragmento de uno de ellos de estilo Valdivia (rojo sobre blanco), proveniente del sector de Cabo Blanco en Valdivia, ha sido datado a comienzos del siglo XVIII.

Dentro las piezas monocromas también se incluyen jarros, platos, escudillas (figs. 8a y 8b) y vasos, usualmente sin decoración o pintados de color blanco/crema o rojo. Se hallan presentes en la fragmentería de contextos arqueológicos residenciales dentro del perímetro urbano de Valdivia, en sitios misionales y en prácticamente todas las fortificaciones de la zona (Adán *et al.*, 2016a). Un fragmento cerámico pintado rojo recuperado por Hermosilla y Bahamondes (2010) en las excavaciones efectuadas en la parte alta del castillo (pozo 16) arrojó una fecha de 1600 d. C. Otras dos piezas monocromas, también registradas dentro del castillo, presentan dataciones entre los años 1695 y 1730 d. C. (Tabla 1). Dentro de las cerámicas indígenas de tradición alfarera bícroma rojo sobre blanco, conocida regionalmente como Estilo Valdivia, se registran jarros, platos y vasos datados entre el siglo XV y XVIII (Adán *et al.*, 2016c, p. 428). Estas piezas cumplían funciones domésticas y ceremoniales en encuentros rituales que ponían en escena el consumo de líquidos y el acto de servir, ligados al comensalismo comunitario. Dos fragmentos de jarro de este estilo, provenientes de las faenas de restauración interior y excavación del muro de defensa sur del castillo de Niebla, fueron datados en 1510 y 1610 d. C., respectivamente (Adán *et al.*, 2016b, p. 316), lo cual indica que corresponden a piezas manufacturadas con anterioridad a la fecha de instalación de la primera batería de Niebla.

El segundo estilo decorativo, también bícromo —pero blanco sobre rojo— es conocido como «Tringlo». Este abarca desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, y se distribuye entre los lagos Panguipulli, Calafquén, Ranco, la cuenca del río Bueno y la costa de Niebla y Mehuín, además de Concepción, Cañete, Angol, Tirúa y Temuco (Adán *et al.*, 2016b, pp. 317-319). Junto con

vasos, tazas y jarros, la forma predominante son los platos de base plana o cóncava, y muestran una inflexión con un borde ancho o cenefa similar al de los platos de mayólica o cerámica esmaltada hispanoamericana. Se ha sostenido que quizás este atributo tenga un origen en la necesidad de artefactos para el servicio de mesa, como resultado de las relaciones interculturales hispanomapuches (Adán *et al.*, 2016b, p. 317) y los procesos de transferencias tecnológicas y estéticas en el ámbito de la alfarería y de las costumbres culinarias relacionadas con el consumo de alimentos.

Un plato y una escudilla de estilo Tringlo provenientes de la excavación junto al muro de defensa sur se ubican cronológicamente en los años 1610 y 1710: el primero, en las décadas previas a la instalación de la primera batería, y la segunda, en pleno funcionamiento del castillo.

Un último tipo decorado corresponde a la cerámica con incrustaciones de cuarzo o mayólica distribuida entre Angol, Valdivia y Osorno, así como en Neuquén. En la actual Región de Los Ríos, ejemplares de este tipo se hallan en la costa, en el perímetro urbano de Valdivia y en el castillo de Cruces y Máfil (Adán *et al.*, 2016b, p. 318). Las piezas corresponden mayormente a jarros monocromos o pintados rojos y a piezas antropomorfas como tazas también pintadas de color rojo, con incrustaciones de piedra, vidrio, mayólica o loza dispuestas anularmente sobre el labio, de modo múltiple sobre el cuerpo o cruzadas sobre el asa. Dos fragmentos de este tipo han sido datados en el castillo de Niebla: el más temprano, con incrustaciones de cuarzo (1505 d. C.), junto al muro de defensa sur, y el otro, en la explanada sur, con incrustaciones de mayólica que datan de la época de fundación de la primera batería en 1660 d. C.

CERÁMICA HISPANOAMERICANA

Los ejemplares registrados en Niebla que conforman la vajilla cerámica de tradición europea pueden dividirse en tres grupos. El primero esta conformado por los contenedores de transporte o botijas que abundan en toda la colección del castillo (fig. 6i). Entre ellos se hallan las botijas manufacturadas, con seguridad, en la península ibérica y en los virreinos de Nueva España y del Perú durante los siglos XVI, XVII y XVIII (Goggin, 1960;

Ortiz-Troncoso, 1992), utilizadas en el transporte de vino, aceite, vinagre, agua, miel, frijoles, garbanzos, alcaparras, almendras, dátiles y pólvora (Avery, 1997).

El segundo grupo corresponde a cerámicas vidriadas (de distintos colores) y sin vidriar (alisadas y pulidas) manufacturadas probablemente en el Virreinato del Perú, a pesar de que los centros de producción no son del todo conocidos debido al estado inicial de las investigaciones comparativas. Entre otras formas aún no determinadas de los fragmentos vidriados, se reconocen bacines y lebrillos —un ejemplar vidriado café recuperado en las excavaciones de 2010 fue fechado en 1805 d. C. (Tabla 1)—. Destacan además los búcaros o cerámicas finas pulidas, generalmente de color rojo, negro y blanco. Se denominan «de las monjas» pues, según se ha identificado, fueron producidos en algunos conventos de Santiago en el siglo XVIII (Prado, 2010). Exhiben forma de jarritos, botellas o pequeños pocillos, contenían agua perfumada y eran usados principalmente por la élite hispana en América. Por ello, su identificación en Niebla y otros sitios de Valdivia indicaría prácticas tradicionales peninsulares —como la ingestión de líquidos desde recipientes fragantes— en puntos sumamente distantes del Imperio español (Prado, 2010; Prieto *et al.*, 2010; Adán *et al.*, 2016a).

El tercer grupo de cerámicas de tradición europea identificado en las colecciones del Museo de Sitio Castillo de Niebla es el de las cerámicas esmaltadas, que la literatura menciona como «lozas hispanas» o mayólicas. Al parecer, en este caso particular todos los fragmentos fueron manufacturados en América y tienen al menos tres orígenes. En primer lugar, Panamá La Vieja, donde se elaboraban las mayólicas Panamá Liso (c. 1575-1650) —con platos y boles de color blanco a crema—; Panamá Azul sobre Blanco (c. 1620-1671) —con distintos platos decorados con motivos florales y geométricos en azul sobre fondo blanco— y Panamá Polícromo A, con bacines, cuencos, platos hondos y maceteros decorados con colores verde, azul y marrón o café sobre fondo blanco (Deagan, 1987, pp. 90-92; Rovira, 2001; Jamieson, 2001, pp. 48-49; Rice, 2013, pp. 257-258).

El segundo origen de dichas mayólicas es el altiplano del lago Titicaca (Puno) o Cuzco. Fueron producidas desde fines del siglo XVI hasta el siglo XVIII (Rice, 2013, pp. 258-267), incluyen platos decorados con color verde

o marrón o negro sobre un fondo crema a blanco verdoso y reciben el nombre «Más Allá Polícromo». Por último, un tercer grupo de mayólicas identificadas en la colección arqueológica corresponde a ejemplares del siglo XVIII o comienzos del XIX. Específicamente, se trata de platos extendidos y platos hondos (*brimmed plates*) de fondo amarillo claro o mostaza (fig. 8d) decorados con motivos florales en color marrón, púrpura, negro, verde y, en menor medida, azul. Su origen pudiera encontrarse en talleres ubicados en las tierras altas de Ecuador, por ejemplo, en Cuenca y Quito (Jamieson y Hancock 2004); en Popayán, Colombia (Martín *et al.*, 2007, p. 36); o en el sur del Perú –Cuzco o Puno–, donde se definió el tipo Escapalaque Amarillo Polícromo, cuya distribución alcanzó los valles de Moquegua (Rice, 1997, 2013). Aunque no se sabe de cuál de las tres zonas de producción proviene, un fragmento de este tipo cerámico ha sido datado en la Plaza Colonial de la isla de Mancera en 1730 d. C. (Adán *et al.*, 2016a, p. 263) confirmando su uso y tráfico en pleno siglo XVIII.

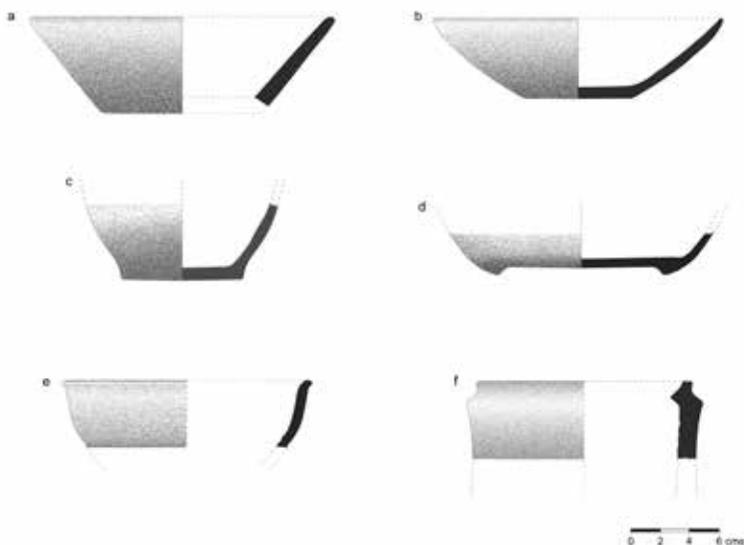


Figura 8. Formas de piezas cerámicas registradas en el castillo de Niebla: (a-b) plato o escudilla monocroma; (c) cuerpo y base de jarro monocromo; (d) base de plato tipo Escapalaque Amarillo Polícromo; (e) borde de bol o pocillo tipo Panamá Azul sobre Blanco; (f) borde de albarello exterior y blanco interior. Fuente: Fondecyt 1171735. Dibujo: Paulina Chávez.



Figura 9. Fragmentos de cerámica esmaltada o mayólica de tradición europea, ss. XVII y XVIII. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1530. Fotografía de Darío Tapia.

Asimismo, cabe destacar que la colección de Niebla ofrece abundantes ejemplos tanto de mayólicas blancas o lisas como de ejemplares policromos o con decoración azul sobre blanco, traficados durante la segunda mitad del siglo XVII y todo el siglo XVIII desde Panamá y la macrorregión andina (fig. 9).

FORMAS Y USOS ESPECIALES

El estudio tipológico de la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla permite describir una dimensión que escapa a las consideraciones cronológicas o tecnológicas ya mencionadas. Entre estos tópicos es posible resaltar la reutilización de fragmentos de botijas y mayólicas como torteras para la producción textil (fig. 10)³, práctica que, ciertamente, constituye una adaptación local. Aunque no se encuentra explícita en la documentación, esta permite enriquecer la comprensión tanto del uso del espacio dentro de la fortificación como del interés de sus habitantes y de las comunidades aledañas por acceder, reciclar y fabricar estas piezas visualmente llamativas y funcionales.

Por el testimonio de uno de los castellanos de la segunda mitad del siglo XVIII, se sabe además que las ruecas eran ofrendadas en los entierros de mujeres:

Dan tierra al cadáver o sus huesos ya expiados y secos; echan en su sepultura todos los asadores con pedazos de carne que le han servido de ofrendas diarias en su depósito, una talega de cuero con harina de cebada, un cantarillo, un rale o plato de madera; su lanza si es hombre, o su huso que es la rueca si es mujer; y cubierto todo de la tierra (Martínez de Bernabé, 2008[1782], pp. 121- 122; el subrayado es del autor).

La producción de ponchos de lana, por su parte, constituía un rubro económico de alta relevancia para la población mapuche. Se intercambiaban todos los años por otros bienes provenientes de Lima o Valparaíso con el real situado y los permanentes conchabos realizados en los llanos de Valdivia y el río Bueno. Del mismo modo, las ruecas o husos eran un elemento tecnológico central en el hilado de la lana, materia prima principal para la indumentaria y atuendo indígena (Martínez de Bernabé, 2008[1782], pp. 99, 125 y 130) y para la vestimenta de la tropa y de sus familias. Cuando los suministros que

³ Como han observado las actuales tejedoras de la localidad de Niebla, en el caso de las torteras de mayólica provenientes de los estudios arqueológicos se debiese considerar la hipótesis según la cual corresponden a pequeñas preformas o piezas para aprender a hilar. Véase <http://www.museodeniebla.cl/sitio/Contenido/Noticias/78397:Visita-de-experta-en-textiles>.

transportaba el barco con el real situado no arribaban a las costas de Valdivia, aumentaba la dependencia de la guarnición respecto de la producción local de alimentos y bienes básicos (Vergara, 2005), entre ellos los textiles.



Figura 10. Torteras confeccionadas sobre mayólicas policromas, probablemente bases de platos tipo Más Allá Policromo o Panamá Policromo A. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1568. Fotografía de Darío Tapia.

CONCLUSIONES

Las dos dimensiones abordadas en este trabajo pueden ser resumidas para extraer conclusiones relativas tanto a la ocupación del castillo de Niebla como a la vida cotidiana de sus habitantes.

En primer lugar, la evolución arquitectónica de la fortificación habría comprendido los asentamientos indígenas previos a la fundación de la batería de Niebla, lo cual eventualmente guarda relación con las ocupaciones indígenas en los contornos de la bahía de Corral y la isla de Mancera descritas por Pastene a mediados del siglo XVI⁴. Otro tanto corresponde a los edificios conocidos solo por antiguos planos del siglo XVIII o referidos en la documentación escrita, todo lo cual enseña los intensos cambios en la organización interna del espacio fortificado y el crecimiento de su vecindario. La presencia de rucas mapuches en los lugares donde se fundarán luego las primeras baterías o en las inmediaciones de los castillos entre 1670 y 1820 estaría sugerida, de modo complementario, por los registros analizados por Ximena Urbina (2017, p. 20, nota 47) relacionados con este tipo de ocupaciones en el contorno del castillo de Amargos.

Adicionalmente, los villorrios o vecindarios aledaños a las fortificaciones se visualizan con todo detalle en el plano del puerto de Valdivia de José de Moraleda de 1784 y otras cartografías del puerto generadas en la misma década (c. 1785, Archivo General de Indias, Mapas y Planos, Perú y Chile, N° 82). En estas se dibujan los caseríos de las parcialidades locales ubicadas unos kilómetros al norte de Niebla, posiblemente junto a la misión franciscana, señalados como «poblaciones de indios amigos». Ello es congruente tanto con las evidencias arqueológicas superficiales documentadas por Van Meurs (1998, pp. 9-18) en su prospección de la zona costera de Niebla como con los registros de excavación de la misión de Jesucristo Crucificado

⁴ Según el testimonio varias veces citado, en 1544, cuando Juan Bautista Pastene bordeó la costa oceánica desde el norte «hasta a un río grande llamado Ainilebo y a la boca del está un gran pueblo que se llama Ainil y está en la altura 39° y 2/3», tomó posesión desde el mar «de aquella tierra y provincia [...] y de la isla que allí cerca vimos, que se llamaba Guiguacabin a la boca de un río grande llamado Collecú, en donde tiene su casa y guaca que es su adoratorio el cacique» (Guarda, 2001, nota 3:22, citando CHCh 2:224 y CDI 8:80).

de Niebla (Urbina y Adán, 2014, pp. 49-53). Lo anterior permite comprender prácticamente todos los tipos monocromos y decorados de esta cerámica prehispánica y colonial de tradición indígena registrada en espacios funerarios, áreas de preparación de alimentos, basureros y zonas adyacentes a las murallas de defensa (muro sur) del castillo.

En segundo lugar, el estudio de la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla ayuda a conocer de mejor modo el circuito de tráfico en el cual participaba esta fortificación y sus habitantes. Se entiende así que las cerámicas esmaltadas o mayólicas de los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX arribaron junto con el sueldo anual (real situado) y con diversos bienes para la guarnición. Puesto que Valdivia fue una plaza fuerte y presidio, es razonable suponer que, hasta 1671, esta vajilla llegó desde Panamá La Vieja o el área andina (Ecuador-Perú), se embarcó en el Callao (Lima) y pasó luego por Valparaíso y Concepción, donde eventualmente también circulaba y se manufacturaba cerámica de tradición europea. Un aspecto importante de su ingreso al sistema defensivo de Valdivia es que incorporó al castillo de Niebla en una ruta de circulación de bienes y personas (p. e., los oficiales, la tropa y los desterrados) a lo largo de los ríos Valdivia y Cruces que, articulada con otras fortificaciones y con la propia ciudad, registra las mismas mayólicas decoradas (Adán *et al.*, 2016a). Según la información arqueológica, además, este tráfico provino esencialmente del mercado limeño (Guarda, 1973), que habría actuado como intermediario entre la producción panameña y andina hacia las ciudades meridionales durante la segunda mitad del siglo XVII y todo el siglo XVIII.

Junto con las interacciones cotidianas dentro y fuera del castillo, estas dos realidades de producción y circulación de bienes cerámicos parecen configurar espacios de uso común, a juzgar por los densos basureros documentados en la parte alta (pozo 16) y baja (Estructura I) de la fortificación. Ambas materialidades crearon un contexto de sociabilidad intercultural en las áreas de almacenaje, preparación y consumo de alimentos donde algunas mayólicas eran a su vez recuperadas y convertidas en nuevos y «brillantes» artefactos para la producción textil o en pequeñas incrustaciones para decorar jarros que imitaban y reemplazaban la tradicional decoración bícroma.

Por último, resta señalar la importancia de la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla para futuras investigaciones. En lo global, la colección aguarda un estudio estadístico y funcional que integre los distintos proyectos y análisis efectuados en forma parcelada durante las últimas tres décadas. En un plano intermedio, las nuevas técnicas de análisis arqueométrico podrían aclarar la procedencia exacta de todos los tipos cerámicos de tradición europea. Con respecto a esta, urge establecer la representación porcentual de las piezas policromas del siglo XVII provenientes de Panamá y de los ejemplares elaborados en el siglo XVII y XVIII en el área andina. Por último, la integración de análisis estéticos y decorativos permitiría reconocer los patrones decorativos de las mayólicas, aportando con ello a la correcta comprensión de la producción alfarera colonial, de las influencias tanto de la península ibérica como del mundo mediterráneo y de aquellos elementos propiamente americanos que identificaron a sus productores y usuarios en el castillo de Niebla y su entorno.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo es resultado de los proyectos Fondecyt 1130730 y 1171735, así como del proyecto DID UCh S-2012-41 financiado por la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Universidad Austral de Chile, y tributa al espíritu de trabajo que ha dado origen a la Red de Museos y Centros Culturales de la Región de Los Ríos. El autor agradece a Paulina Chávez por los dibujos de cerámica; a Constanza Chamorro por la sobreposición de distintos planos del castillo de Niebla; y especialmente a Ricardo Mendoza, a Jimena Jerez y a Gabriela Alt, así como a todos los(as) funcionarios(as) del Museo de Sitio Castillo de Niebla.

REFERENCIAS

Adán, L. (2009). *Elementos arquitectónicos del castillo San Luis de Alba (1647). Antecedentes históricos*. Informe Técnico Proyecto DID-UCh S- 2008-59, compilado por Marta Scheu.

- Adán, L., Urbina, S., Prieto, C., Zorrilla, V. y Puebla, L. (2016a). Variedad y comportamiento del material cerámico de tradición hispana e indígena en la ciudad de Valdivia y su jurisdicción entre los siglos XVI y XVIII. En Calvo, L. M. y Cocco, G. (compils.), *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional s. XVI y XVII* (pp. 251-272). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Adán, L., Mera, R., Munita, D. y Alvarado, M. (2016b). Análisis de la cerámica de Tradición Indígena de la jurisdicción de Valdivia: estilos Valdivia, Tringlo y decorados con incrustaciones. En Mena, F., *Arqueología de la Patagonia. De mar a mar* (pp. 313-323). Coyhaique: Ediciones CIEP/Ñire Negro Ediciones.
- Adán, L., Mera, R., Navarro, X., Campbell, R., Quiroz, D. y Sánchez, M. (2016c). Historia prehispanica en la región centro-sur de Chile: cazadores-recolectores holocénicos y comunidades alfareras (ca. 10000 a. C. - 1550 d.C.). En Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza, L., Aldunate, C. Hidalgo, J. (eds.), *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 401-441). Santiago: Editorial Universitaria.
- Aguilera, N. (1994). *Excavaciones arqueológicas en el Castillo de Niebla 1992 - 1993. Descripción y análisis de la metodología y los principales rasgos culturales encontrados*. (Informe de práctica profesional para optar al título de Antropólogo, Universidad Austral de Chile, Valdivia).
- Alvarado, M. (1997). La tradición de los grandes cántaros: reflexiones para una estética del «envase». *Aisthesis*, (30), 105-124.
- Avery, G. (1997). *Pots as packaging: the Spanish olive jar and Andalusian transatlantic commercial activity: 16th-18th centuries*. (Tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, Gainesville, EE. UU.).
- Cánepa, T. (2012). The Spanish trade in kraak porcelain to the New World and its impact on the local ceramic industry. Ponencia presentada en el *54 Congreso Internacional de Americanistas*. Viena, Austria.
- Carvallo, V. (1876[1796]). Descripción histórica geográfica del Reino de Chile. En *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, Tomo X. Santiago.
- Deagan, K. (1987). *Artifacts of the Spanish colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- Gay, C. (2009[1854]). *Historia física y política de Chile: documentos*. Tomo I. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Universidad Católica de Chile y Dibam.

- Goggin, J. (1960). *The Spanish olive jar: an introductory study*. Yale University Publications in Anthropology, (62). New Haven: Yale University Press.
- Guarda, G. (1973). *La economía de Chile austral antes de la colonización alemana: 1645-1850*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Guarda, G. (1986). La visita del fiscal Dr. Don José Perfecto de Salas al Gobierno de Valdivia y el censo de su población (1749). *Historia*, (21), 289-354.
- Guarda, G. (1990). *Flandes indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Guarda, G. (1999). El Castillo de San Luis de Alba de Cruces. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (3), 59-80.
- Guarda, G. (2001). *Nueva historia de Valdivia*. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- Hermosilla, N. y Bahamondes, F. (2010). *Estudio restauración Castillo de Niebla, Comuna de Valdivia, Región de Los Ríos. Informe Final de arqueología Etapa II*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, Damop- GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales.
- Hermosilla, N., Bahamondes, F., Popovic, V. y Bueno, L. (2009). *Informe de arqueología Etapa I. Proyecto Restauración Castillo de Niebla XIV Región de Los Ríos*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, Damop- GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales.
- Jamieson, R. (2001). Majolica in the early colonial Andes: the role of Panamanian wares. *Latin American Antiquity*, 12(1), 45-58.
- Jamieson, R. y Hancock, R. (2004). Neutron activation analysis of colonial ceramics from southern highland Ecuador. *Archaeometry*, 46(4), 569-583.
- Lema, C. (2017). *Aproximación histórica al conjunto de lozas del Museo de Sitio Castillo de Niebla*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. <http://www.museodeniebla.cl/643/w3-article-83513.html>
- Marchena, J. (2007). La defensa del imperio. En *Historia General de América Latina. Consolidación del orden colonial* (volumen III, tomo 2, pp. 615-668). Madrid: Ediciones Unesco, Editorial Trotta.
- Marín, H. (2007). Las fortificaciones. En *Historia general de América Latina. Consolidación del orden colonial* (volumen III, tomo 2, pp. 583-614). Madrid: Ediciones Unesco, Editorial Trotta.
- Martín, J. G., Caicedo, A., Etayo, B., Garcés, A. y Sanabria, P. (2007). Producción y comercialización de cerámicas coloniales en los Andes: el caso de las mayólicas de Popayán. *Boletín Gabinete de Arqueología*, 6(6), 23-38.

- Martínez de Bernabé, U. (2008[1878]). *La verdad en campaña. Relación histórica de la plaza, puerto y presidio de Valdivia*. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Montadón, R. (2001). *Los castillos españoles en el estuario del río Valdivia. Estudio de restauración*. Santiago: Ministerio de Obras Públicas.
- Ortiz-Troncoso, O. (1992). Un alcance al tema de la cerámica hispana en Patagonia Austral. *Journal de la Société des Américanistes*, LXXVIII, 73-85.
- Prado, C. (2010). Precisiones en relación a un tipo cerámico característico de contextos urbanos coloniales de la zona Central de Chile. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo II (1011-1023).
- Prieto, C., Baeza, J., Rivera, F. y Rivas, P. (2010). Estudios cerámicos en la catedral Metropolitana, aportes a la arqueología histórica de Santiago de Chile. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, tomo II (1025-1036).
- Rebolledo, L. (1999). *Recuperación de la historia oral y bibliográfica acerca del fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Montfort de Lemos, Niebla*. (Informe de práctica profesional para optar al título de Antropóloga, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, Valdivia).
- Rice, P. (1997). Tin-enameled wares of Moquegua, Perú. En Gasco, J., Smith, G. y Fournier-García, P., *Approaches to the historical archaeology of Mexico, Central and South America* (pp. 173-180). Los Angeles: Institute of Archaeology, University of California.
- Rice, P. (2013). *Space-time perspectives on Early Colonial Moquegua*. Boulder: University of Colorado Press.
- Rovira, B. (2001). Presencia de mayólicas panameñas en el mundo colonial. Algunas consideraciones acerca de su distribución y cronología. *Latin American Antiquity*, 12(3), 291-303.
- Urbina, S. y Adán, L. (2014). Avances en la arqueología de Valdivia. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (43/44), 35-60.
- Urbina, S., Villablanca, F., Adán, L. y Alvarado, M. (2017). Meshen y botijas en la jurisdicción de Valdivia: aportes al estudio de los contenedores cerámicos en contextos coloniales (siglo XVI-XIX). Poster presentado en las *X Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, Puerto Madryn.
- Urbina, S. y Chamorro, C. (2016). Cartografía histórica comparada de los castillos de Valdivia, el estuario (bahía de Corral) y el río Cruces. Siglos XVII-XVIII. En *Arqueología de Patagonia: de mar a mar* (pp. 505-514). Coyhaique: CIEP.

- Urbina, X. (2017). La expedición de John Narborough a Chile, 1670: defensa de Valdivia, rumores de indios, informaciones de los prisioneros y la creencia en la ciudad de los Césares. *Magallania*, 45(2), 11-36.
- Van Meurs, M. (1996 Ms.). *Excavaciones arqueológicas realizadas en el Fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Monfort de Lemus (1992-1995)*. Universidad Austral de Chile.
- Van Meurs, M. (1998 Ms.). *Informe histórico. Zona histórica de Niebla*. Valdivia: Ilustre Municipalidad de Valdivia, Dirección de Obras Municipales.
- Vergara, J. (2005). *La herencia colonial del Leviatán: el Estado y los mapuche-huilliches (1750-1881)*. Iquique: Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (Cihde)-Ediciones Instituto de Estudios Andinos.

ARPONES PRECOLOMBINOS DE ANTOFAGASTA
ACOPLE DE PARTES, *COLLAGE* DE MATERIALES, ENSAMBLAJE DE
SERES Y MOSAICO DE PAISAJES

Benjamín Ballester

INTRODUCCIÓN

La vieja dicotomía entre el instrumento técnico y la obra de arte perdió hace décadas toda vigencia (Baudrillard, 1968; Bonnot, 2014; Gell, 1992; Mumford, 1952; Pfaffenberger, 1991; Simondon, 2007), al punto de que Bruno Latour (1992) ha llegado a sentenciar que el objeto exclusivamente técnico no es más que una utopía. Desde este punto de vista, no se trata ya ni de dos bloques distintos, ni de dos polos opuestos de un fenómeno emparentado, sino de que todo objeto —tanto en su cuerpo como en la idea que lo define desde su diseño— carga necesariamente con ambas y aun más dimensiones (Flusser, 2002; Pye, 1978). La premisa consiste en que todas sus caras —todas aquellas que se logren reconocer— son indisolubles unas de otras e igualmente significativas en la conformación del objeto como tal y de su relación con aquello que lo rodea, sea humano o no. Así, el objeto técnico asociado a una tarea específica ofrece asimismo facetas estéticas, simbólicas, morales, semánticas, mágicas, rituales, afectivas y religiosas, entre una larga lista de cualidades (p. e., Barthes, 1985; Baudrillard, 1968; Marquet, 1993; Moles, 1969).

El problema ocurre cuando el observador —incluido el analista— se deja deslumbrar por una de las múltiples caras del objeto, aquella que le parece más llamativa o atingente a su propia búsqueda e intereses. En las ciencias sociales, especialmente en la arqueología, el culpable del monólogo funcionalista tras el objeto técnico ha sido el arraigado formalismo económico, que asigna a la satisfacción de las necesidades inmediatas y prácticas de las personas un papel primordial. Este juicio cobra aun más fuerza respecto de las sociedades no occidentales, cuyos objetos técnicos tienden a ser vinculados exclusivamente a la subsistencia. Frente a dicha posición, la alternativa sustantivista invita a

observar el objeto técnico desde otro ángulo (Polanyi, 1944, 1974), esto es, inserto en una cultura y modelado por sus redes, a fin de poner en juego una multiplicidad de campos de acción y a sus más diversas realidades, materiales o inmateriales.

Tener un arpón en las manos es vivir en carne propia este debate. Al primer encuentro sorprenden de inmediato su resistencia, capacidad de penetración y letalidad: barbas prominentes, filos implacables y extremos aguzados concentran las miradas preliminares y transportan la imaginación a la escena del embate, con el animal agónico y la sangre fluyendo a borbotones. Superado el estupor inicial, se van acentuando los colores, decoraciones, amarras, ensamblajes, materiales, texturas, formas y dimensiones. De la función práctica se pasa rápidamente al diseño, y de su uso en el mar, a todas las demás proyecciones que condensa su cuerpo material. Esta nueva perspectiva presiona a ir más lejos, a salir del objeto para buscar respuestas no solo en el mar, sino también en las personas y colectivos que lo diseñaron y le dieron vida.



Figura 1. Escenas de caza marina mediante arpones y balsas. Pintura rupestre del sitio arqueológico de Izcuña, cercano a la localidad de Paposo, Región de Antofagasta. Fotografía de Benjamín Ballester.

La sociedad que habitó las costas del desierto de Atacama antes de la llegada de los europeos ha sido definida como una de cazadores, recolectores y pescadores marinos y litorales (Ballester y Clarot, 2014; Bird, 1943, 1946; Bittmann, 1984; Castelleti, 2007; Llagostera, 1989, 1992; Mostny, 1964a; Salazar *et al.*, 2015, entre otros). Evidencia de sus prácticas y modo de vida son los conchales, aleros, cementerios, pinturas y grabados rupestres (fig. 1) que colman la costa desértica de norte a sur. De la cultura material que de ellos ha sobrevivido, ciertos artefactos tales como los anzuelos de concha,

los arpones y las balsas de cuero de lobo marino han sido instalados por la arqueología como emblemas de la sociedad litoral —todos ellos vinculados a la pesca, la caza marítima y la navegación—.

La subsistencia y la función suelen imponerse como ejes del relato arqueológico, opacando cualquier otra arista posible de sentido. En esa visión, arpón y caza forman parte de una ecuación indisoluble, donde uno implica el otro y nada más. El siguiente ensayo es un intento por desviar la atención hacia todo aquello que se sitúa más *allá* o *acá* de esa aparente identidad; hacia cada detalle, arista o punto de fuga que abra alternativas a este restringido campo de comprensión del arpón. La ambición es capturar el objeto mismo, su diseño, cuerpo y materia, cuyo valor se advierte mucho más amplio y polivalente de lo sospechado hasta ahora (Ballester, 2018b). Para desarrollar dicho trabajo se usó como laboratorio el Museo de Antofagasta, institución que almacena una de las mayores y más completas colecciones de esta clase de objetos de todo el norte de Chile.

EL ARPÓN EN SU FUNCIÓN Y MÁS ALLÁ/ACÁ DE SU FUNCIÓN

La etnografía, la historia de las técnicas y la arqueología definen el arpón como un artefacto concebido para capturar animales en un medio acuático (Leroi-Gourhan, 1935, 1973; Mason, 1902). En términos tecnológicos, no está diseñado para matar a un animal, sino para asegurar su control y contención en manos del cazador, quien, de esta manera, puede arrastrarlo hasta la orilla con ayuda de su embarcación y allí faenarlo, repartirlo y consumirlo. Desde esta perspectiva, corresponde a un dispositivo de captura más cercano al lazo y el anzuelo que a un rifle o un puñal (Ballester, 2017a).

Para satisfacer su propósito, el arpón (fig. 2) posee siempre (a) un cabezal desmontable que penetra al animal, (b) un astil principal al que se acopla dicho cabezal y (c) una línea que conecta este último ya sea con el cazador, con una boya o con la embarcación (Bennyhoff, 1950; Leroi-Gourhan, 1935, 1973; Mason, 1902; Skinner, 1937). Se trata, por lo tanto, de una verdadera máquina articulada, compuesta por distintas unidades interdependientes que se ensamblan antes de dar caza a la presa y se desmontan para interceptarla.

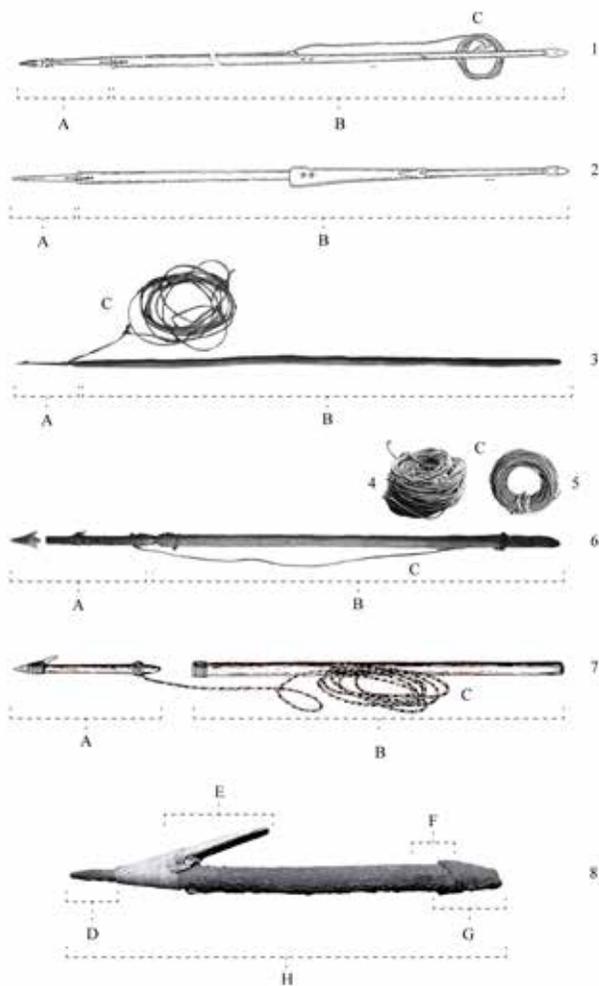


Figura 2. Ejemplos de arpones y sus tres secciones básicas: (a) cabezal, (b) astil principal y (c) línea de caza. El cabezal del arpón (8) se compone, a su vez, de: (d) extremo penetrante, (e) barba de retención de la presa, (f) sistema de retención de la línea de captura, (g) acople al astil principal y (h) vástago del cabezal. Las piezas corresponden a: (1, 2) arpón completo, esquimal, Groenlandia (Mason, 1902, pl. 4); (3) arpón completo, Caleta Vitor (Bird, 1946, pl. 123a); (4) línea de caza enrollada (508 mm de largo), Camarones 9 (Ballester, 2017b, fig. 3a); (5) línea de caza enrollada (718 mm de largo), Camarones 9 (Ballester, 2017b, fig. 3b); (6) arpón completo, Caleta Vitor (Bird, 1946, pl. 123j); (7) esquema del arpón para grandes presas (Llagostera, 1989, fig. 2b); (8) cabezal de arpón, Punta Blanca, Tocopilla (Museo de Antofagasta). Las piezas no están a escala.

Por su parte, el cabezal (fig. 2.8) debe presentar ciertos atributos técnicos y morfológicos que le permitan penetrar eficazmente el cuerpo del animal y permanecer en él, contrarrestando sus sacudidas y la tracción de la línea. Estos elementos consisten en (d) un extremo penetrante, (e) un método de retención al interior del animal y (f) un mecanismo de amarre y sujeción entre el cazador y la presa (Stordeur, 1980). Penetración, sujeción y control son las cualidades funcionales básicas de todo arpón.

Ahora bien, no todo en el cuerpo del arpón obedece únicamente a su función cinegética. El arqueólogo canadiense Robert McGhee (1977) leyó los arpones thule del ártico norteamericano de una manera completamente diferente, cuestionándose por qué algunas clases de estos objetos habían sido talladas sobre marfil, mientras que otras lo fueron sobre astas de caribú o huesos de mamíferos marinos. Aunque las respuestas tradicionales se centraban en la eficacia práctica y la disponibilidad de materias primas, las reflexiones de este investigador bucearon más hondo, tan profundamente como los valores simbólicos y la cosmología de dicha cultura. Para McGhee, fundado en los estudios clásicos de Marcel Mauss (1906), el complejo diseño y la cuidadosa selección de materias primas de los arpones dependía de oposiciones estructurales de la sociedad thule, tales como interior y costa, invierno y verano, hombre y mujer —incluyendo los materiales, seres y paisajes asociados a tales dicotomías—. Interpretada así, la naturaleza material del arpón thule respondía más a factores sociales y culturales que a determinantes exclusivamente prácticos relativos a la caza marina. Desde este ángulo, no todo se reduce a eficacia y optimización de costos y beneficios.

En el otro polo del continente americano, Daniel Quiroz y Juan Carlos Olivares (1989) torcieron la visión funcionalista y formalista de los arpones del canal Beagle al jugar con la similitud que muestra una clase de estos objetos con la silueta de un zorro agazapado. «Es probable que estos arpones», aseguran los autores, «no sean del todo arpones, sino el relato de una metafísica, realidades de otro mundo que se puede indagar manteniendo atada la imaginación [...]. Estos arpones son rituales fosilizados» (Quiroz y Olivares, 1989, p. 12). Semejante quiebre en la mirada resulta sugerente y atractivo, pues invita a ver algo hasta entonces invisible: el diseño más allá de la función.

La alusión al carácter representacional de un objeto técnico es provocativa y obliga a repensar nuestras maneras de observar los arpones, recordándonos que, aunque se usen de vez en cuando para atrapar un animal en el mar, estos sofisticados artefactos no dejan de ser obras humanas cargadas de sentidos y razones que para nosotros pueden parecer completamente irracionales. El desafío es hacer visibles estas otras facetas que yacen ignoradas.

LOS ARPONES DE LA COSTA DE ATACAMA

El arpón precolombino de las costas de Atacama es una máquina compleja y sorprendente. Su diseño es muy similar al de tiempos de contacto europeo (Ballester, 2018b; Bird, 1946; Llagostera, 1989) y, desde luego, comprende las tres secciones básicas que conforman todo arpón: un cabezal, un astil principal y una línea de retención. Las sogas (figs. 2.4 y 2.5), que pueden superar los 70 metros de largo, fueron hechas a partir de delgadas tiras de cuero de lobo marino en una sola pieza, sin nudos ni añadiduras intermedias; habitualmente están recubiertas con pintura roja (Ballester, 2017b). Los astiles principales —que alcanzan los tres metros de longitud— acoplan, en general, tres secciones, todas de madera y ensambladas entre sí a lo largo del eje. Los cabezales también son compuestos (fig. 2.8): combinan un vástago central (h), con una o dos barbas laterales (e), un sistema de retención de la línea de caza (f) y, en algunos casos, una punta lítica tallada (d) en el extremo penetrante (Ballester, 2018b, 2018c). Al igual que las sogas, presentan pigmento rojo, además de resinas a modo de pegamento y accesorios confeccionados en fibras vegetales y animales.

Para la costa de Antofagasta, comprendida entre la desembocadura del río Loa y el sur de Taltal, se han definido cuatro tipos principales de cabezales de arpón precolombino a partir de sus atributos técnicos, normas de composición y materias primas (fig. 3) (Ballester, 2017c, 2018b, 2018c). Todos tienen en común el estar compuestos por distintas partes y secciones, siguiendo una norma estandarizada en sus elementos constitutivos, arreglo y combinatoria.

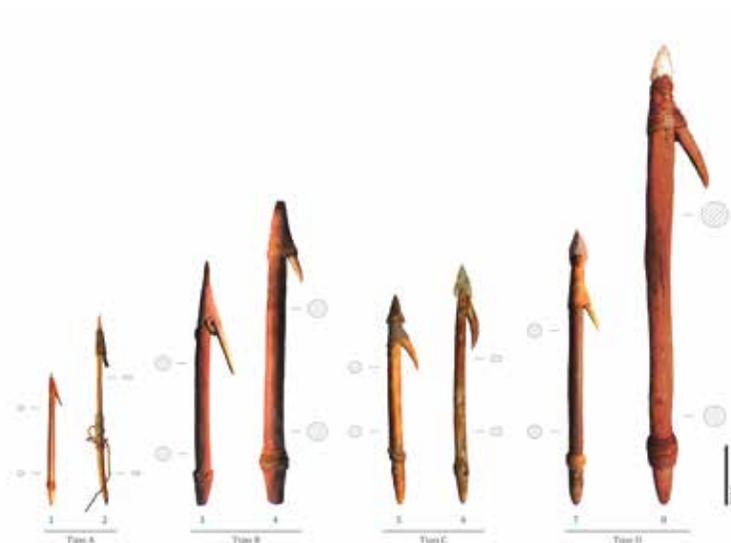


Figura 3. Tipología de cabezales de arpón de la costa de Antofagasta, desierto de Atacama. Las piezas provienen de: (1, 5, 6) Taltal (Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal), (2) Caleta Huelén 02, PIT-PT (Universidad de Antofagasta), (3, 4) Punta Blanca 02, PFL (Museo de Antofagasta) y (7, 8) La Chimba de Antofagasta, PIT-PT (Museo de Antofagasta y Museo Quai Branly, respectivamente). Fotografías de Benjamín Ballester.

El tipo A (figs. 3.1 y 3.2) corresponde al más pequeño (Ballester, 2018c, 2020), utilizado en la región al menos desde los 7000 años cal. AP hasta la época de contacto europeo. Se trata de un objeto fino, frágil y delgado, cuya hechura demuestra las habilidades manuales y tecnológicas de sus productores. Se compone de un vástago elaborado sobre metapodio de camélido y dos barbas laterales en espina de cactus o cobre; estas se encuentran dispuestas una junto a la otra, amarradas al vástago cerca de su extremo penetrante mediante un embarrilado perimetral realizado con un hilado de fibras de algodón torcido y/o tendones animales. Hacia la base, el vástago presenta otro embarrilado perimetral hecho con un hilo similar al anterior, que sirve para retener la línea de caza, en la mayoría de los casos usando un ojal para amarrar la sogá. En los ejemplares mejor conservados se puede aún apreciar que la amarra delantera y la trasera estaban hechas con un mismo hilo, sin cortes o amarras intermedias, lo que representa un detalle sorprendente de su delicado diseño.

El cabezal tipo B (figs. 3.3 y 3.4) articula otras piezas y materiales. Su vástago es siempre de madera y se caracteriza por tener en su base un cono truncado que sirve tanto para retener la línea de caza como para insertarse en la cavidad distal del astil principal. Esta clase posee una única y prominente barba lateral elaborada en hueso, generalmente de camélido, acoplada al vástago central de la misma forma que el tipo anterior. Algunos ejemplares cuentan, además, con una acanaladura en el vástago para calzar la base de la barba, lo que asegura la integridad del objeto. Para el extremo penetrante no existe una solución única, pues, así como hay ejemplares con el ápice del vástago aguzado, otros incorporan una punta lítica, de formas, dimensiones y atributos sumamente heterogéneos. El tipo B se distribuye a lo largo de toda la región de Antofagasta entre los 2500 años cal. AP y la época de contacto europeo.

Por su parte, el tipo C (figs. 3.5 y 3.6) es el único del conjunto que incluye hueso de mamífero marino en su composición, específicamente para dar cuerpo al vástago central. En la base de este se observa una protuberancia modelada en forma de anillo, cruceta y/o canal, que impide el deslizamiento del nudo que retiene la línea de caza. El otro extremo presenta siempre una cavidad en forma de «V» donde se inserta un cabezal lítico tallado, cuyas formas y tamaños varían. Adyacente a ella se acopla la barba lateral —generalmente de hueso de camélido—, amarrada firmemente con un hilado de fibras de algodón torcidas y/o tendones animales. En algunos ejemplares, este acople se refuerza con una acanaladura y/o con un adelgazamiento en el vástago para asegurar la sujeción de la amarra. Esta clase de cabezal se registra exclusivamente en el Período Formativo Litoral (PFL), entre los 2500 y 1200 años cal. AP, desde Tocopilla hacia el sur (Ballester, 2017c; Mostny, 1964b).

Finalmente, el tipo D es el de mayores dimensiones (figs. 3.7 y 3.8). Su vástago está elaborado en madera, al igual que el tipo B, pero a diferencia de este, no se vale de un cono truncado en su base para retener la línea de caza, sino de un mecanismo aditivo consistente en un embarrilado firme, apretado y grueso de fibras vegetales, que actúa como tope. En el otro extremo, todos los ejemplares cuentan con una cavidad en «V» para encajar la punta lítica tallada. A un costado de esta va acoplada la barba lateral hecha sobre hueso de camélido, amarrada con fibras vegetales y/o tendones animales. Presente a

lo largo de toda la costa de la región, este tipo de cabezal se asocia cronológicamente a los períodos Intermedio Tardío y Tardío (PIT-PT), entre los 1000 y 500 años cal. AP.

LA COLECCIÓN DE ARPONES DEL MUSEO DE ANTOFAGASTA

El Museo de Antofagasta almacena en sus depósitos y exhibe en sus vitrinas una de las más importantes colecciones de arpones precolombinos de todo el desierto de Atacama. El conjunto se ha venido engrosando desde la fundación de la institución en 1959 por medio de donaciones de coleccionistas privados, excavaciones científicas y rescates de sitios arqueológicos (Montenegro, 2016; Mostny, 1964b). Es, en buenas cuentas, fruto del ensamblaje de un sinnúmero de colecciones menores que han sido entregadas al Museo a lo largo del tiempo y debido a diversas circunstancias.

Algunos de estos conjuntos datan de la época de la fundación del Museo, cuando todavía dependía de la Universidad del Norte. Es el caso de las colecciones de arpones de La Capilla en Quillagua donadas en 1959 por Bernardo Toloza; aquellas del área de La Chimba de Antofagasta entregadas en 1964 por Horacio Larraín (Arriagada *et al.*, 2013; Larraín, 1966); y las del sector del Trocadero de Antofagasta (fig. 4) cedidas en 1965 por María Cristina Mardorf, todos ellos estudiosos de la arqueología de la región y, a la sazón, funcionarios del Museo.

A comienzos de la década de 1970, la formación de la carrera de Arqueología en la sede Antofagasta de la Universidad del Norte supuso un aumento en las excavaciones de sitios arqueológicos a lo largo de la costa desértica, como parte de las actividades formativas de los estudiantes. Los materiales recuperados en esas prácticas quedaron depositados en el Museo (Ballester *et al.*, 2014a; Cruz y Llagostera, 2011). Posteriormente, como consecuencia de la debacle de las instituciones culturales y universitarias que significó la dictadura militar, en 1984 sus colecciones fueron trasladadas al recién fundado Museo Regional de Antofagasta de la Dibam (Montenegro 2016). A esta etapa corresponden las colecciones de arpones precolombinos provenientes de los cementerios de Punta Blanca en Tocopilla, Abtao 5 en el balneario de Juan López y los cementerios ubicados en los Jardines del Sur y el Autoclub

de la ciudad de Antofagasta (fig. 4), entre muchas otras (Ardiles *et al.*, 2011; Ballester y Clarot, 2014; Ballester *et al.*, 2014b; Bravo, 1981, 1985; Costa y Sanhueza, 1976; Cruz y Llagostera, 2011; Llagostera, 1979, 1989, 1990).



Figura 4. Mapa de la Región de Antofagasta con la ubicación de los sitios y localidades arqueológicas mencionadas en el texto, incluidos los lugares de proveniencia de las colecciones estudiadas.

El mayor desafío en el estudio de este acervo es la falta de información relativa a los métodos de excavación, la asociación de objetos y los contextos de proveniencia. En su gran mayoría, las excavaciones mencionadas jamás fueron publicadas en detalle, y actualmente no quedan más que breves reseñas o referencias hechas al paso. Esto ha implicado un gran esfuerzo de

búsqueda y recopilación documental (apuntes, cuadernos de campo, croquis, fotografías y notas de prensa), complementado con la realización de entrevistas a quienes llevaron a cabo estas intervenciones décadas atrás, estrategia que en los últimos años ha permitido reconstruir algunos de los eslabones faltantes de la cadena arqueológica a fin de revalorar las colecciones del Museo de Antofagasta (Ardiles *et al.*, 2011; Ballester, 2016, 2018b; Ballester y Clarot, 2014; Ballester *et al.*, 2014a, 2014b, 2014c; Carrasco *et al.*, 2015).

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

El presente trabajo aborda una muestra de arpones de las colecciones del Museo de Antofagasta definida por la propia institución, dentro de la cual hay ejemplares provenientes de distintos cementerios y atribuibles a diferentes momentos de la secuencia histórica litoral. Para el análisis se consideraron las principales y más recurrentes unidades de sentido de los cabezales de arpón y sus formas de ensamblaje siguiendo los criterios ya establecidos en investigaciones previas –atributos tecnológicos, morfológicos, materiales, estéticos, etc.–, así como sus normas de composición, secuencias de montaje y arreglos tecnológicos (Ballester, 2017c, 2018b, 2018c). Cada uno de los objetos fue examinado teniendo en cuenta su proveniencia, contexto, asociaciones y cronología, información que fue complementada con el estudio y registro de archivos documentales y entrevistas de primera fuente a quienes participaron de las excavaciones y colectas de las piezas analizadas (Ardiles *et al.*, 2011; Ballester, 2016, 2018b; Ballester y Clarot, 2014; Ballester *et al.*, 2014a, 2014b, 2014c; Carrasco *et al.*, 2015).

RESULTADOS

Cada uno de los subconjuntos que componen la gran colección de arpones del Museo de Antofagasta posee sus singularidades y rasgos propios, pues provienen de distintas localidades y se asocian a diferentes temporalidades. No obstante la falta de información contextual, los objetos en general se ciñen muy bien a la tipología de arpones conocida para la costa de Antofagasta (Ballester, 2018b, 2018c), lo que ha ayudado en su análisis, ordenamiento y clasificación.

Trocadero de Antofagasta

La colección de arpones del Trocadero de Antofagasta comprende objetos bastante disímiles. No es posible asegurar que procedan todos de un único sitio, y no se cuenta con información documental asociada. Al conjunto originalmente donado por Mardorf en 1965 se sumó en la década de 2010 un segundo contingente de piezas obtenida en este sector luego del rescate de una tumba colectiva durante faenas inmobiliarias, correspondiente a restos de una balsa de cuero de lobo marino y otros objetos (Ballester, 2018a).



Figura 5. Dos vistas de un mismo vástago de cabezal de arpón tipo C, elaborado en hueso de mamífero marino. Pieza proveniente del sitio Trocadero de Antofagasta (Colección Mardorf). Museo de Antofagasta, n.o inv. 4393. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Dentro de la donación inicial se identificaron algunos arpones del tipo C y otros del tipo D, los primeros atribuibles al PFL y los segundos, al PIT-PT, por lo cual es muy probable que unos y otros provengan de sitios diferentes.

Los del tipo C son fragmentos del vástago de los arpones (fig. 5) que, a juzgar por el tamaño del soporte, estructura ósea y rasgos morfológicos, fueron hechos sobre hueso de cetáceo; para amarrar la línea de caza poseen un sistema de acanaladura y tope modelado en el hueso, tecnología bastante singular que también ha sido registrada en piezas del área de Taltal (Mengozzi *et al.*, 2016; Mostny, 1964a). En el caso de los ejemplares del tipo D aún se reconocen sus principales atributos técnicos, pese a las malas condiciones de preservación en las que se encuentran.

La Chimba de Antofagasta

El sector de La Chimba de Antofagasta concentra una enorme cantidad de sitios arqueológicos, incluyendo cementerios, tumbas aisladas, conchales, aleros y arte rupestre (Ballester *et al.*, 2014b; Larraín, 1966; Llagostera, 1979). Estos yacimientos han sido intervenidos en innumerables ocasiones al menos desde comienzos del siglo XX, y en la actualidad el desarrollo urbano de la ciudad los continúa destruyendo día a día. Tomás Guevara (1929) describe e ilustra una colección de piezas precolombinas proveniente del área de La Chimba que incluye cabezales de arpón de los tipos A, B y D. La colección del científico chileno de ascendencia alemana Otto Aichel también contiene objetos del lugar, almacenados hoy en un museo de Alemania. En 1902 y 1903, la Misión Científica Francesa a América del Sur excavó junto a la isla de Guamán un gran cementerio y recolectó objetos precolombinos de los alrededores (Chervin, 1902; Sénéchal de la Grange, 1903). Estudios recientes han registrado y analizado los arpones de esta última colección depositados en el Museo Quai Branly de París, dando cuenta de la existencia de ejemplares del tipo A y D (fig. 3.8), todos ellos del PIT-PT (Ballester, 2018b, 2018c).

La colección de arpones de La Chimba donada al Museo de Antofagasta por Horacio Larraín se compone de piezas del tipo D, todas ellas atribuibles también al PIT-PT. Aunque la cronología relativa y el lugar de origen de este conjunto coinciden con los asociados a la colección de la Misión Francesa y a aquella descrita por Guevara, es imposible determinar si provienen todas de un único o de diferentes cementerios. Algunos de los ejemplares

de la colección del Museo de Antofagasta están en excelentes condiciones de conservación, con todas sus secciones articuladas (fig. 6 superior), lo que permite definir muy bien sus unidades constitutivas y materias primas. Otros, aun estando desarticulados por completo, todavía lucen algunos de sus atributos técnicos, como el canal de acople en el vástago para la barba y la ranura para ajustar el bifaz lítico (fig. 6 inferior).



Figura 6. Dos cabezales de arpón tipo D provenientes de La Chimba de Antofagasta (Colección Horacio Larrain). Ambos presentan vástago de madera y sistema de retención de la línea de caza mediante una amarra de fibras vegetales. El de la imagen superior (225 mm) se conserva completo, con su punta lítica tallada y una barba lateral de hueso de camélido sujeta con fibras animales; en el ejemplar inferior (255 mm), en tanto, se observa una cavidad en «V» para insertar el cabezal lítico, así como un canal longitudinal para acople de barba. Museo de Antofagasta, n.os inv. 4241 y 4179. Fotografías de Juan Pablo Turén.

Autoclub

En el otro extremo de la ciudad de Antofagasta se halla el cementerio de Autoclub (Ballester *et al.*, 2014b; Costa y Sanhueza, 1976; Cruz y Llagostera, 2011). En la década de 1970 se excavaron aquí 13 contextos funerarios que contenían restos de 22 humanos. Estudios de isótopos estables de los individuos demostraron una dieta basada en alimentos marinos, mientras que los análisis bioantropológicos mostraron indicios de patologías asociadas a la vida litoral (Ballester *et al.*, 2014b; Ballester y Clarot, 2014; Costa y Sanhueza, 1976). Junto a los difuntos había ricos ajuares, con objetos como contenedores cerámicos, textiles, remos, una balsa de cuero de lobo marino y arpones: la tumba número 11, por ejemplo, datada en 1420 ± 30 AP¹, contenía 18 cabezales de arpón como ofrenda.

Aunque la mayor parte de los arpones del sitio están en muy malas condiciones de preservación, destruidos o desarticulados, igualmente se logró identificar algunos de sus atributos técnicos. Entre estos, cabe mencionar que todos tienen cabezal lítico y vástago en madera; ciertos ejemplares presentan canal lateral para acoplar las barbas de hueso; y algunos cuentan con un embarrilado de fibras torcidas de algodón como sistema de retención de la línea de caza. Todos los arpones recuperados de este sitio corresponden al tipo D (Ballester, 2018b, 2018c), propio del PIT-PT, lo que coincide con sus dataciones radiocarbónicas (Ballester *et al.*, 2014b).

Jardines del Sur

No lejos de Autoclub se encuentra el sitio Jardines del Sur, ubicado en el barrio homónimo de Antofagasta (Cruz y Llagostera, 2011). Aunque de este cementerio se sabe muy poco, la presencia de ciertos objetos diagnósticos como una cajita rectangular de madera para contener pigmentos, una ocarina y algunos adornos podrían situarlo temporalmente en el PIT-PT. Entre los hallazgos se destaca un fantástico atado de seis cabezales y una sección de estil

¹ Para más detalles, ver Ballester *et al.* (2014b).

principal de arpón (fig. 7), amarrados entre sí con un cordel de fibras vegetales; el conjunto resulta sin duda compatible con la noción del uso de un kit de cabezales para salir a cazar planteada en estudios previos (Ballester, 2018c, fig. 23). Todos los vástagos del atado son de madera, poseen la acanaladura para calzar la barba de hueso y tienen puntas líticas en sus extremos penetrantes, talladas bifacialmente sobre materias primas ricas en sílice; mientras que en el extremo opuesto cuentan con el sistema de amarra aditiva en fibras vegetales para retener la línea de caza. La presencia simultánea de estos atributos los definen como del tipo D, exclusivo del PIT-PT.



Figura 7. Diferentes vistas de un atado de cabezales de arpón tipo D proveniente de Jardines del Sur (Colección Universidad de Antofagasta): (a) vista general del atado compuesto por seis cabezales y un fragmento de astil principal; (b) detalle del extremo penetrante de los cabezales, con sus puntas líticas y barbas; (c) detalle de la amarra en fibras vegetales; (d) detalle del sistema de retención de la línea de caza mediante un embarrilado de fibras vegetales, típico de los cabezales tipo D. Museo de Antofagasta, n.o inv. 8641. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Abtao 5

Frente a la ciudad de Antofagasta se emplaza el balneario de Juan López, y bajo sus casas, el sitio arqueológico de Abtao 5 (Cruz y Llagostera, 2011). Es el único de todos los yacimientos costeros estudiados que corresponde

a un área habitacional y no a contextos fúnebres, lo que explica que los objetos de su colección estén, en su gran mayoría, desarticulados y fracturados.

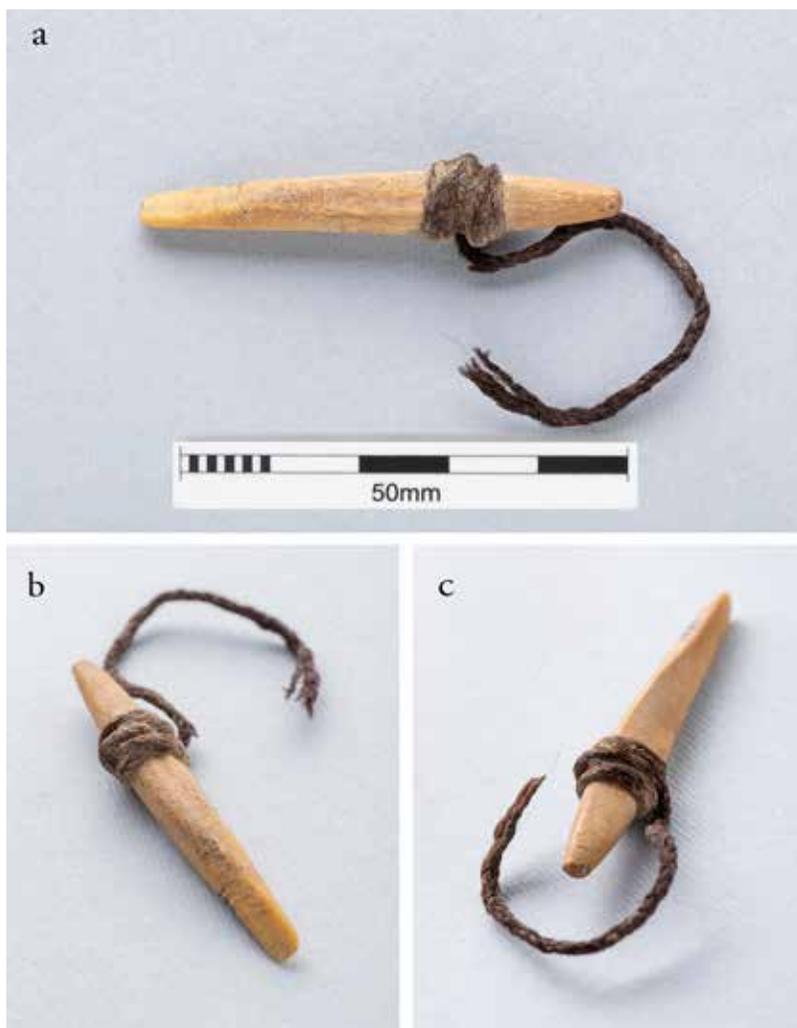


Figura 8. Tres vistas de un mismo fragmento de cabezal de arpón tipo A, proveniente de Abtao 5 (Colección Leandro Bravo). En la pieza, de hueso de camélido y 53 mm de largo, se aprecia claramente el bisel o plataforma para acoplar las barbas. Museo de Antofagasta, n.o inv. 1771. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Los resultados de las excavaciones del conchal de Abtao 5 arrojaron una larga ocupación humana cuya base fue datada en 2354-2151 cal. AP y que habría continuado en época colonial y republicana, según indica el material histórico registrado en los estratos superiores (Bravo 1981, 1985; Llagostera 1990). Lamentablemente, la mayor parte de las piezas recuperadas no posee información sobre su capa de proveniencia, lo que dificulta su atribución temporal. Pese a ello, vale la pena destacar algunos restos de arpón que resultan notables por la información que de ellos se puede desprender.

Junto con fragmentos de cabezales tipo A quebrados –seguramente descartados en el lugar entre las basuras de sus habitantes–, hay un cabezal del mismo tipo entero (aunque sin sus barbas laterales), de solo 5,3 cm de largo (fig. 8). El reducido tamaño de este ejemplar probablemente sea consecuencia de la activación sucesiva y reiterada del extremo de la pieza con el objetivo de reutilizarla, estrategia de reparación y reciclaje que ha sido registrada también en otros sitios de la región (Ballester, 2020).

Punta Blanca

La localidad de Punta Blanca se halla 10 km al sur de la ciudad de Tocopilla. De acuerdo con los cuadernos de campo y con entrevistas a quienes excavaron en este lugar, el material depositado en el Museo de Antofagasta proviene de al menos tres cementerios prehispánicos, dos de ellos del PFL y uno, del PIT-PT, data que ha podido ser corroborada gracias a fechados radiocarbónicos y al análisis de los objetos recuperados (Ballester y Clarot, 2014; Gallardo *et al.*, 2017a). La colección de arpones del sitio se compone de numerosos ejemplares e incluye todos los tipos de cabezales reconocidos para la costa de Antofagasta (A, B, C y D), algunos íntegros, otros fragmentados y desarticulados (fig. 9). En el marco de investigaciones previas se dataron por radiocarbono algunas tumbas que contenían arpones, lo que ha permitido controlar bastante bien su cronología (Ballester, 2018b, 2018c): así, por ejemplo, la tumba 2 del cementerio 2 –el que se ubica más al sur– contenía tres cabezales de arpón del tipo B (figs. 3.3

y 3.4) y arrojó una fecha de 2040 ± 30 AP², mientras que la tumba 4 del cementerio 1 tenía asociado un cabezal de arpón tipo A que fue datado en 1510 ± 30 AP².



Figura 9. Dos fragmentos de cabezales de arpón tipo D provenientes de Punta Blanca (Colección Universidad del Norte), ambos con vástagos en madera y ranura en «V» para inserción del cabezal lítico. El de arriba (200 mm) conserva su barba lateral de hueso de camélido y cuenta con sistema de retención de la línea de caza mediante embarrilado de fibras vegetales; en el de abajo (220 mm) se advierte la cavidad longitudinal para el acople de la barba (ausente) y ranuras perimetrales en la base para fijar la amarra que retenía la línea de caza.

Museo de Antofagasta, n.os inv. 8681 y 8648. Fotografías de Juan Pablo Turén.

² Para más detalles, ver Ballester y Clarot (2014).

La Capilla de Quillagua

De entre las colecciones de arpones del Museo de Antofagasta estudiadas, la única que no proviene de un sitio costero es el de La Capilla, una aldea y área de producción del PIT-PT³ del valle de Quillagua (Gallardo, 2019). Si bien pudiera parecer extraño hablar de arpones 60 km al interior del desierto, no debiera serlo, considerando que se ha establecido que desde el PFL hasta tiempos tardíos Quillagua fue un punto de encuentro y cohabitación tanto de colectivos de oasis como costeros (Gallardo, 2019; Gallardo y Odone, 2019; Pestle *et al.*, 2019; Pinder *et al.*, 2019; Santana *et al.*, 2015). Incluso se conoce la existencia de tumbas y cementerios exclusivos de grupos litorales en el valle, como en Ancachi, situación que habla de las negociaciones multiculturales de la época y del carácter de frontera de Quillagua. Cabezales de arpón de estos períodos en Quillagua ya fueron reportados por Ricardo Latcham (1933, 1938), y los museos etnológicos de Hamburgo y Berlín en Alemania almacenan también algunos ejemplares.

La colección de La Capilla del Museo de Antofagasta incluye únicamente cabezales de arpón tipo A, algunos de ellos completos y aún articulados (fig. 10): sus vástagos son de hueso de camélido; sus barbas, de espinas de cactus; y sus amarras, de hilados de algodón torcido. Uno de los ejemplares está cubierto enteramente de pigmento rojo. Las amarras en dos de ellos grafican un aspecto técnico fascinante de estos objetos, pues un mismo hilado de fibras de algodón, sin nudos ni añadiduras, se usó, en un extremo, para acoplar las barbas y en el otro, para formar el sistema de retención de la línea de caza.

³ Fechada en 722-543 cal. AP, según Lautaro Núñez (1976).

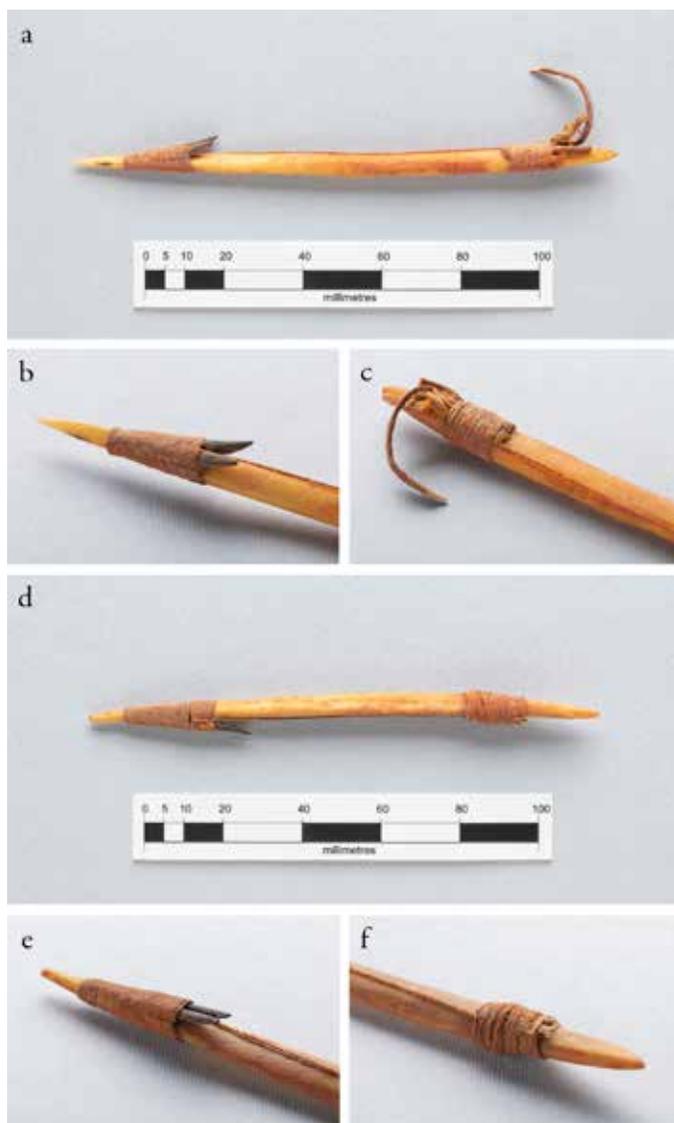


Figura 10. Dos cabezales de arpón tipo A completos provenientes de La Capilla de Quillagua (Colección Bernardo Tolosa). Ambos presentan vástagos en metapodio de camélido y barbas laterales en espinas de cactus (b, e) amarradas con hilado de algodón torcido, el cual forma asimismo el sistema de retención de la línea de caza en la base del cabezal (c, f). La pieza superior mide 136 mm y está recubierta de pigmento rojo, y la inferior tiene 127 mm de largo. Museo de Antofagasta, n.os inv. 4493 y 4494. Fotografías de Juan Pablo Turén.

EL ARPÓN FUERA DEL MAR

La muestra de arpones del Museo de Antofagasta estudiada en el presente trabajo es representativa del panorama regional descrito en investigaciones anteriores (Ballester, 2018b, 2018c). Todos los objetos estudiados cuentan con los atributos técnicos necesarios para cazar animales en el mar de manera efectiva: sus extremos aguzados y puntas líticas ofrecen gran capacidad de penetración; las barbas laterales aseguran la retención del arma al interior de la presa; y los surcos, topes y amarras procuran la sujeción de la línea de caza. Con todo, el arpón precolombino de Antofagasta es mucho más que solo caza marina. En él se esconde una sofisticada receta tecnológica, conforme a la cual sus múltiples unidades constitutivas se articulan entre sí mediante diversas soluciones técnicas. Cada uno de esos componentes es un mundo en sí mismo: barbas, vástagos, cabezales y amarras obedecen a formas previamente pautadas, integran materiales específicos y se acoplan unos con otros según un arreglo establecido. A cada materia y sección subyace una singular cadena de saberes, conocimientos, prácticas, gestos y técnicas. Nada en el diseño de este artefacto quedó al azar.

Un aspecto particularmente interesante consiste en que el arpón condensa en su cuerpo casi todos los materiales que estas personas conocieron en el pasado: madera, hueso de mamíferos terrestres y marinos, espinas de cactus, cobre, pigmentos minerales, fibras vegetales y animales, cuero y resinas. El arpón pareciera constituirse, así, en un reservorio de materias, un verdadero catálogo cosmológico. Sin embargo, por una extraña paradoja, su diseño excluye algunos de los materiales más abundantes de la franja costera, como la concha, y entrega un papel muy marginal al hueso de animales marinos, usado solo para modelar el vástago de uno de los cuatro tipos de arpón conocidos. La mayor parte de las materias primas utilizadas provienen, en cambio, del interior del desierto y refieren al ambiente terrestre, como se verá a continuación.

En primer lugar, las puntas líticas de los arpones fueron talladas sobre rocas ricas en sílices, por completo ausentes en la franja litoral. Hace más de un siglo atrás, Max Uhle (1917) aseguraba que los talleres ubicados al interior de Taltal por sobre los 2000 msnm eran evidencia de grupos costeros

que remontaban el desierto desde la costa para abastecerse de piedras, pues en ellos encontró espinas de pescado, huesos y conchas de origen marino. Estudios posteriores en toda la región han corroborado sus palabras, aun para sitios distantes casi 120 km hacia el este (Ballester y Crisóstomo, 2017; Blanco *et al.*, 2010; Borie *et al.*, 2017; Peralta *et al.*, 2010). En tales lugares todavía se preservan los extensos talleres de piedra donde comenzó la cadena operativa de estos cabezales líticos, e incluso se suelen hallar las herramientas usadas para tallarlos, percutores de roca hechos sobre guijarros marinos traídos para este fin desde la costa, algunos decorados con pigmento rojo (Ballester y Crisóstomo, 2017).

La madera, en tanto, fue empleada en dos clases de cabezales de arpón (tipos B y D), así como en todos los astiles principales (Ballester, 2018b, 2018c). Análisis histológicos de estos vástagos demuestran el uso en menor proporción de arbustos de la cordillera de la Costa (*Euphorbia lactiflua* y *Senecio myriophyllus*) y en mayor medida de árboles propios de valles, oasis y aguas del interior del desierto, como tamarugos (*Prosopis tamarugo*), algarrobos (*Prosopis* sp.) y molles (*Schinus molle*) (Cabello y Estévez, 2017; Figueroa, 2014; Grimberg, 2019). Para confeccionarlos, se emplearon generalmente ramas cortas, secundarias y de diámetro delgado, como lo indica el hecho de que gran parte de las piezas aún posee los nudos de la madera, a veces en abundancia y contrapuestos en un solo astil.

El camélido se halla siempre, de una u otra manera, presente en todos los tipos de cabezales de arpón. Así, el vástago de arpón tipo A está elaborado sobre metapodio de camélido (Ballester, 2020), mientras que las barbas de los tipos B, C y D fueron en su mayoría modeladas también sobre huesos de este animal (Ballester, 2018b, 2018c). Aunque los guanacos silvestres todavía bajan hasta el litoral (Mann *et al.*, 1953), ello no quita que se trate de un animal terrestre representativo del desierto y el interior. Los pocos sitios arqueológicos conocidos asociados a la caza de este animal por grupos litorales yacen, de hecho, en la cordillera de la Costa (Larraín *et al.*, 2005), misma situación que se lee en las crónicas de los siglos posteriores al contacto europeo (Ballester, 2017d; Pomar, 1887; Vidal, 1876). Para capturarlo se debió emplear una tecnología de caza diferente al arpón, pues este solo sirve para la caza marina: el arte rupestre

costero y las ofrendas en los cementerios apuntan al uso de dardos propulsados por estólicas y/o arquería (Ballester, 2016b, 2018a; Rivera y Zlatar, 1985; Spahni, 1967).

El pigmento mineral de color rojo usado para cubrir ya algunas secciones, ya los arpones completos, proviene de fuentes de óxido de hierro localizadas en la cordillera de la Costa y en la pampa desértica. Issac Arce (1930/1997) aseguró a comienzos del siglo XX que los grupos litorales se internaban en el desierto, aun hasta el área de Huacate a orillas del Loa (~100 km del mar), para extraer la alcaparrosa, una pintura de color rojo con la cual embetunaban sus balsas y objetos. En la actualidad se conocen en estos lugares decenas de sitios mineros prehispánicos de pigmento rojo, compuestos por cientos de piques de extracción y áreas de desmonte asociados a martillos de piedra, herramientas de concha y chuzos de huesos de animales marinos. Un caso emblemático lo constituye la mina San Ramón 15 en Taltal, explotada desde hace al menos 10 mil años atrás (Salazar *et al.*, 2011).

El mineral de cobre, por su parte, era extraído de las vetas ubicadas en las quebradas de la cordillera de la Costa (Salazar *et al.*, 2010a, 2010b). En este mismo ambiente montañoso se podía además acceder fácilmente a las espinas de los cactus que crecen, por lo general, entre los 600 y 1000 msnm. Tanto estas últimas como los trozos de cobre nativo eran finamente trabajados para elaborar las barbas de los cabezales de arpón tipo A (Ballester, 2018b, 2018c), pero también dos de las clases más populares de anzuelos de pesca de la región (Ballester y Clarot, 2014; Llagostera, 1989).

Finalmente, el origen de los hilados vegetales usados en las amarras y el acople de las partes del cabezal representa, por ahora, un misterio. Una buena parte de ellos corresponde a fibras de algodón torcidas (Ballester y Clarot, 2014), las mismas que se empleaban en las líneas de pesca, cuya tecnología se asemeja a la de los valles occidentales del extremo norte de Chile (Agüero, 2002; Martens y Cameron, 2019). Pero el algodón no es una especie que crezca naturalmente en la costa, y su hábitat más común corresponde a los valles mesotermiales del interior (p. e., Guatacondo, Pica, Tarapacá), así como los que desembocan en el océano más al norte (Camarones y Arica) y al sur (Copiapó). Es probable, entonces, que para abastecerse de algodón —el que aparece en motas y con semillas en los

sitios costeros (Ballester y Clarot, 2014; Cabello y Estévez, 2017; Spahni, 1967)—, estos grupos los intercambiaran por otros productos con colectivos del interior o de otras latitudes de la costa, aunque de momento ello no es más que una hipótesis (Ballester, 2018b, 2018c).

En síntesis, para hacer un arpón y poder cazar en el mar había que antes recorrer intensamente el desierto, deambular por los faldeos y quebradas de la cordillera de la Costa, adentrarse a la pampa y visitar manantiales, valles y oasis del interior. Incluso había que intercambiar materias primas con comunidades distantes. Semejantes travesías requerían necesariamente de un acervo de saberes previos y cierto grado de organización, pues se trataba de excursiones de varias jornadas a distintos rincones del desierto, en las que había que localizar los puntos específicos donde se encontraban cada uno de los materiales buscados. En aventuras (trans)liminales como estas ningún cabo podía quedar suelto, y buena parte del éxito dependía del manejo de cartografías mentales del territorio y los elementos que lo componen.

Los viajes hacia el interior trazaron senderos y huellas que aún perduran en la superficie del desierto, proporcionando al día de hoy la mejor evidencia material de las redes regionales del pasado. Las rutas más conocidas y estudiadas son las que conectan la desembocadura del Loa con Guatacondo (~90 km) y Quillagua (~60 km) vía Calate (Pimentel *et al.*, 2017; Torres-Rouff *et al.*, 2012a), las de la pampa del Toco que unían la costa con el curso medio e inferior del Loa (>65 km) (Blanco *et al.*, 2017; Cases *et al.*, 2008; Pimentel *et al.*, 2010, 2011) y las que van entre Cobija y Michilla hasta Chacance y Huacate (>70 km) (Pimentel y Ugarte 2017). A lo largo de estas rutas existen diferentes tipos de hitos arqueológicos ligados al viaje, destinados al descanso, pernoctación, alimentación, cobijo, ceremonias, señalización, actividades productivas y funebria (Pimentel, 2012). En estos asentamientos los restos de peces marinos son relativamente abundantes, lo que sugiere que debieron ser consumidos como alimento durante las travesías por el desierto (Ballester *et al.*, 2019).

Los entierros humanos junto a las rutas son significativos, pues permiten saber a ciencia cierta quiénes eran los que viajaban por ellas en el pasado (Torres-Rouff *et al.*, 2012a). De todas las sepulturas conocidas en la región, una resulta particularmente ilustrativa de las travesías que estas personas y

colectivos emprendían desde la costa hacia el interior. Se trata de la tumba de un individuo masculino de alrededor de 30 años de edad, hallado en la pampa a casi 40 km del litoral junto a un sendero de aproximadamente 2000 años de antigüedad (Pimentel *et al.*, 2010, 2011). Acompañando al cuerpo había una pequeña bolsita que contenía un anzuelo de espina de cactus y parte de un pescado (Cases *et al.*, 2008), cuya fracción faltante fue encontrada en el estómago del difunto —es decir, fue la comida de su último viaje—. Análisis de isótopos estables de este mismo individuo demostraron que a lo largo de su vida tuvo una dieta marina, con intervalos probablemente asociados a viajes hacia el interior del desierto (Knudson *et al.*, 2012; Pestle *et al.*, 2015a).

La paradoja, entonces, es la siguiente: ¿por qué decidieron construir los arpones siguiendo una receta así de compleja, a partir de materiales tan diversos y lejanos, con todos los costos y sacrificios que implicaba —incluso el de perder la vida en la ruta—, cuando bien podrían haberlos elaborado con materiales obtenidos de las inmediaciones de sus lugares de residencia? En el litoral, donde vivían y cazaban habitualmente numerosos animales marinos, podrían haberse provisto de insumos y materiales suficientes para fabricar los arpones; de hecho, algunas de las sociedades más especializadas en la caza marina confeccionaron sus arpones de una sola pieza, utilizando materiales obtenidos de cetáceos y otáridos (p. e., Betts, 2007; Christensen, 2016; Houmard, 2017), lo que prueba la utilidad y eficacia de estas soluciones técnicas —menos costosas y complejas— para capturar animales marinos. ¿Por qué descartaron su uso los colectivos de la costa de Antofagasta, privilegiando en cambio un diseño que acopla todas estas partes y secciones, basado en el *collage* de materiales diversos, en un ensamblaje de seres disímiles —animales, vegetales y minerales, marinos y terrestres— que además forman un mosaico de paisajes —mar, litoral, cerros, quebradas, pampa, valles y oasis—, todo ello articulado en una misma y extensa red condensada en el cuerpo del arpón?

EPÍLOGO

Esta historia también encierra su propio zorro agazapado, ese que muestra el camino hacia lo que se encuentra más allá de la frontera de lo evidente: nos referimos al gesto —acaso contraintuitivo— de los cazadores litorales de

prescindir de los materiales del mar a la hora de componer un objeto destinado al uso exclusivamente oceánico y sobrerrepresentar, en cambio, aquellos provenientes del desierto interior. Semejante actuar pareciera implicar un interesante juego de exclusiones e inclusiones, prohibiciones y preferencias —de materiales, seres y paisajes— no necesariamente fundadas en criterios prácticos. De ser así, el arpón estaría definido en lo material por una lógica simbólica, la cual posiblemente exprese y reproduzca algún principio estructural mayor propio de la organización social del mundo litoral.

Esta visión alternativa se aproxima bastante a la lectura propuesta por Robert McGhee (1977) para los arpones thule, con la salvedad de que, mientras en el Ártico estos artefactos reproducen las oposiciones derivadas de la estacionalidad de humanos y no humanos, en el desierto de Atacama el juego de distinciones habría perseguido excluir el mar y dar protagonismo al desierto; en otras palabras, relegar lo inmediato y habitual para admitir lo ajeno y (trans)liminal. La razón de este juego pudo ser querer hacer propio el afuera, lo distante, aquello que está más *allá* del *acá*, incrustándolo en el que debe ser el objeto más emblemático de su cultura material, el arpón. El acople de partes, el *collage* de materiales, el ensamblaje de seres y el mosaico de paisajes consolidados en este objeto constituyen un índice de la red en la cual actuaron los colectivos litorales de época prehispanica. Tras esta alternativa, sin embargo, se desenreda una nueva interrogante, ¿por qué inclinarse por tan complejo gesto, considerando los enormes costos sociales y económicos que implicaba remontar el desierto una y otra vez en búsqueda de materiales, para modelar un objeto con el que luego se cazaría en el mar?

La respuesta, tal vez, yazca en el valor y significado que los colectivos litorales atribuyeron al desierto. Esta enorme faja de tierra baldía —por lo mismo, llamada «pampa», la voz quechua para ‘tierra llana’ y ‘todo lo que está fuera del pueblo’ (Bertonio, 1612/1879, tomo 2, p. 246)— los separaba de los otros, es decir, de aquellos que vivían en valles y oasis interiores, pero al mismo tiempo los conectaba, pues a través de ella intercambiaban bienes y productos, con lo cual las costumbres compartidas se afianzaban. En la cultura material costera abundan, de hecho, las prendas de vestir, gorros, contenedores cerámicos, cestos, tabletas de madera, vegetales cultivados, artefactos hechos sobre animales altiplánicos y adornos corporales de procedencia interior, mientras que en los

valles y oasis del desierto se registran a menudo objetos elaborados con conchas del Pacífico, como collares, brazaletes, tobilleras y contenedores, así como también restos de distintas variedades de pescado seco (Ballester y Clarot, 2014; Ballester y Gallardo, 2011, 2017; Ballester *et al.*, 2019; Carrasco *et al.*, 2017; Gallardo *et al.*, 2017a, 2017b; Labarca *et al.*, 2015; Latcham, 1909, 1938; Núñez, 1984; Soto *et al.*, 2018). Tanto en la costa como en el interior, estos bienes y productos foráneos se hallan indistintamente en sitios domésticos y funerarios, lo que sugiere un consumo generalizado y extendido a distintos ámbitos de la vida social. La comida ofrece un ejemplo especialmente evidente de ello: mientras los análisis de isótopos estables de ciertos individuos del interior muestran una dieta alta en carnes marinas, en los restos humanos de la costa suelen detectarse patologías dentales ocasionadas por el consumo de vegetales ricos en azúcares, provenientes de valles y oasis (Ballester y Clarot, 2014; Ballester *et al.*, 2019; Carrasco *et al.*, 2017; Costa y Sanhueza, 1985; Pestle *et al.*, 2015a, 2015b, 2019; Torres-Rouff *et al.*, 2012b).

En este escenario social y geográfico, transformar el desierto en un campo vital significó para el mundo litoral un extraordinario mecanismo cultural para acercarse a aquellos con quienes querían mantenerse en contacto. Fue, en gran medida, en virtud de tales vínculos externos que estas sociedades costeras se construyeron a sí mismas: a través de su relación con los otros (Ballester y Gallardo, 2017). Vista desde esa óptica, la tecnología representó una excelente estrategia material para estrechar y reproducir a través del tiempo lazos entre personas, colectivos, materias, seres, objetos y paisajes que se hallaban distanciados en el espacio. Una vez planteada esta reflexión, parece claro que el arpón era —efectivamente— mucho más que solo caza marina.

AGRADECIMIENTOS

Fondecyt 1160045 y 1190263 (ANID/Chile) y Atacama-SHS (CNRS/Francia). Mi más sincero agradecimiento al Museo de Antofagasta, en especial a Patricio Álvarez, Verónica Díaz, Héctor Ardiles, Nancy Montenegro e Ivo Kuzmanic, por casi una década de apoyo para investigar sus colecciones. No puedo dejar

de destacar la colaboración de Víctor Bustos, Julio Cruz, Agustín Llagostera, Héctor Garcés, Patricia Soto, Mario Rivera, Patricio Núñez (†) y Guacolda Boisset (†) en la recopilación de documentos e información relativa a la historia de estas colecciones. Finalmente, este escrito fue posible gracias al equipo de Bajo la Lupa, responsables de toda la gestión y el trabajo editorial de la publicación.

REFERENCIAS

- Agüero, C. (2002). Textilería de los aborígenes de Arica: La colección del Museo Nacional de Historia Natural (Santiago de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina*, (26), 171-191.
- Arce, I. (1997). *Narraciones históricas de Antofagasta*. Antofagasta: Lama Industriales.
- Ardiles H., Ballester, B. y Clarot, A. (2011). Elección de dieta en poblaciones pasadas costeras de la II Región: una mirada multidisciplinaria. *Informes FAIP*, (14), 83-110.
- Arriagada, C., Cifuentes, A., Meza, D. y Urrea, J. (2013). *Puesta en valor de las colecciones arqueológicas del sector La Chimba*. Fondart Regional 2013, Antofagasta.
- Ballester, B. (2016a). Memorias de té: Conversaciones con Guacolda Boisset Mujica. *Chungará*, 48(3), 359-364.
- Ballester, B. (2016b). El tiempo de El Médano. *Taltalia*, (9), 49-62.
- Ballester, B. (2017a). La pesca y la caza marina en el desierto de Atacama: Luces conceptuales desde los documentos escritos (ss. XVI-XIX). *CUHSO, Cultura-Hombre-Sociedad*, 27(2), 89-120.
- Ballester, B. (2017b). La delgada línea roja: Sogas de arpón de los últimos cazadores marinos del norte de Chile (1000-1500 d. C.). *Revista Chilena de Antropología*, (35), 47-71.
- Ballester, B. (2017c). A la caza del arponaje de la Gente de los Túmulos de Tierra (500 cal. a. C.-700 cal. d. C.). En F. Gallardo, B. Ballester y N. Fuenzalida (eds.), *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a. C.-700 d. C.)* (pp. 67-78). Santiago: CIIR & SCHA.
- Ballester, B. (2017d). Junius Bird y el Muelle de Piedra. *Taltalia*, (10), 15-28.
- Ballester, B. (2018a). El Médano rock art style: Izcuña paintings and the marine hunter-gatherers of the Atacama Desert. *Antiquity*, 92(361), 132-148.

- Ballester, B. (2018b). Tecnología de arponaje en la costa del desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (57), 65-95.
- Ballester, B. (2018c). *Technologie du harponnage sur la côte Pacifique du désert d'Atacama (nord du Chili)*. Oxford: Archaeopress.
- Ballester, B. (2020). Entre mer et désert: techniques, savoir-faire et design d'un type de harpon sur le littoral d'Atacama (nord du Chili). En F. Bouché, L. Bouzagliou, A. Pinto y P. Sauvegeot (eds.), *Artisanat et savoir-faire: archéologie des techniques* (pp. 1-22). Colección Archéo.Doct. Paris: Éditions de la Sorbonne.
- Ballester, B. y Crisóstomo, M. (2017). Percutores líticos de la pampa del desierto de Atacama (norte de Chile): Tecnología, huellas de uso, decoración y talladores. *Chungará*, (49), 175-192.
- Ballester, B. y Clarot, A. (2014). *La gente de los túmulos de tierra*. Santiago: Marmot Impresores.
- Ballester, B. y Gallardo, F. (2011). Prehistoric and historic networks on the Atacama Desert coast (northern Chile). *Antiquity*, (85), 875-889.
- Ballester, B. y Gallardo, F. (2017). Reflexiones sobre valor e intercambio de objetos en la costa de Atacama. *Taltalia*, (10), 53-64.
- Ballester, B., Clarot, A., Bustos, V., Llagostera, A. y Garcés, H. (2014a). Arqueología de la prehistoria de la península de Mejillones: El campamento de Los Canastos 3 desde sus cuadernos de campo y materiales de museo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (43/44), 5-21.
- Ballester, B., Clarot, A. y Llagostera, A. (2014b). El cementerio de Auto Club de Antofagasta y la sociedad litoral entre los 1000 y 1450 d. C. *Hombre y Desierto*, (18), 187-212.
- Ballester, B., Clarot, A. y Bustos, V. (2014c). Chacaya 2: Reevaluación de un campamento arcaico tardío (6000 al 4000 cal. AP) de la costa de Mejillones, II Región, Chile. *Werkén*, (15), 31-48.
- Ballester, B., Calás, E., Labarca, R., Pestle, W., Gallardo, F., Castillo, C., Pimentel, G. y Oyarzo, C. (2019). The ways of fish beyond the sea: The circulation and consumption of fish in the Atacama Desert during the Formative period. *Anthropozoologica*, 54(6), 55-76.
- Barthes, R. (1985). Sémantique de l'objet. En R. Barthes (ed.), *L'aventure sémiologique* (pp. 249-260). Paris: Éditions du Seuil.
- Baudrillard, J. (1968). *Le système des objets*. Paris: Éditions Gallimard.

- Bennyhoff, J. (1950). Californian fish spears and harpoons. *Anthropological Records*, 9(4), 295-337.
- Bertonio, L. (1879). *Vocabulario de la lengua aymara*. Leipzig: B. G. Teubner.
- Betts, M. (2007). The Mackenzie Inuit whale bone industry: Raw material, tool manufacture, scheduling, and trade. *Arctic*, 60(2), 129-144.
- Bird, J. (1943). Excavations in northern Chile. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, 38(4), 173-318.
- Bird, J. (1946). The cultural sequence of the north Chilean coast. En J. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, Vol. II (pp. 587-594). Washington: Smithsonian Institution.
- Bittmann, B. (1984). El proyecto Cobija: investigaciones antropológicas en la costa del desierto de Atacama. En *Actas Simposio de Arqueología Atacameña XLIV Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 99-146). Antofagasta: Universidad del Norte.
- Blanco, J., De la Maza, M. y Rees, C. (2010). Cazadores-recolectores costeros y el aprovisionamiento de recursos líticos. Perspectivas interpretativas de los eventos de talla en el desierto absoluto. *Werkén*, (13), 45-68.
- Blanco, J., Correa, I., Flores, C. y Pimentel, G. (2017). La extracción prehispánica de recursos minerales en el internodo Quillagua-Costa, desierto de Atacama. *Estudios Atacameños*, (56), 77-102.
- Bonnot, T. (2014). *L'attachement aux choses*. París: CNRS Éditions.
- Borie, C., Power, X., Parra, S., Salinas, H., Rostan, P., Galarce, P., Peña, I. y Traverso, F. (2017). Tras la huella del sílice pampino: Nuevas metodologías para el rastreo de las áreas fuente de aprovisionamiento lítico en Taltal. *Estudios Atacameños*, (56), 103-131.
- Bravo, L. (1981). *Abtao-5: Un modelo de adaptación tardía a la costa de la Segunda Región*. (Memoria para obtener el grado de Arqueólogo). Universidad del Norte, Antofagasta.
- Bravo, L. (1985). Una proyección representativa de los recursos ictiotróficos del yacimiento Abtao-5 y sus implicancias socioeconómicas. En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 95-104). La Serena: SCHA - Museo Arqueológico de La Serena.
- Cabello, G. y Estévez, D. (2017). No solo de peces vive el hombre: Vegetales en la costa durante el período Formativo. En F. Gallardo, B. Ballester y N. Fuenzalida (eds.), *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a. C.-700 d. C.)* (pp. 117-130). Santiago: CIIR - SCHA.

- Carrasco, C., Echeverría, J., Ballester, B., y Niemeyer, H. (2015). De pipas y sustancias: Costumbres fumatorias durante el período Formativo en el litoral del desierto de Atacama (norte de Chile). *Latin American Antiquity*, 26(2), 143-163.
- Carrasco, C., Correa, I., Belmar, C., Ballester, B. y Gallardo, F. (2017). Cocinando relaciones interculturales: Residuos adheridos en vasijas cerámicas de grupos cazadores-recolectores marinos del desierto de Atacama (período Formativo, norte de Chile). *Estudios Atacameños*, (55), 85-108.
- Cases, B., Rees, C., Pimentel, G., Labarca, R. y Leiva, D. (2008). Sugerencias desde un contexto funerario en un «espacio vacío» del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 13(1), 51-70.
- Castelleti, J. (2007). *Patrón de asentamiento y uso de recursos a través de la secuencia ocupacional prehispánica en la costa de Taltal*. (Tesis para optar al grado de Magister en Antropología con mención en Arqueología). Universidad Católica del Norte.
- Chervin, A. (1902). Cranes, pointes de flèches en silex et instruments de pêche provenant de la baie d'Antofagasta. *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 5(3), 700-708.
- Christensen, M. (2016). *L'industrie osseuse des chasseurs-cueilleurs: Le cas des nomades marins de Patagonie et Terre de Feu*. Punta Arenas: Ediciones Universidad de Magallanes.
- Costa, M. y Sanhueza, J. (1976). *Poblaciones precolombinas de la costa norte de Chile: Restos óseos humanos de los cementerios de Punta Blanca y Auto Club (Antofagasta)*. Seminario Medio Integral, Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Norte, Antofagasta.
- Cruz, J. y Llagostera, A. (2011). *Prehistoria de Antofagasta. En la ruta de los primeros antofagastinos*. Antofagasta: Morgan Impresores.
- Figueroa, M. (2014). *La industria de madera en la costa arreica de la II Región desde el período Arcaico hasta el Tardío: Propuestas sobre su manejo y ocupación del espacio*. (Memoria para optar al título de Arqueóloga). Universidad de Chile, Santiago.
- Flusser, V. (2002). *Filosofía del diseño. La forma de las cosas*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Gallardo, F. (2019). *El oasis de Quillagua, la frontera interior: Tres siglos de arqueología (desierto de Atacama, norte de Chile)*. San Pedro de Atacama: Quillqa Ediciones.
- Gallardo, F. y Odone, C. (2019). El oasis de Quillagua: Una nota sobre fronteras entre picas y atacamas (río Loa inferior, períodos Intermedio Tardío y Colonial Tardío, norte de Chile). *Antropologías del Sur*, (12), 175-187.

- Gallardo, F., Ballester B. y Fuenzalida, N. (2017a). *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a. C.-700 d. C.)*. Santiago: CIIR - SCHA.
- Gallardo, F., Correa I., Blanco, J. y Pimentel, G. (2017b). Consumption consumes: Circulation, exchange, and value of San Pedro de Atacama black polished ceramics. *Latin American Antiquity*, 28(2), 252-268.
- Gell, A. (1992). The technology of enchantment and the enchantment of technology. En J. Coote y A. Shelton (eds.), *Anthropology, art and aesthetics* (pp. 40-63). Oxford: Clarendon Press.
- Grimberg, D. (2019). *Bosques en el desierto de Atacama: Una aproximación a la economía de los recursos leñosos en la producción de artefactos en sociedades durante el período Formativo Medio y Tardío (500 a. C.-500 d. C.), en la costa norte de la región de Antofagasta*. (Memoria para optar título profesional de Arqueóloga). Santiago: Universidad SEK.
- Guevara, T. (1929). *Historia de Chile, Chile prehispánico*. Santiago: Universidad de Chile.
- Houmard, C. (2017). Exploitation des ivoires marins dans les sociétés de l'Arctique del 'Est nord-américain (~2500 BC-1900 AD). *L'Anthropologie*, 122(3), 546-578.
- Knudson, K., Pestle, W., Torres-Rouff, C. y Pimentel, G. (2012). Assessing the life history of an andean traveller through biogeochemistry: Stable and radiogenic isotope analyses of archaeological human remains from Northern Chile. *International Journal of Osteoarchaeology*, 22(4), 435-451.
- Labarca, R., Calás, E., Gallardo, F., Ballester, B. y Prieto, A. (2015). *Chaetophractus vellerosus* Gray, 1865 (Xenarthra, Dasypodidae) en un cementerio de túmulos de la desembocadura del río Loa (Región de Antofagasta, Chile): Evidencias de conexiones con el altiplano andino, período Formativo Tardío (500 a. C. - 800 d. C.). *Estudios Atacameños*, (50), 47-58.
- Larraín, H. (1966). Contribución al estudio de una tipología de la cerámica encontrada en conchales de la provincia de Antofagasta. *Anales de la Universidad del Norte*, (5), 83-128.
- Larraín, H., Sagredo, E., Cereceda, P., Pérez, L. y Navarro, M. (2005). Archaeological and geographical evidence of guanaco hunting (*Lama guanicoe* Müller 1776) by marine hunters and gatherers at the fog-oasis of Alto Patache, south of Iquique. En *2nd Southern Deserts Conference: Human - Environment Interactions in Southern Hemisphere Deserts: Past, Present, and Future*. Arica, Chile.

- Latcham, R. (1909). El comercio precolombino en Chile y otros países de América. *Anales de la Universidad de Chile*, (125), 241-284.
- Latcham, R. (1933). Notas preliminares de un viaje arqueológico a Quillagua. *Revista Chilena de Historia Natural*, (37), 130-138.
- Latcham, R. (1938). *Arqueología de la región atacameña*. Santiago: Prensas Universidad de Chile.
- Latour, B. (1992). *Aramis ou l'amour des techniques*. Paris: Éditions La Découverte.
- Leroi-Gourhan, A. (1935). Le kayak et le harpon des Eskimos. *La Nature*, (63), 510-512.
- Leroi-Gourhan, A. (1973). *Évolution et techniques. Milieu et techniques*. Paris: Albin-Michel.
- Llagostera, A. (1979). 9700 years of maritime subsistence on the Pacific: An analysis by means of bioindicators in the North of Chile. *American Antiquity*, 44(2), 309-324.
- Llagostera, A. (1989). Caza y pesca marítima. En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* (pp. 57-81). Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Llagostera, A. (1990). La navegación prehispanica en el norte de Chile: Bioindicadores e inferencias teóricas. *Chungará*, (24/25), 37-51.
- Llagostera, A. (1992). Early occupations and the emergence of fishermen on the Pacific coast of South America. *Andean Past*, (3), 87-109.
- Mann, G., Hapfe, H., Martínez, R. y Melcher, G. (1953). Colonias de guanacos –*Lama guanicoe*– en el desierto septentrional de Chile. *Investigaciones Zoológicas Chilenas*, (1), 11-13.
- Marquet, J. (1993). Objects as instruments, objects as signs. En S. Lubar y D. Kingery (eds.), *History from things. Essays on material culture* (pp. 30-40). Smithsonian Institution, Washington.
- Martens, T. y Cameron, J. (2019). Early coastal fiber technology from the Caleta Vitor archaeological complex in northern Chile. *Latin American Antiquity*, 30(2), 287-299.
- Mason, O. (1902). Aboriginal American harpoons. A study in ethnic distribution and invention. *Report of the United States National Museum*, (1900), 189-304.
- Mauss, M. (1906). Essai sur les variations saisonnières des sociétés eskimos. Étude de morphologie sociale. *L'Année Sociologique*, (9), 39-132.

- McGhee, R. (1977). Ivory for the sea women: The symbolic attributes of a prehistoric technology. *Canadian Journal of Archaeology*, (1), 141-149.
- Mengozi, F., Contreras, R., Andrade, P., Power, X., Flores, C., Salazar, S., Bravo, G., Urrea, J., Fernandes, R. y Hamann, C. (2016). Reconstrucción de un contexto funerario disturbado: Artefactos y ecofactos del sitio El Gaucho (2325 cal. AP), costa arreica del norte de Chile. *Taltalia*, (9), 7-25.
- Moles, A. (1969). Objet et communication. *Communications*, (13), 1-22.
- Montenegro, N. (2016). Reseña histórica del Museo de Antofagasta dependiente de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam) 1984-2015. *Revista CIIAR*, (2), 77-81.
- Mostny, G. (1964a). *Arqueología de Taltal: Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. Santiago: Dibam.
- Mostny, G. (1964b). Nuevas secciones abre el Museo Regional de Antofagasta. *Notiario Mensual del Museo de Historia Natural*, (95), 7-8.
- Mumford, L. (1952). *Art and technics*. Nueva York: Columbia University Press.
- Núñez, L. (1976). Registro regional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (4), 69-111.
- Núñez, L. (1984). *Tráfico de complementariedad de recursos entre las tierras altas y el Pacífico en el área centro sur andina*. (Tesis de Doctorado). Universidad de Tokio, Tokio.
- Peralta, P., González, C., Westfall, C. y Santander, G. (2010). Primeras aproximaciones sobre la arqueología de Pampa Austral: Explotación y tecnología lítica al interior de la región de Atacama (Chile). En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I (pp. 297-306). Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Pestle, W., Torres-Rouff, C., Hubbe, M., Santana, F., Pimentel, G., Gallardo, F. y Knudson, K. (2015a). Explorando la diversidad dietética en la prehistoria del desierto de Atacama: Un acercamiento a los patrones regionales. *Chungará*, 47(2), 201-209.
- Pestle, W., Torres-Rouff, C., Gallardo, F., Ballester, B. y Clarot, A. (2015b). Mobility and exchange among marine hunter-gatherer and agropastoralist communities in the Formative Period Atacama Desert. *Current Anthropology*, 15(1), 121-133.
- Pestle, W., Torres-Rouff, C., Gallardo, F., Cabello, G., Smith, E. y Clarot, A. (2019). The interior frontier: Exchange and interculturalism in the Formative period (1000 B.C.-A.D. 400) of Quillagua, Antofagasta region, northern Chile. *Quaternary International*, (533), 25-36.

- Pfaffenberger, B. (1991). Social anthropology of technology. *Annual Review of Anthropology*, (21), 491-516.
- Pimentel, G. (2012). *Redes viales prehispánicas en el desierto de Atacama. Viajeros, movilidad e intercambio*. (Tesis doctoral). Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
- Pimentel G. y Ugarte, M. (2017). La agencia costera en la pampa del desierto de Atacama. En F. Gallardo, B. Ballester y N. Fuenzalida (eds.), *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a. C.-700 d. C.)* (pp. 25-38). Santiago: ICIIS - SCHA.
- Pimentel G., Rees, C., Souza, P. y Ayala, P. (2010). Estrategias de movilidad del período Formativo en la depresión intermedia, desierto de Atacama. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II (pp. 1353-1364). Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Pimentel, G., Rees, C., Souza, P. y Arancibia, L. (2011). Viajeros costeros y caravaneros. Dos estrategias de movilidad en el período Formativo del desierto de Atacama, Chile. En L. Núñez y A. Nielsen (eds.), *En ruta. Arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino* (pp. 43-81). Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Pimentel, G., Ugarte, M., Blanco, J., Torres-Rouff, C. y Pestle, W. (2017). Calate. De lugar desnudo a laboratorio arqueológico de la movilidad y el tráfico intercultural prehispánico en el desierto de Atacama (ca. 7000 AP-550 AP). *Estudios Atacameños*, (56), 23-58.
- Pinder, D., Gallardo, F., Cabello, G., Torres-Rouff, C. y Pestle, W. (2019). An isotopic study of dietary diversity in formative period Ancachi/Quillagua, Atacama Desert, northern Chile. *American Journal of Physical Anthropology*, 170(4), 613-621.
- Polanyi, K. (1947). *The great transformation*. Nueva York: Farrar & Rinehart Inc.
- Polanyi, K. (1974). El sistema económico como proceso institucionalizado. En M. Godelier (ed.), *Antropología y economía* (pp. 155-178). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Pomar, L. (1887). Exploración hidrográfica entre la rada de Antofagasta i la desembocadura del río Loa. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, (12), 3-63.
- Pye, D. (1978). *The nature & aesthetics of design*. Londres: The Herbert Press.
- Quiroz, D. y Olivares, J. (1989). Una punta de arpón «cabeza de zorro», de la zona del Beagle. *Museos*, (5), 10-12.

- Rivera, M. y Zlatar, V. (1985). Estólicas en el desarrollo cultural temprano prehispánico del norte de Chile. En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 14-34). La Serena: Dibam.
- Salazar, D., Castro, V., Michelow, J., Salinas, H., Figueroa, V. y Mille, B. (2010a). Minería y metalurgia en la costa de la región de Antofagasta, extremo norte de Chile. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, (15), 9-23.
- Salazar, D., Figueroa, V., Mille, B., Morata, D. y Salinas, H. (2010b). Metalurgia prehispánica en las sociedades costeras del norte de Chile (quebrada Mamilla, Tocopilla). *Estudios Atacameños*, (40), 23-42.
- Salazar, D., Jackson, D., Guendon, J., Salinas, H., Morata, D., Figueroa, V., Manríquez, G. y Castro, V. (2011). Early Evidence (ca. 12000 BP) for iron oxide mining on the Pacific coast of South America. *Current Anthropology*, 52(3), 463-475.
- Salazar, D., Figueroa, V., Andrade, P., Salinas, H., Power, X., Rebolledo, S., Parra, S., Orellana, H. y Urrea, J. (2015). Cronología y organización económica de las poblaciones arcaicas de la costa de Taltal. *Estudios Atacameños*, (50), 7-46.
- Santana, F., Hubbe, M. y Uribe, M. (2015). Isotopic evidence for marine consumption and mobility in the Atacama Desert (Quillagua, northern Chile). *International Journal of Osteoarchaeology*, 26(3), 476-489.
- Sénéchal de la Grange, E. (1903). Pointes de flèches provenant de la baie d'Antofagasta (Chili). *L'homme Préhistorique*, 1(6), 161-165.
- Simondon, G. (2007). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Skinner, H. (1937). Maori use of the harpoon. *The Journal of the Polynesian Society*, 46(2), 63-73.
- Soto, C., Power, X. y Ballester, B. (2018). Circulación de objetos perforados de concha: Aportes para la interpretación de su rol en las relaciones sociales del desierto de Atacama entre los 6000-3500 AP. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 23(1), 51-69.
- Spahni, J. (1967). Recherches archéologiques à l'embouchure du río Loa (Côte du Pacifique-Chili). *Journal de la Société des Américanistes*, 56(1), 181-239.
- Stordeur, D. (1980). Typologie et techniques de fabrication des harpons paléoesquimaux de la région d'Iglouluk (Canada). *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 77(8), 239-244.

- Torres-Rouff, C., Pimentel, G. y Ugarte, M. (2012a). ¿Quiénes viajaban? Investigando la muerte de viajeros prehispánicos en el desierto de Atacama (ca. 800 a. C.-1536 d. C.). *Estudios Atacameños*, (43), 167-186.
- Torres-Rouff, C., Pestle, W. y Gallardo, F. (2012b). Eating fish in the driest desert in the world: Osteological and biogeochemical analyses of human skeletal remains from the San Salvador cemetery, north Chile. *Latin American Antiquity*, 23(1), 51-69.
- Uhle, M. (1917). Sobre la estación paleolítica de Taltal. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología*, (1), 31-50.
- Vidal, R. (1876). Jeografía náutica de Bolivia. *Anales de la Universidad de Chile*, (48), 675-707.

MÁS QUE SIMPLES ADORNOS UNA NUEVA MIRADA A LA COLECCIÓN DE TEMBETÁS DEL MUSEO DEL LIMARÍ

Rolando González

INTRODUCCIÓN

Los primeros trabajos científicos en torno a la prehistoria del Norte Semiárido (NSA) buscaron situar los desarrollos humanos que allí se produjeron dentro de una secuencia histórico-cultural, basándose en los atributos materiales de cada período. Así, por ejemplo, Francisco Cornely definió en la década de 1940 la que denominó como «cultura El Molle» en función de los contextos funerarios registrados en la localidad homónima del valle del Elqui, los cuales arrojaron un conjunto artefactual que difería de lo que hasta entonces se conocía para la cultura diaguita (Cornely, 1944). Con el avance de las investigaciones, El Molle —conceptualizado ahora como complejo cultural— terminaría caracterizando el Período Alfarero Temprano (PAT) en el NSA, con expresiones materiales comunes en todas las cuencas del territorio (Niemeyer, Castillo y Cervellino, 1989; Troncoso, Cantarutti y González, 2016a).

El principal elemento material a partir del cual se lo definió fue la cerámica, tecnología en la que los grupos Molle fueron pioneros dentro del NSA y cuya producción comprende vasijas monocromas restringidas (jarras, vasos altos y ollas), de paredes delgadas y con decoraciones incisas, grabadas y modeladas (Pérez, 2015; 2018). Otros artefactos característicos del PAT son las pipas en forma de «T» invertida, asociadas a un complejo fumatorio, y el tembetá (fig. 1), un artefacto de modificación y ornamentación labial profusamente encontrado en sitios arqueológicos adscritos a este período (Niemeyer *et al.*, 1989). Más que reflejar una homogeneidad cultural, la presencia de esta tríada material sugeriría —como veremos— la existencia de factores ideacionales compartidos, de los cuales cada comunidad del NSA se habría apropiado conforme a sus devenires históricos particulares (Troncoso y Pavlovic, 2013; Troncoso *et al.*, 2016a).



Figura 1. Tembetá lítico del tipo cilíndrico recto procedente del sitio Planta Lechera, Ovalle. Museo del Limarí, Colección Estadio Fiscal de Ovalle, n.o inv. 778. Fotografía de Juan Pablo Turén.

De acuerdo con el paradigma neolítico que por décadas dominó la arqueología en la zona, hasta los años '90 se consideró que la aparición de la cerámica en el NSA suponía la consolidación de una vida aldeana y pastoril (Ampuero e Hidalgo, 1975; Niemeyer *et al.*, 1989). Estudios más recientes, sin embargo, han puesto en tela de juicio tal supuesto, planteando que la alfarería no necesariamente marcó un quiebre en las dinámicas de ocupación y modos de vida, aun cuando se la asocie a transformaciones en algunos elementos del registro arqueológico (Méndez *et al.*, 2009; Pavlovic, 2004; Troncoso *et al.*, 2016b).

Desde el punto de vista territorial, se ha observado que el PAT tendría expresiones materiales y dinámicas de ocupación particulares en los distintos valles que componen el NSA, diferenciándose, al menos, tres zonas: Copiapó-Huasco, Elqui-Limarí y Combarbalá-Choapa (Troncoso y Pavlovic, 2013). Los valles septentrionales serían los únicos que se ajustarían a las nociones clásicas de las primeras poblaciones alfareras, según lo demuestran la existencia de aldeas en la zona superior del valle de Copiapó y las evidencias de cultivos; su expresión funeraria característica son los túmulos (Niemeyer *et al.*, 1989; Troncoso y Pavlovic, 2013). En los valles de Elqui y Limarí, en

cambio, se registran enterratorios señalizados con ruedos de piedra y dotados de arquitectura interior (Niemeyer *et al.*, 1989; Troncoso y Pavlovic, 2013). Limarí en particular muestra un patrón de asentamiento de pequeñas ocupaciones emplazadas en terrazas bajas de quebradas asociadas a bloques de arte rupestre y piedras tacitas (Troncoso *et al.*, 2016a), sitios denotativos de una movilidad residencial que articularía los sectores bajos con los interiores de la cuenca, reocupando espacios del Arcaico Tardío, pero disminuyendo considerablemente la ocupación costera (Troncoso *et al.*, 2016b). Por último, los valles meridionales del NSA habrían estado habitados por grupos alfareros de alta movilidad, con manejo de cultivos a pequeña escala, pero aún fuertemente dependientes de la caza y la recolección (Méndez y Jackson, 2008); la funebria de esta zona se caracteriza por un patrón de entierros simples sin señalización alguna (Troncoso y Pavlovic, 2013).

De las expresiones materiales características del PAT, en los últimos años tanto la cerámica como las pipas han sido objeto de investigaciones científicas individuales y colectivas (Westfall, 1993-1994; Pérez, 2015; Planella *et al.*, 2018). Sobre los tembetás, en cambio, se conocen escasos trabajos, limitados por lo demás a la descripción de sus características tipológicas y tecnológicas generales, sin dar cuenta de los rasgos diferenciales que presentan en las distintas cuencas e interfluvios del NSA (Cornely, 1944; Niemeyer, 1955; Iribarren 1950; Castillo y Kuzmanic 1979-1981; Niemeyer *et al.*, 1989). Solo recientemente ha comenzado a abordarse este objeto de manera sistemática, aunando la información disponible, planteando interpretaciones respecto de su variabilidad territorial y examinando su relación con el cuerpo y las identidades de los sujetos que los portaron (González, 2018a).

Para continuar avanzando en esa dirección, el presente trabajo se propone estudiar los 21 tembetás conservados en el Museo del Limarí, todos ellos provenientes del valle del río homónimo y sus afluentes. Si bien los antecedentes contextuales específicos de los ejemplares son bastante escasos —ya sea porque ingresaron a la colección en una época en que las excavaciones arqueológicas se efectuaban con bajos grados de resolución o por tratarse de hallazgos fortuitos—, en la mayoría se conoce, al menos, el lugar de procedencia, lo que permite situarlos dentro de un marco geográfico general. Sobre la base de estos datos y de la información que en sí mismas contienen las piezas,

se analizan sus características morfológicas, tecnológicas y de uso, para luego reflexionar acerca de la implicación que tuvieron en la vida cotidiana y los cuerpos de sus usuarios. A partir de lo anterior, se plantean interpretaciones sobre la variabilidad de estos artefactos en el NSA, coherente con las particularidades que muestra el PAT en el valle del Limarí.

LAS MODIFICACIONES Y ADORNOS CORPORALES: UNA VÍA DE ENTENDIMIENTO DE LOS CUERPOS DEL PASADO

El cuerpo ha estado imbricado en el quehacer arqueológico desde los orígenes de esta disciplina, ya sea a través del estudio de los restos bioantropológicos, de las representaciones antropomorfas en la cultura material o de los elementos de ornamentación y vestuario utilizados por los sujetos en el pasado. Para abordarlo, se han propuesto diversas interpretaciones, todas ellas correspondientes a construcciones sociohistóricas que muestran maneras de hacer, dramatizar y reproducir diversas dinámicas sociales, materializadas en proyectos corporales determinados (Esteban, 2013). Dado que el artefacto que nos ocupa se vincula a prácticas de modificación y ornamentación labial, el enfoque teórico que se adopte respecto del cuerpo resulta crítico para su análisis.

Acorde con los valores culturales imperantes en Occidente, el paradigma biomédico dominó por mucho tiempo las ciencias arqueológicas, reduciendo los cuerpos a representaciones hegemónicas e idealizando sus diferencias, sobre todo aquellas ligadas al sexo, el género y la sexualidad. Semejante visión a menudo sustentó discursos que simplifican, heteronorman y destemporalizan las identidades sociales de los pueblos, contribuyendo a la reproducción de interpretaciones etnocéntricas y sexistas de los cuerpos del pasado (Appadurai, 1991; Geller, 2009). Bajo esta concepción, objetos como el tembetá fueron considerados como meros ornamentos, disociados del cuerpo y desprovistos de cualquier tipo de agencia¹, obviando la relación estrecha que mantienen con sus usuarios.

¹ Capacidad que posee un elemento (ya sea humano o no humano) de actuar en el mundo y generar impactos sobre él.

Desde la etnografía, sin embargo, fueron surgiendo nociones alternativas respecto de la ornamentación, a partir de los significados y las funciones que esta tiene dentro de la cosmovisión y modos de vida de ciertos grupos humanos. Conforme a esta perspectiva, los adornos, la vestimenta y la pintura corporal, entre otros elementos que bajo la mirada occidental se consideran extrínsecos al cuerpo, pueden ser vistos como partes integrales suyas (Polhemus, 1978).

Ideas provenientes de la teoría antropológica apuntan en una dirección similar. Gell (1998), por ejemplo, plantea la noción de «persona distribuida», según la cual esta puede conformarse a partir de distintos componentes, no todos necesariamente físicos, que actúan extendiendo su agencia de manera recursiva. De manera análoga, Watts (2013) conceptualiza los cuerpos como «entidades procesales», es decir, que se modifican constantemente mediante la incorporación —a través de distintas vías— de sustancias humanas y no humanas, entre las cuales incluye los alimentos, los fluidos corporales, los medicamentos, la vestimenta y los adornos.

Ahora bien, cualquiera sea el enfoque teórico que adoptemos, es preciso recordar que este siempre vendrá determinado por su contexto histórico y, por tanto, no expresa una condición natural ni intrínseca de los cuerpos (Robb y Harris; 2013; Esteban, 2013; Butler, 2018). Con todo, pensar la corporalidad más allá de lo estrictamente biológico permite enriquecer el análisis de los elementos que con él interactúan con una serie de dimensiones usualmente marginadas de las interpretaciones clásicas, tales como la performatividad, los simbolismos, los procesos identitarios, la pertenencia social, la interacción cotidiana y, por cierto, la agencia de los propios objetos.

LOS TEMBETÁS EN EL NORTE SEMIÁRIDO

El tembetá es un artefacto de modificación y ornamentación corporal comúnmente usado debajo del labio inferior. Aunque varía considerablemente en forma y tamaño, por lo general se compone de un cuerpo (extremo distal) que atraviesa la piel del labio y de una base (extremo proximal) que mantiene la pieza sujeta a la boca, permaneciendo en contacto directo con los dientes y la mandíbula del portador (Keddie, 1981; Torres-Rouff, 2010; González,

2018a). Si bien en el Norte Semiárido solo se conocen tembetás de piedra, cerámica y hueso, en regiones como la Amazonía, Norteamérica o África se los encuentra confeccionados también en otras materias primas, como madera, resina, marfil y metal (fig. 2).

En efecto, el uso de tembetás se ha registrado en distintas culturas y lugares del mundo, tanto en contextos arqueológicos como entre grupos que aún los utilizan, sin que sus significados hayan sido esclarecidos del todo (Iribarren, 1950; Brain, 1979; Keddie, 1981; 1989; Torres-Rouff, 2008, La Salle, 2013). A partir de lo observado en comunidades etnográficas, se ha planteado que la práctica de adornar los orificios naturales del cuerpo (boca, oreja o nariz) podría relacionarse con la idea de evitar el ingreso de espíritus a través de ellos o, en el caso específico de la boca y los labios, con la importancia social que se otorga en ciertos contextos sociales a la oratoria (Seeger, 1975; Brain 1979). Diversos estudios vinculan los tembetás, asimismo, con ritos de paso asociados a procesos de maduración, adultez y diferenciación social (Brain, 1979; Keddie, 1989; La Salle, 2013).

La mayor parte de los trabajos dedicados a estos artefactos se ha abocado a conocer los simbolismos que subyacen a su utilización, pero pocos han prestado atención a sus regímenes de uso, su manejo cotidiano o sus dinámicas de reemplazo o traspaso. Uno de ellos, referido a la tribu brasileña de los Suyá, describe que los hombres que utilizan adornos labiales –correspondientes a discos de gran tamaño– no pasan mucho tiempo sin ellos, pues los quitan solo para lavarse los labios o bañarse (Seeger, 1975).

En Chile, hasta hace poco se presumía que el uso de tembetás se había extendido desde los pueblos del salar de Atacama por el norte hasta las poblaciones alfareras tempranas de la zona central por el sur (Iribarren 1950, Niemeyer *et al.*, 1989). Recientemente, sin embargo, el hallazgo de ejemplares asociados a cultura material de los períodos alfareros en la zona de Renaico, Región de la Araucanía –los más australes de los que se tenga conocimiento hasta ahora en Chile–, ha ampliado su rango de distribución (González, 2018b). Pese a ello, sigue siendo en el NSA donde este artefacto registra las particularidades más notables.



Figura 2. Erland Nordenskiöld. «Anciano chiriguano con gran botón labial. Tihuipa», 1908. Registro fotográfico de la expedición sueca de Hernmarck (1908-1909) a Argentina y Bolivia. Fuente: <http://collections.smvk.se/carlotta-vkm/web/object/1272155>

La primera de ellas corresponde a su extraordinaria variabilidad de formas, reflejada en la presencia de, al menos, 11 tipos generales (fig. 3), de acuerdo con la tipología propuesta anteriormente en González (2018a)². Entre ellos se encuentran algunas de las morfologías más comunes, como el tembetá discoidal con alas y el cilíndrico, pero también variantes exclusivas de estos territorios, como los de los tipos botellita recto y botellita curvo, plano, lobulado, cónico y fusiforme (González, 2018a).

Algo similar ocurre con las materias primas, cuyo repertorio incluye una amplia variedad de rocas –combarbalita, mármol y diversas piedras talcosas, presumiblemente todas de origen local³– y, en menor medida, cerámica y huesos de animales que no ha sido posible identificar debido al fino acabado de las piezas. Como consecuencia de lo anterior, los tembetás del NSA lucen una multiplicidad de colores –verde, rojo, amarillo, negro, azul, turquesa, rosado y café en distintas tonalidades, entre otros–, todos ellos propios de las piedras mismas, pues no se ha detectado el uso de pigmentos (González, 2018).

También se ha advertido la existencia de diferencias morfológicas, tecnológicas y decorativas entre las distintas zonas del NSA. En los valles septentrionales (Copiapó y Huasco), por ejemplo, predominan los tembetás del tipo discoidal con alas, de cuerpos cortos y gruesos, en tanto que los provenientes de los valles centrales (Limarí y Combarbalá) tienden a ser más alargados y delgados (González, 2018a). Este aspecto pudo incidir sobre el modo de exhibir las piezas: en el caso de las primeras, menos prominentes, el punto de vista preferente habría sido el frontal, mientras que las segundas, al proyectarse más ostensiblemente desde el mentón, habrían sido visibles desde diferentes ángulos (fig. 4) (González, 2018a).

² Definida a partir de la sistematización de una importante cantidad de piezas alojadas en museos chilenos (Museo del Limarí, Museo Regional de Atacama, Museo de Vallenar Alfonso Sanguinetti Mulet, Museo Arqueológico de La Serena, Museo de Historia Natural de Valparaíso, Museo Nacional de Historia Natural y Museo Chileno de Arte Precolombino) y de las descripciones contenidas en los primeros trabajos sobre la materia (Iribarren, 1950; Niemeyer et al., 1989).

³ Para conocer mejor las materias primas de los tembetás –y corroborar, de paso, su origen– se requieren estudios petrográficos especializados, pues las cuidadosas terminaciones de las piezas dificultan la identificación macroscópica de las rocas.



Figura 3. Tipología de tembetás del Norte Semiárido: (a) botellita curvo; (b) plano; (c) cilíndrico curvo; (d) botellita recto; (e) cilíndrico aguzado curvo; (f) discoidal con alas; (g) cilíndrico aguzado recto; (h) cilíndrico recto; (i) cónico; (j) fusiforme; (k) lobulado. Fuente: González (2018a).

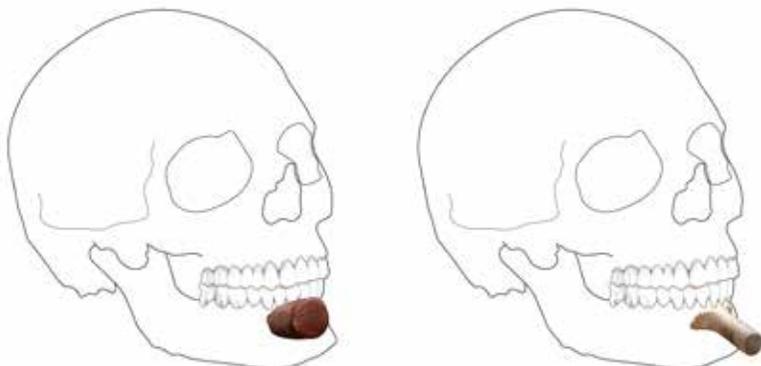


Figura 4. Aspecto de dos tipos de tembetás –uno menos y otro más prominente– al momento de ser usados. Elaboración propia.

Los tembetás del valle del Elqui, en tanto, acusan cierta inclinación por las formas, tamaños y decoraciones que se observan en Atacama, aunque también integran expresiones características de los valles centrales del NSA. Lo mismo se aprecia en los sitios arqueológicos Molle ubicados en el interfluvio Huasco-Elqui, cuyos tembetás se asemejan bastante a los del valle elquino (González, 2018a).

Junto con ser la zona del NSA donde se registra la mayor cantidad de tembetás cerámicos, el valle del Choapa se distingue por una mayor prevalencia de los tipos cilíndrico recto y discoidal con alas, de longitud reducida y poca variedad de colores –rasgos que confieren a este territorio un carácter único dentro de la región–. Además, la excepcional delgadez de un número importante de ejemplares ha llevado a interpretarlos como probables tembetás iniciales, es decir, aquellos que se utilizan en las primeras etapas del proceso de perforación y dilatación labial (González, 2018a).

Otro aspecto interesante de analizar en los tembetás es su dimensión de uso. Hasta aquí, investigaciones en restos bioantropológicos del PAT habían identificado la existencia de huellas asociadas a la utilización de estos artefactos en las mandíbulas inferiores y dientes de algunos individuos (Quevedo, 1982; Torres-Rouff, 2010). Los últimos estudios efectuados sobre tembetás

del NSA, sin embargo, han detectado marcas atribuibles al roce constante en las piezas mismas (fig. 5), algunas tan tenues que resultan apenas perceptibles y otras de extensión y profundidad considerables (González, 2018a).



Figura 5. Huellas de uso marcadas en la cara interna de la base de un tembetá cilíndrico curvo. Museo Chileno de Arte Precolombino, Colección Durruty, n.o inv. MAS-1389A. Fuente: González (2018a).

LOS TEMBETÁS DEL MUSEO DEL LIMARÍ

La colección del Museo del Limarí consta de 21 tembetás líticos en distintos estados de completitud, todos provenientes de sitios arqueológicos de la cuenca del Limarí y sus afluentes, y de quebradas cercanas. Si bien se conoce la procedencia específica de la mayoría de ellos (fig. 6), su información contextual es bastante pobre, lo que se explica por tratarse de hallazgos fortuitos y donaciones de particulares (Pérez, 2018).



Figura 6. Distribución geográfica de los sitios arqueológicos de donde proceden los tembetás de la colección del Museo del Limarí. Elaboración propia.

Por ejemplo, de los dos tembetás procedentes del sitio Planta Lechera (también conocido como «Planta Pisco Control», adyacente a los hallazgos del Estadio Fiscal de Ovalle), solo sabemos que uno de ellos fue obsequiado al Museo por Alejandro Esquivel, mas no si la fecha de 1972 que señala el registro corresponde a la de su obtención o de su donación (Cantarutti, 2002). En el caso de los tembetás del área de Rapel (Los Molles), los donantes —entre ellos, Guillermo Durruty y Samuel Guerra, integrantes de la Sociedad Arqueológica de Ovalle (década de 1960)— no documentaron los contextos

de procedencia, por lo que no se conocen más datos⁴ (Pérez, 2018). Con todo, la información que los objetos en sí mismos nos proporcionan es lo suficientemente valiosa como para ensayar una aproximación inicial a la dinámica de los tembetás en la cuenca del Limarí.

Dentro de los tipos generales representados en la colección se encuentran los tembetás de botellita, una de las formas más clásicas registradas en el NSA. Se caracterizan por poseer un cuerpo recto o curvo perpendicular a la base y una sección proximal de forma cónica («botellita») cuyo espesor disminuye hacia la parte distal, la cual presenta un grosor regular desde el término de la botellita hasta la punta misma del tembetá (González, 2018a). Llama la atención que los ejemplares de este tipo que conserva el Museo provienen todos de Los Molles⁵ y son notoriamente más cortos respecto de los tembetás de botellita que se conocen de otros sitios arqueológicos de la cuenca del Limarí (como los del cementerio de La Turquí, por ejemplo); algunos presentan, además, una sección distal terminada en punta, rasgo poco común en el NSA para esta morfología. Entre todas, sobresale una pieza del tipo botellita recto confeccionada sobre una roca de color turquesa claro que no se ha observado en ningún otro tembetá de la región, cuyo tipo y origen no han podido ser reconocidos debido a la prolijidad del acabado (fig. 7 superior).

También se identifican tembetás de los tipos cilíndrico recto, provenientes de los sitios Altar Alto (Punitaqui), Planta Lechera (Ovalle) y Los Molles (Valle de Rapel); cilíndrico aguzado recto, de los sitios Valle El Encanto y Los Molles; discoidal con alas, correspondiente a un hallazgo en el sector de Las Cardas; y una pieza plana obtenida en el sitio Los Molles (fig. 7 inferior), la única de su tipo registrada hasta el momento en el NSA, salvo por otra precedente de la localidad de Pama, cercana a Combarbalá, alojada en el Museo Arqueológico de La Serena.

⁴ Cabe mencionar que la Colección Durruty comprende más de 150 tembetás, actualmente bajo custodia del Museo Chileno de Arte Precolombino (y antes pertenecientes al Museo Arqueológico de Santiago). De ellos solo se sabe que provienen de la Región de Coquimbo.

⁵ Pérez (2018) advierte que los materiales de la colección del Museo del Limarí descritos como procedentes de «Los Molles» probablemente provengan, en parte, del sitio El Palomo, cementerio situado a los pies del cerro Cuaderno que, por desgracia, ha sido intensamente saqueado.



Figura 7. Dos tembetás líticos del sitio Los Molles, Rapel: arriba, ejemplar del tipo botellita recto; abajo, ejemplar plano, probablemente de crisocola. Museo del Limarí, Colección Arqueológica, n.os inv. 00781b y 00783c. Fotografías de Juan Pablo Turén.

El tembetá plano de la colección está elaborado en una roca de color turquesa intenso con vetas verdes y café –probablemente crisocola–, muy utilizada en diversos artefactos de la prehistoria del NSA (cuentas de collar, por ejemplo). Su uso en la confección de tembetás, sin embargo, se circunscribe a la zona del Limarí, lo que –considerando la abundancia de esta materia prima en toda la región– sugeriría una elección no supeditada a la variable del acceso por parte de los artesanos (González, 2018a).

Tal como se describió para otras piezas del NSA en González (2018a), dentro de la colección del Museo del Limarí se detectaron 4 tembetás con probables huellas de uso en la cara interna de la base, las que van desde pequeñas depresiones pareadas hasta hundimientos más extensos y marcados (fig. 8). Considerando que la dureza de las piezas supera considerablemente la de las partes del rostro con las que tenían contacto, la presencia de tales marcas demostraría una utilización muy prolongada e intensiva de estos tembetás, probablemente por más tiempo del atribuible a un único usuario –dicho de otro modo, es posible que hayan sido transferidos o heredados de un sujeto a otro–. Con ello, también resulta plausible pensar que una misma persona pudo emplear más de un tembetá a lo largo de su vida, como parte de procesos de dilatación labial paulatina (González 2018a) y –por qué no– en función de determinados contextos sociales a los cuales el tembetá estaba asociado.

Como sea, para interpretar adecuadamente estas huellas se requiere de un análisis exhaustivo que contemple variables tales como los tipos de roca de las piezas y su dureza, la acción química de la saliva, las formas de las marcas, la ergonomía específica de las bases de los tembetás que las exhiben y la contrastación con las evidencias bioantropológicas disponibles. A partir de estos antecedentes se podría estimar el tiempo necesario para que se produzcan huellas de uso en un tembetá e indagar, por ejemplo, cómo esta práctica pudo influir en la salud oral de sus usuarios.

Por último, en relación con las evidencias tecnológicas, la ya referida prolijidad en las terminaciones que caracteriza a los tembetás impide en el caso de la colección estudiada rastrear con facilidad los procesos de manufactura, pues las estrías de pulido visibles en las superficies corresponden únicamente a las últimas etapas del labrado. Ni la intensidad ni la direccionalidad de estas

marcas representan, por tanto, un elemento muy significativo al momento de establecer distinciones o agrupaciones entre las diferentes cuencas del NSA (González, 2018a).



Figura 8. Detalle de probables huellas de uso en la cara interna de la base de un tembetá lítico discoidal con alas. Sitio de procedencia no identificado. Museo del Limarí, Colección Arqueológica, n.o inv. 894. Fotografía del autor.

En síntesis, los tembetás de la colección del Museo del Limarí ofrecen una muestra representativa del panorama material general de la cuenca del Limarí, ya que dan cuenta de una gran diversidad de formas, tamaños,

colores y materias primas líticas que no se observan con tal variedad en otros territorios del NSA (González, 2018a). Pese a estar presente en los distintos contextos de los cuales provienen los tembetás, esta característica se acentúa aun más en los cementerios con ruedas de piedras identificados en la zona, tales como los de La Turquía, Farellón e Infiernillo, en la zona alta del Río Hurtado, o los de la cuenca de Rapel, cercanos a Los Molles. En función de su carácter funerario y particularidades materiales, estos sitios se han definido como lugares de agregación social con una alta carga simbólica e interacción de diferentes esferas (vida, muerte, ritos, memoria, entre otras), condiciones que los constituirían como lugares de gran importancia para las poblaciones Molle —lo que podría explicar la extraordinaria diversidad material que en ellos se encuentra (Pérez, 2015; González, 2018a)—.

DISCUSIÓN: LOS TEMBETÁS COMO TESTIGOS MATERIALES DE LAS IDENTIDADES Y CORPORALIDADES DE LOS GRUPOS ALFAREROS TEMPRANOS.

Como ya se ha visto, la práctica de modificación y ornamentación corporal por medio del tembetá está presente en toda el área del NSA durante el PAT, extendiéndose su uso incluso a zonas vecinas. Considerado como uno de los elementos materiales definitorios de lo que se conoce como «complejo cultural El Molle», el uso del tembetá sirvió en un principio para otorgar cierta homogeneidad a este desarrollo humano; sin embargo, una vez examinadas y sistematizadas las características específicas de los ejemplares registrados, se advirtió que existían diferencias al interior del NSA, sobre todo entre las distintas cuencas (González, 2018a), tal como ha ocurrido con otras evidencias del registro arqueológico (Niemeyer *et al.*, 1989; Troncoso y Pavlovic, 2013; Pérez, 2015; Troncoso *et al.*, 2016a; Planella *et. al.*, 2018).

Dentro del gran escenario geográfico del NSA conviven, por un lado, distintas tradiciones de manufactura, expresadas en la elección de las materias primas, las múltiples formas y estructuras de las piezas, el tratamiento y acabado de la piedra, y sus colores. En cada una de esas decisiones se pone de manifiesto la relación estrecha del ser humano con el ambiente, así como el profundo conocimiento de las propiedades de las rocas por parte de los artesanos.

Esa variabilidad material se relaciona, a su vez, con una diversidad corporal, visible en los componentes performáticos de los tembetás —es decir, en los modos de exhibirlos—. La evidencia material muestra tendencias diferenciadas respecto de, por ejemplo, la presencia o ausencia de piezas muy delgadas y cortas, las cuales —como se señaló anteriormente— podrían haber sido empleadas durante las primeras etapas de la perforación labial. Ejemplares de estas características se han hallado únicamente en el valle del Choapa, lo que podría sugerir que en las demás cuencas la perforación inicial de los labios se efectuó bien mediante artefactos de materias primas que no se preservaron en el registro arqueológico (espinas, madera o huesos), bien practicando perforaciones más invasivas desde un comienzo (González, 2018a).

El valle del Limarí es el que registra mayor variedad de tembetás en todo el NSA, rasgo que la colección analizada refleja bien. Las diferencias internas entre las formas, colores y dimensiones de los tembetás de esta cuenca podrían hablarnos, quizás, de un sentido de diferenciación mucho más marcado que en otras zonas, lo que se condice con la gran variabilidad de expresiones que en ella se observa también en otras materialidades del PAT, tales como la cerámica o la producción de metales (Niemeyer *et al.*, 1989; Troncoso *et al.*, 2016a).

Dentro de las expresiones materiales del PAT que han llegado hasta nosotros, los cuerpos cumplen un papel fundamental. Así lo demuestran no solo los tembetás —como evidencia de la práctica de modificación y ornamentación labial—, sino también otros múltiples elementos de adorno corporal, tales como collares de cuentas, cintillos, brazaletes, placas pectorales y anillos (Niemeyer *et al.*, 1989; Troncoso, 2019). Por otra parte, los cuerpos humanos —y muy especialmente los rostros— aparecen representados profusamente en el arte rupestre y en la cerámica de este período: en el primer caso, a través de las denominadas «cabezas tiara», figuras que han sido interpretadas como individuos portando adornos cefálicos (Troncoso, 2019), y cuyas manifestaciones más características se encuentran en la cuenca del Limarí; en el segundo, en vasijas con modelados antropomorfos halladas en esta misma zona, donde la atención suele centrarse en el tercio superior del cuerpo y, sobre todo, en las cabezas y sus rasgos característicos (ojos, nariz, boca) (Pérez, 2015; Troncoso, 2019). El uso de tembetás habría contribuido

a remarcar esa importancia atribuida a los rostros, generando un particular interés visual en dicha zona del cuerpo y otorgando a sus portadores un elemento de diferenciación respecto de quienes no los utilizaban.

Otra vía para comprender el tembetá en cuanto medio de modificación facial consiste en asociar el gesto de «sacar» o «extraer» una parte del cuerpo que supone su postura con la acción análoga que subyace a la producción de numerosas evidencias del registro arqueológico del PAT en el NSA. Durante este período, por ejemplo, el grabado de surco profundo reemplaza a la pintura como método preferido de elaboración de arte rupestre (Troncoso, 2019), tal como ocurre en la alfarería, donde predominan las decoraciones incisas y grabadas (Pérez, 2015). Asimismo, aumenta considerablemente en este lapso el número de piedras tacitas, formadas mediante la horadación de grandes bloques de roca (Pino *et al.*, 2018). Las propias decoraciones que se observan en los tembetás están hechas también por extracción, ya sea recurriendo a líneas incisas o a pulidos diferenciales (González, 2018a). Por último, las orejeras —artefactos de modificación corporal presentes en diferentes lugares del NSA en contextos PAT (Niemeyer *et al.*, 1989)— habrían tenido un mecanismo de postura bastante similar al de los tembetás, basado igualmente en la idea de extracción.

Atendiendo a lo acotado de su registro, el tembetá —en lo que se refiere a su uso propio como artefacto labial— puede ser considerado como un elemento identitario de los grupos que poblaron los territorios del NSA durante el PAT⁶. Aunque poco sepamos respecto de su origen en la región y de las razones de su desaparición, su presencia constituye una expresión material de las diversas maneras en que las poblaciones alfareras tempranas que habitaron estos territorios se apropiaron de sus cuerpos y de cómo fueron variando determinados patrones conductuales en el tiempo (Troncoso, 2019).

A pesar de que la producción y el uso de cerámica no implicó grandes transformaciones —como solían plantear los enfoques clásicos, que la consideraban como un marcador de sedentarización, agriculturización y

⁶ Si bien se ha reportado su aparición en contextos posteriores asociados a las culturas Las Ánimas y diaguita, se trata de ejemplares que habrían sido reutilizados presumiblemente como colgantes, según lo sugiere la presencia de agujeros en puntos específicos de las piezas (Iribarren 1958; Niemeyer *et al.*, 1998).

complejización social—, los desarrollos del PAT sí implicaron nuevas dinámicas en territorios como el Limarí. Durante este período se observa en la zona un repliegue de las ocupaciones hacia los sectores interiores, un cambio en la producción de arte rupestre, la proliferación de piedras tacitas y un vuelco hacia un mayor consumo vegetal en las poblaciones (Troncoso *et al.*, 2016b). Tales transformaciones probablemente tuvieron como correlato ciertos cambios en la forma en que las personas percibían y representaban los cuerpos —los que, a fin de cuentas, son el producto de una construcción social—, de los cuales la adopción, uso y posterior abandono de los tembetás —y su posterior resignificación bajo nuevas lógicas performativas— constituye una manifestación elocuente.

CONCLUSIÓN

Las maneras en que la arqueología ha clasificado sus objetos de estudio y definido los fenómenos sociales se sustentan en las formas hegemónicas contemporáneas de relacionarse con el mundo y sus diferentes elementos, sobre todo al momento de hablar de cuerpos y objetos asociados a él (Armstrong, 2019). Tributarios de dicho paradigma, los trabajos clásicos se limitaron a considerar los tembetás como meros «adornos», enunciando interpretaciones restringidas que no indagaban en profundidad las implicancias corporales, cotidianas y performáticas de estas piezas. Estas últimas fueron las que pretendimos poner de relieve, al menos inicialmente, en el presente trabajo.

Para ello, se planteó el análisis de los tembetás de la colección del Museo del Limarí con un enfoque relacional, es decir, entendiendo los objetos en función de las relaciones que establecieron con otros elementos del mundo en cuanto agentes de una determinada práctica. Así, el tembetá se inserta dentro de una red en la que interactúa, por una parte, con un medio ambiente y elementos materiales no humanos (las materias primas, por ejemplo) y, por otra, con elementos humanos tangibles (los cuerpos) e intangibles (los mensajes simbólicos o los sentidos de pertenencia social), en un ensamblaje complejo y dinámico.

Como vía de entrada a la conceptualización del cuerpo desde la arqueología, el tembetá constituye un artefacto con mucho potencial investigativo,

al cual nos hemos aproximado aquí de manera preliminar. Entre los aspectos de la colección que quedan por indagar se encuentra la identificación detallada de las materias primas, el análisis de las huellas de uso, un cotejo más exhaustivo de los datos contextuales y la comparación de las piezas con aquellas registradas en áreas vecinas, así como la exploración de sus significados sociales específicos. Igualmente importante será, por último, continuar este trabajo con otras piezas que han permanecido por décadas alojadas en las vitrinas y depósitos de los museos; enfrentarnos a ellas con preguntas de investigación novedosas y enfoques teóricos críticos nos permitirá seguir remediando la forma en que se construye la historia de nuestros territorios.

AGRADECIMIENTOS

Al Museo del Limarí, en especial a Marco Sandoval, Francisca Contreras y Guillermo Villar, por su apoyo, colaboración y buena disposición. Al equipo del Fondecyt N.º 1200276, especialmente a Andrés Troncoso, investigador responsable del proyecto, por su acogida y retroalimentación constante en mi labor investigativa. Finalmente, a Daniela Mahana por su paciencia y apoyo en todo el proceso de escritura, y a Macarena Dolz por sus comentarios y apreciaciones sobre el trabajo.

REFERENCIAS

- Ampuero, G. e Hidalgo, J. (1975). Estructura y proceso en la prehistoria y protohistoria del Norte Chico de Chile. *Chungará*, 5, 87-124.
- Appadurai, A. (1991). Global ethnoscaples: Notes and queries for a transnational anthropology. En Fox, R. (ed.), *Recapturing anthropology: Working in the present*. (pp. 91-210). Santa Fe: School of American Research Press.
- Armstrong, F. (2019). Cuerpos de madera. Diversidad y relacionalidad en objetos antropo/zoomorfos de Rapa Nui obtenidos entre los siglos XVIII y XX. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 24(2), 89-105.
- Brain, R. (1979). *The decorated body*. Nueva York: Harper and Row.
- Butler, J. (2018). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.

- Cantarutti, G. (2002). *Estadio Fiscal de Ovalle, redescubrimiento de un sitio diaguita-inca en el valle de Limarí*. (Memoria para optar al título de arqueólogo). Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Castillo, G. y Kuzmanic, I. (1979-1981). Registro de colecciones inéditas del complejo cultural El Molle. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, (17), 122-231.
- Cornely, F. (1944). Cultura de El Molle. *Revista Chilena de Historia Natural*, (48), 28-48.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Gell, A. (1998). *Art and agency: An anthropological theory*. Oxford: Clarendon Press.
- Geller, P. (2009). Bodyscapes, biology and heteronormativity. *American Anthropologist*, (111), 504-516.
- González, R. (2018a). *Perforando la prehistoria: Una aproximación a la heterogeneidad de las poblaciones del Periodo Alfarero Temprano del Norte Semiárido a partir de los tembetás*. (Tesis para optar al grado de magister en Arqueología). Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- González, R. (2018b Ms.). *Informe del análisis de tembetás, sitio SMR-5*. Manuscrito en posesión del autor.
- Iribarren, J. (1950). *Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá*. Ovalle: Talleres Gráficos El Tamaya.
- Iribarren, J. (1958). Nuevos hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de La Turquí, Hurtado. *Revista Arqueología Chilena*, (4), 13-40.
- Keddie, G. (1981). The use and distribution of labrets on the North Pacific Rim. *Syesis*, (14), 59-80.
- Keddie, G. (1989). Symbolism and context: The world history of the labret and cultural diffusion on the Pacific Rim. *Circum-Pacific Conference, Session* (Vol. 8).
- La Salle, M. (2013). Labrets and their social context on coastal British Columbia. *BC Studies: The British Columbian Quarterly*, (180), 123-153.
- Méndez, C. y Jackson, D. (2008). La ocupación prehispánica de Combarbalá: una propuesta sintética. *Chungará*, 40(2), 107-119.
- Méndez, C., Troncoso, A., Pavlovic, D. y Jackson, D. (2009). Movilidad y uso del espacio entre cazadores-recolectores tardíos en espacios cordilleranos del Norte Semiárido de Chile. *Intersecciones en Antropología*, (10), 313-326.

- Niemeyer, H. (1955). Investigación arqueológica en el valle del Huasco. *Notas del Museo*, (4). La Serena: Museo Arqueológico de La Serena.
- Niemeyer, H., Castillo, G. y Cervellino, M. (1989). Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle (0 a 800 d. C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile, Prehistoria* (pp. 227-263). Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Niemeyer H., Cervellino, M. y Castillo, G. (1998). El período temprano del horizonte agroalfarero en Copiapó. En Niemeyer, H., Cervellino, M., y Castillo, G. (eds.). *Culturas prehistóricas de Copiapó* (pp. 61-114). Copiapó: Museo Regional de Atacama.
- Pavlovic, D. (2004). Dejando atrás la tierra de nadie: Asentamientos, contextos y movilidad de las comunidades alfareras tempranas del Choapa. *Werken*, (5), 39-46.
- Pérez, I. (2015). *El complejo cultural El Molle en los valles de Elqui y Limarí: Una aproximación a partir de sus conjuntos alfareros de vasijas completas*. (Memoria para optar al título de arqueóloga). Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Pérez, I. (2018). *La cultura El Molle en el Museo del Limarí: Una aproximación a sus objetos y contextos*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. https://www.museolimari.gob.cl/635/articles-83497_archivo_PDF.pdf
- Pino, M., Troncoso, A., Belmar, C. y Pascual, D. (2018). Bedrock mortars in the semiarid north of Chile (30°S): Time, space and social processes among Late Holocene hunter-gatherers. *Latin American Antiquity*, 29(4), 793-812.
- Planella, M. T., Belmar, C., Quiroz, L., Niemeyer, H., Falabella, F., Alfaro, S., Echeverría, J., Albornoz, X., Carrasco, C. y Collao-Alvarado, K. (2018). Saberes compartidos y particularidades regionales en las prácticas fumatorias de sociedades del periodo Alfarero Temprano del norte semiárido, centro y sur de Chile, América del Sur. *Revista Chilena de Antropología*, (37), 20-57. doi: 10.5354/0719-1472.49072
- Polhemus, T. (1978). Special problems and perspectives. Introduction. En Polhemus, T. (ed.), *The body reader. Social aspects of the human body* (pp. 149-153). Nueva York: Pantheon Books.
- Quevedo, S. (1982). Análisis de los restos óseos humanos del yacimiento arqueológico de El Torín. En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 59-178). Museo Arqueológico de La Serena.

- Robb, J. y Harris, O. (2013). *The body in history: Europe from the Palaeolithic to the future*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Seeger, A. (1975). The meaning of body ornaments: a Suya example. *Ethnology*, 14(3), 211-224.
- Torres-Rouff, C. (2010). Piercing the body: Labret use, identity, and masculinity in prehistoric Chile. En A. Baadsgaard, A. Boutin y J. E. Buikstra (eds), *breathing new life into the evidence of death: Contemporary approaches to bioarchaeology* (pp. 153-178). Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- Troncoso, A. (2019). *Una historia de los cuerpos en el arte prehispánico de la Región de Coquimbo*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. https://www.museolimari.gob.cl/635/articles-94423_archivo_01.pdf
- Troncoso, A. y Pavlovic, D. (2013). Historia, saberes y prácticas: Un ensayo sobre el desarrollo de las comunidades alfareras del Norte Semiárido Chileno. *Revista Chilena de Antropología*, (27), 101-140.
- Troncoso, A., Cantarutti, G. y González, P. (2016a). Desarrollo histórico y variabilidad espacial de las comunidades alfareras del Norte Semiárido. En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile: Desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 319- 364). Santiago: Editorial Universitaria.
- Troncoso, A., Vergara, F., Pavlovic, D., González, P., Pino, M., Larach, P., Escudero, A., La Mura, N., Moya, F., Pérez, I., Gutiérrez, R., Pascual, D., Belmar, C., Basile, M., López, P., Dávila, C., Vásquez, M. J. y Urzúa, P. (2016b). Dinámica espacial y temporal de las ocupaciones prehispánicas en la cuenca hidrográfica del río Limarí (30° Lat. S). *Chungará*, 48(2), 199-224.
- Watts, C. (2013). Relational archaeologies: Roots and routes. En C. Watts (ed.), *Relational archaeologies: Human, animals, things* (pp. 1-20). Londres: Routledge.
- Westfall, C. (1993-1994). Pipas prehistóricas de Chile. Discusión en torno a su distribución y contexto. *Revista Chilena de Antropología*, (12), 123-161.

LECTURA TECNO-ECONÓMICA DE LÍTICOS FUEGUINOS DE ISLA NAVARINO (~55° SUR)

Flavia Morello

INTRODUCCIÓN

El valor patrimonial de los artefactos de piedra tallada reside de manera indiscutible en dos de sus características esenciales: primero, las inigualables prerrogativas de conservación de las rocas como materia prima y, segundo, en la información cultural que contienen como artefactos, encarnando el significado de sus raíces latinas “artis” (arte) y “factus” (hecho) (cfr. <http://etimologias.dechile.net>). Considerando estos aspectos se seleccionó un conjunto de materiales líticos del Museo Antropológico Martin Gusinde (MAMG) en la Comuna de Cabo de Hornos, Puerto Williams, con el objeto de desarrollar su estudio arqueológico desde una perspectiva tecno-económica.

La selección de la colección de artefactos se fundamentó en la disponibilidad de información contextual para el conjunto de restos líticos del sitio Puerto Williams 70 y el interés museográfico de algunas piezas, aunque no tuvieran información precisa de procedencia. Por lo anterior, fueron analizadas algunas piezas sin contexto arqueológico de la exhibición. El sitio arqueológico Puerto Williams 70 (PW-70) se ubica en el poblado, junto a la costanera y frente a la rampla que utiliza actualmente Transbordadora Austral Broom (Morello & San Román, 2011). La colección existente en MAMG proviene de una donación realizada por el dueño de la propiedad donde se ubica el yacimiento y corresponde a una recolección no sistemática de restos superficiales y/o removidos de depósitos de hasta 30 cm de profundidad.

El objetivo de este trabajo es caracterizar las dinámicas tecno-económicas que se desprenden del análisis del conjunto de restos líticos y proponer lineamientos preliminares sobre los procesos culturales y sociales asociados. En particular los procesos relacionados con las estrategias económicas utilizadas para el aprovisionamiento de rocas para la talla, la selección de fuentes

particulares y la gestión de estas materias primas líticas. Además, en conjunto, se aborda la identificación de características tecnológicas o modalidades de acción técnica, considerando las cadenas operativas y los métodos desarrollados en la producción de instrumentos.

Los procesos culturales y sociales implican un cuerpo de conocimientos e información compartidos, que propician el comportamiento, que a su vez generan objetos y cultura material. Siguiendo a Whallon, este conocimiento es un elemento importante en la organización y el funcionamiento de las sociedades de cazadores-recolectores y puede entenderse según tres tipos: el conocimiento ambiental, el técnico y el social (Whallon, 2011). A través del análisis de materias primas y tecnología lítica esperamos aproximarnos al conocimiento ambiental y técnico de los grupos cazadores nómadas del mar que habitaron canal Beagle en el pasado, previo a la época de contacto.



Figura 1. Mapa de isla Navarino con la localización del poblado de Puerto Williams y la ubicación de fuentes de rocas utilizadas para la talla. Elaboración propia.

Siguiendo el enfoque de la escuela prehistórica francesa consideraremos el estudio de la tecnología como un elemento clave, entendiendo por tecnología todo aquello que se refiere al estudio razonado de técnicas, incluidos los gestos, y basado en la investigación etnológica. Uno de los aportes teórico-metodológicos más trascendentales de esta escuela ha sido la noción de *chaîne opératoire*. La cadena operativa consiste en seguir paso a paso las trayectorias de transformación tecnológica, desde el suministro de materias primas hasta el abandono de los artefactos, pasando por las etapas de selección, fabricación, uso y/o consumo. Este proceso permite hacer un seguimiento de las operaciones materializadas, de los medios de acción y de los conocimientos puestos en acción (Pigeot, 1987, 2004, 2011; Schlanger, 2005). En un sentido amplio, la tecnología abarca todas las cuestiones relacionadas con la acción humana sobre la materia y distingue tres tipos de fenómenos: objetos (instrumentos que son los medios de la acción humana sobre la materia), procesos (cadenas operativas que agrupan secuencias de gestos-comportamientos) y conocimiento (utilizable o no por los actores). De la misma manera, la cultura material estaría representada por hechos técnicos que implican una acción física sobre la materia pero que también son productos sociales. Por lo tanto, conciernen a los actores, los lugares y las fases de las actividades técnicas, al mismo tiempo (Lemonnier, 1983, 1991).

A continuación se presenta la metodología utilizada, los resultados del estudio de colecciones en el MAMG, la discusión de sus implicaciones y las conclusiones obtenidas.

METODOLOGÍA

El proceso analítico consideró la categorización de cada artefacto por clases generales a partir de una lectura tecnológica y la cuantificación de todas las piezas líticas. Se identifican dos grandes conjuntos de artefactos: los instrumentos y piezas formatizadas que pueden relacionarse con una función o acción, entregando información de las decisiones económicas, y los derivados de núcleo que son restos desechados en el proceso de manufactura de instrumentos y aportan datos tecnológicos esenciales para entender las cadenas operatorias. Luego se identificaron las materias primas y sus características,

y en un tercer nivel de detalle nos concentramos en artefactos con alta información de las elecciones técnicas, como son los núcleos. El conjunto de estos datos se utiliza para evaluar las cadenas operativas implementadas, las etapas presentes y/o ausentes.

Las descripciones técnicas y morfológicas consideraron una combinación de criterios metodológicos utilizados en trabajos previos en Patagonia y Tierra del Fuego (Aschero, 1983; Bate, 1971; Inizan, Reduron, Roche, & Tixier, 1995; Pigeot, 2003; Schidlowsky, 2001).

El estado de conservación de los derivados de núcleos (lascas y láminas) consideró los criterios establecidos por Sullivan y Rozen para distinguir los fragmentos de lascas y láminas sin talón (Sullivan III & Rozen, 1985). Las piezas con talón, pero fracturadas, se han clasificado como piezas enteras en cuanto su integridad se estima en más del 90%, de lo contrario se clasifican como fracturadas. Para los núcleos y los instrumentos, los objetos quebrados que representan menos del 50% de la pieza se consideraron fragmentos, y más del 50% se registran como piezas fracturadas.

El reconocimiento de las técnicas de extracción se basa en los estigmas distintivos del talón en lascas y láminas, enteras y fracturadas. Así, los modos de aplicación de la fuerza se interpretan de acuerdo con las características establecidas en estudios experimentales (Pelegrin, 2000).

Se utilizaron esquemas diacríticos para el análisis detallado de núcleos. Corresponde al diseño esquemático de una pieza, reconstruyendo y mostrando de manera simplificada la concatenación de gestos de talla. Se realiza una lectura del contorno de la pieza, las aristas, nervuras de las extracciones y fragmentos de negativos o positivos visibles. La dirección, sentido y cronología de las extracciones o negativos son indicadas en el esquema con flechas numeradas y la presencia de bulbo (talón) o contra-bulbo son mostradas con un punto en la base de la flecha respectiva. El esquema diacrítico generalmente permite reconstruir una parte o varias de una cadena operatoria (Inizan et al., 1995; Morello, 2005).

La distinción de las materias primas se ha realizado utilizando criterios macroscópicos: el tipo de roca (ígneas, sedimentaria o metamórfica), la textura y tamaño de los granos, el aspecto de la corteza, el color, la calidad y la presencia de inclusiones (cristales y planos de clivaje). Posteriormente se

puso especial atención a las piezas con corteza que presentaran elementos diagnósticos de la morfología del nódulo natural que fue seleccionado, en particular la morfología redondeada en el caso de los nódulos que también son llamados guijarros o cantos rodados, además de nódulos de morfología subredondeada, y bloques angulares o subangulares. Las materias primas líticas se compararon con las fuentes primarias que hemos registrado en isla Navarino y se aplican clasificaciones que se han utilizado para otros conjuntos de Patagonia (Charlin, 2009; Morello, 2018).

La lectura tecnológica, la clasificación por materias primas y la reconstrucción de esquemas diacríticos específicos nos proporcionó el soporte básico necesario para reconstruir las cadenas operativas presentes en el yacimiento arqueológico.

RESULTADOS DE LA LECTURA TECNO-ECONÓMICA

Los artefactos de piedra tallada o líticos de la colección del sitio Puerto Williams 70 (PW-70) suma en total 92 piezas, incluyendo un número importante de instrumentos y piezas formatizadas o en vías de manufactura (10%, N=9), junto con núcleos y derivados de núcleo (90%, N=83).

En la Tabla 1 se presenta la información de las categorías representadas, destacando la alta presencia de núcleos y lascas. Además, el estado de conservación de la colección es buena, en tanto predominan los artefactos enteros y fracturados, que superan levemente el 50% de la colección, conteniendo importante información técnica. No obstante, los fragmentos y desechos indeterminados también representan una proporción alta del conjunto.

Los instrumentos formatizados por retoque fueron confeccionados, en los casos identificables, sobre lascas secundarias (N=2) y angulares (N=2), y un caso sobre placa (bloque angular plano).

Los derivados de núcleo predominantes son lascas, siendo la presencia de láminas anecdótica y la representación de desbaste laminar se refleja sólo en un núcleo y dos lascas con aristas. Los núcleos de la colección incluyen una gran diversidad de configuraciones de desbaste con escasos artefactos asociados a métodos de desbaste sistemáticos, es decir, con una organización planificada para generar predeterminación de las extracciones. Los núcleos que

atestiguan predeterminación incluyen 2 núcleos Levallois (Fig. 2 esquema diacrítico de núcleo Levallois recurrente y de lasca preferencial), un núcleo laminar y uno prismático.

TABLA 1. CATEGORÍAS DE ARTEFACTOS LÍTICOS SEGÚN ESTADO DE CONSERVACIÓN.

CATEGORÍA	ESTADO DE CONSERVACIÓN			TOTAL	
	Entero	Fracturado	Fragmento		
<i>Instrumentos y piezas formatizadas</i>					
Raedera	1				1
Raspador	1				1
Cepillo	2				2
Bifaz			2		2
Lasca retocada			1		1
Placa retocada		1			1
Tajador	1				1
<i>Derivados de núcleo y desechos</i>					
Núcleo	10	3	1		14
Lasca	22	7	25		54
Lámina	1		1		2
Desechos indeterminados				13	13
	38	11	30	13	92
TOTAL	41%	12%	33%	14%	100%

El 64% de lascas y láminas -piezas enteras y fracturadas- arrojaron interesantes resultados sobre las técnicas de preparación de los talones y la fuerza aplicada para la talla. El talón predominante es el tipo liso (36%) y también destaca un alto porcentaje de talones preparados que alcanza a 13 artefactos (36% - facetados, diedros, algunos con abrasión y/o rebaje del dorso), entre otros talones y casos indeterminados. Estos tipos de talones se presentan

coordinados con las técnicas de aplicación de la fuerza de extracción, predominando un 50% de percusión directa con percutor blando, seguido por un 25% de percusión dura y 8% de percusión sobre yunque, además de un 17% de casos indeterminados.

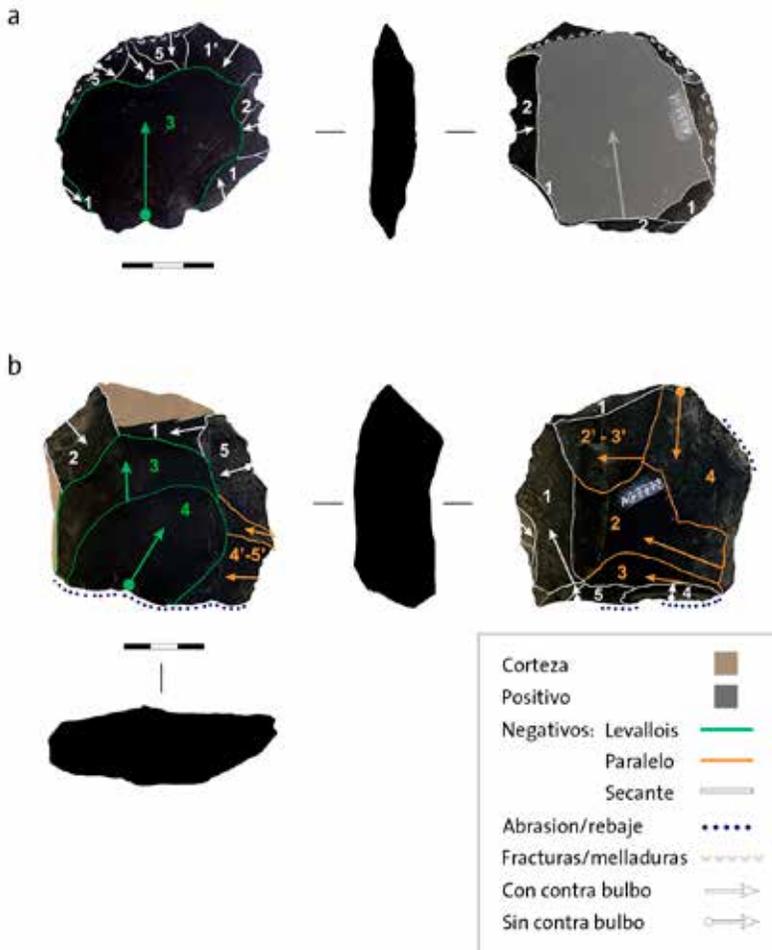


Figura 2. Esquema diacrítico de núcleos (a) Levallois de lasca preferencial y (b) núcleo Levallois recurrente, ambos provenientes del sitio Puerto Williams 70, isla Navarino. Elaboración propia. Artefactos de piedra tallada n°s inv. AG7778 y AG7811, Museo Antropológico Martin Gusinde, Colección Arqueológica.

Las materias primas utilizadas para la talla lítica incluyen un claro predominio de Rocas de Grano Fino Oscuras (RGFO), denominación acuñada por Charlin (2009) para hacer referencia a un conjunto variado de rocas que tienen una apariencia macroscópica común. En PW-70 los artefactos de RGFO suman el 78% (N=72) de la colección y el restante 22% abarca otras materias primas como andesita, sílex gris, cuarcita y pizarra, entre otras indeterminadas. Estas rocas RGFO muestran calidades para la talla variables, prevaleciendo las piezas con características que van de buena a muy buenas para la talla concoidal. No obstante, se registran en las RGFO distintos tamaños de cristales intrusivos, a veces con coloración anaranjada por oxidación, son comunes las líneas de clivaje y la corteza es generalmente fina de color muy claro (blanquecina o crema). Las otras materias primas son de calidad menor, predominando regular a buena y mala.



Figura 3. Vista panorámica de cantera-taller N° 2 en isla Navarino. Fuente: Morello (2018).
Fotografía de Ismael Martínez.

Las fuentes de aprovisionamiento de rocas en isla Navarino son poco conocidas, pero recientemente se han descubierto dos sitios arqueológicos identificados como canteras-talleres donde se registra la presencia de concentraciones acotadas de RGFO y otras rocas como sílex (Morello, 2018). En el caso de las fuentes de RGFO, se observa que la morfología de los nódulos corresponde a bloques angulares con una corteza delgada de color variable entre blanco y café claro (Figuras 3 y 4).



Figura 4. Detalle de la concentración lítica registrada en la cantera-taller N° 2, isla Navarino. Fuente: Morello (2018). Fotografía de Ismael Martínez.

El estudio de la morfología de nódulo utilizando los remanente de corteza observados en las piezas de la colección PW-70 señala que el 76% de los artefactos sobre RGFO provienen de nódulos angulares o subangulares. En el caso de las otras rocas presentes en la colección arqueológica, la morfología es variada con todos los tipos presentes: nódulos redondeados, subredondeados, bloques angulares y subangulares. En este sentido, la comparación entre las características de las fuentes de RGFO ubicadas al interior de la isla Navarino (Fig. 1) y las rocas de las piezas de la colección indican que son muy semejantes.

Las cadenas operatorias presentes muestran cierta completitud en el caso de las piezas sobre RGFO pero se presentan como etapas o piezas aisladas en las otras rocas talladas que se encuentran en la colección. La cadena de talla de RGFO presenta artefactos que se pueden relacionar principalmente con métodos de desbaste de lascas, incluyendo el concepto Levallois (Fig. 2), y en menor grado una tronco de reducción bifacial, predominando en el conjunto la técnica de percusión blanda. Destaca la ausencia de una etapa de reavivado en la cadena operativa, pero esto debe estar relacionado con el origen del conjunto (recolección asistemática). Los instrumentos líticos, probablemente utilizados y confeccionados en el sitio, aluden a actividades domésticas que pueden asociarse con la diversidad de recursos forestales y marinos de la zona, incluyendo una raedera, un raspador, cepillos, un tajador y otros instrumentos.

El análisis de otras piezas aisladas de las colecciones arqueológicas del Museo Antropológico Martín Gusinde nos permitieron ratificar la importancia de RGFO como materia prima lítica de buena calidad para la talla, tanto que esta roca es la dominante en la selección de piedras talladas de todos los sitios arqueológicos de la costa norte de isla Navarino (Fig. 5 a 7). Además, la lectura tecno-económica permite sugerir una reinterpretación para algunas piezas clasificadas originalmente como bifaces-instrumento por su morfología, que corresponderían a núcleos Levallois recurrente con marcas asimilables a la preparación y extracción de lascas invasivas mediante el uso de percusión blanda (Fig. 5). Estas observaciones son coherentes con los datos registrados en la colección del sitio PW-70.



Figura 5. Núcleo tipo bifaz-Levallois en materia prima RGFO. Artefacto de piedra tallada, isla Navarino, Cabo de Hornos, Chile. Museo Antropológico Martin Gusinde, Colección Arqueológica, n° inv. T122. Fotografía de Darío Tapia.



Figura 6. Núcleo laminar sobre materia prima RGFO. Artefacto de piedra tallada, isla Navarino, Cabo de Hornos, Chile. Museo Antropológico Martin Gusinde, Colección Arqueológica, n° inv. T465. Fotografía de Darío Tapia.



Figura 7. Punta de proyectil de tipo yámana en materia prima RGFO. Artefacto de piedra tallada, isla Navarino, Cabo de Hornos, Chile. Museo Antropológico Martín Gusinde, Colección Arqueológica, s. n. Fotografía de Darío Tapia.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La colección de Puerto Williams 70 (PW-70) proviene de un sitio arqueológico de carácter doméstico, antiguo campamento donde se registran restos de un conchal, aves, cetáceos y otros huesos. Aunque sin una adscripción temporal precisa, la ubicación del sitio a escasos metros sobre el nivel del mar permite estimar una cronología relativa reciente, menor a 2000 años antes del presente.

Más allá de los criterios estéticos del valor de un artefacto, las colecciones de piedra tallada o líticos son informativas en tanto se estudian como conjunto y no como piezas aisladas. En este sentido, la lectura tecno-económica nos acerca al conocimiento de las culturas y redes sociales del pasado. Este enfoque nos permite acceder a los aspectos inmateriales que comportan el valor primordial de un artefacto lítico.

El estudio de la colección PW-70¹ nos demuestra que la presencia de núcleos de desbaste Levallois, tanto recurrente como de lasca preferencial, implica que las poblaciones de isla Navarino estaban integradas al circuito de transmisión y circulación de información tecnológica que se ha registrado como una bagaje cultural común para toda Fuego-Patagonia (Morello, 2016). Son una parte importante de la cadena operativa de producción de instrumentos de uso doméstico para cortar, raspar y/o raer. En particular, el método Levallois permite controlar la morfología del soporte o extracción que se talla del núcleo, y que luego servirá como base para el retoque marginal de un borde o filo y la consiguiente confección de un instrumento.

El método Levallois fue aplicado de manera habitual durante el Holoceno medio y tardío, como parte de los comportamientos técnicos seleccionados en tiempos prehistóricos y constituyendo parte del cuerpo de conocimientos e información compartidos en la región desde al menos 7000 años hasta tiempos recientes.

Destaca igualmente el predominio de acciones de desbaste por sobre la formatización de bifaces, aunque están presentes en baja proporción en la colección PW-70. Esto es muy significativo si lo sumamos a la gran importancia de la técnica de percusión blanda en todo el conjunto y nos lleva a relacionar estos procesos técnicos en las cadenas operatorias de desbaste. Así, tanto el método Levallois definido a partir del uso exclusivo de percusión dura, como las variantes regionales observadas en otros conjuntos que se evidencian como innovación a través del uso de percusión blanda, se presentan en isla Navarino en el marco de la materialización de este tipo de desbaste complejo, abstracto y con predeterminación (Morello, 2016).

La comparación entre las características de las fuentes de RGFO ubicadas muy lejos del litoral de canal Beagle y las rocas de los artefactos de las colecciones del MAMG, indican que probablemente se trata de la misma fuente de aprovisionamiento. El conocimiento de estas fuentes sería parte integrante del patrimonio de las comunidades indígenas prehistóricas, siendo

¹ Los instrumentos estudiados de la exhibición, que carecen de información contextual, no fueron sujeto de un análisis más profundo pues su aporte a la discusión es muy limitado.

seleccionadas con relación a la excelente calidad de las materias primas predominantes. Como es el caso de RGFO, las fuentes primarias están ubicadas en la zona alto andina de isla Navarino y representan un conocimiento ambiental muy especializado y, también, rompe con la creencia tradicional que el ámbito de movilidad de los cazadores-recolectores nómades de mar se limitada a la costa y no a los terrenos al interior de las islas del archipiélago fueguino. Al respecto, las fuentes de aprovisionamiento actual de RGFO, y otras rocas talladas, se encuentran a varios kilómetros del litoral y al menos a un día de caminata (Fig. 1). Las dos fuentes registradas hasta el momento se encuentran sobre los 450 y 600 msnm (Morello, 2018).

En resumen, esperamos haber aportado con la información de esta colección fueguina a develar una pequeña parte de las dinámicas tecno-económicas que se desarrollaron en el pasado y que muestran partes de los procesos culturales y sociales que vivieron las sociedades cazadoras-recolectoras del fin del mundo.

REFERENCIAS

- Aschero, C. (1983). *Ensayo para una Clasificación Morfológica de Artefactos. Apéndice A y B*. Buenos Aires.
- Bate, F. (1971). Material Lítico: Metodología de Clasificación. *Noticiario Mensual del Museo de Historia Natural, 181-182*, 3-23.
- Charlin, J. (2009). *Estrategias de aprovisionamiento y utilización de las materias primas líticas en el campo volcánico Pali Aike (prov. Santa Cruz, Argentina)*. Oxford: Archaeopress BAR S1901.
- Inizan, M.-L., Reduron, M., Roche, H., & Tixier, J. (1995). *Technologie de la Pierre Taillée* (Vol. 4). Meudon: CREP (Cercle de Recherches et d'Études Préhistoriques, CNRS).
- Lemonnier, P. (1983). L'Étude des systèmes techniques, une urgence en Technologie Culturelle. *Techniques et Culture, 2*, 11-34.
- Lemonnier, P. (1991). De la culture matérielle à la culture ? Ethnologie des techniques et Préhistoire. En E. APDCA (Ed.), *25 ans d'études technologiques en Préhistoire* (pp. 15-20). Juan-les-Pins: XIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes.

- Morello, F. (2005). Tecnología y métodos para el desbaste de lascas en el norte de Tierra del Fuego: los núcleos del sitio Cabo San Vicente. *Magallania*, 33, 29–56.
- Morello, F. (2016). *L'industrie lithique de part et d'autre du Déroit de Magellan, en Patagonie et Terre de Feu : dynamiques techno-culturelles du peuplement durant l'Holocène* (Doctorado). Universidad de Paris 1 Panthéon-Sorbonne, Paris.
- Morello, F. (2018). *Informe de Sitios Arqueológicos en Dientes de Navarino: Canteras-Talleres en la Zona Altoandina de Isla Navarino*. Punta Arenas.
- Morello, F., & San Román, M. (2011). *ANEXO IV INFORME FINAL. Componente Arqueológico. Estudio de Ingeniería Mejoramiento Ruta Y-905, Williams-Navarino, varios sectores, XII Región de Magallanes y Antártica Chilena*. Punta Arenas.
- Pelegrin, J. (2000). Les techniques de débitage laminaire au Tardiglaciaire: critères de diagnose et quelques réflexions. *Mémoires du Musée de Préhistoire d'Ile de France*, 7, 73–79.
- Pigeot, N. (1987). *Magdaléniens d'Étiolles : économie de débitage et organisation sociale*. Paris: Éditions CNRS.
- Pigeot, N. (2003). L'Économie de la taille de la pierre. En D. Legoupil (Ed.), *Cazadores-Recolectores de Ponsonby (Patagonia austral) y su paleoambiente desdeVI al III milenio A.C.* (Universidad de Magallanes, pp. 117–164). Punta Arenas: MAGALLANIA Vol. 31, número especial.
- Pigeot, N. (2004). *Les derniers magdaléniens d'Étiolles. Perspectives culturelles et paléohistoriques*. Paris: Éditions CNRS.
- Pigeot, N. (2011). Chaînes opératoires: contexte théorique et potentiel cognitif. En R. Treuil (Ed.), *L'archéologie cognitive* (pp. 149–171). Fontenay-le-Comte: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- Schidlowsky, V. (2001). *Les premiers chasseurs maritimes et les chasseurs terrestres de Patagonie australe. Comportements techno-économiques et identité culturelle: contribution de la technologie lithique*. (Vol. 954). BAR International Series.
- Schlanger, N. (2005). "Suivre les gestes, éclat par éclat" - la chaîne opératoire d'André Leroi-Gourhan. En F. Audouze & N. Schlanger (Eds.), *Autour de l'homme: contexte et actualité d'André Leroi-Gourhan* (pp. 2–25). Paris.
- Sullivan III, A. P., & Rozen, K. C. (1985). Debitage analysis and archaeological interpretation. *American Antiquity*, 50, 755–779.

Whallon, R. (2011). An Introduction to Information and its role in hunter-gatherer bands. En R. Whallon, W. A. Lovis, & R. K. Hitchcock (Eds.), *Information and its Role in Hunter-Gatherer Bands* (Vol. Ideas, Debates, and Perspectives 5, pp. 1–27). California: Cotsen Institute of Archaeology Press.

AUTORES

Benjamin Ballester. Arqueólogo, Universidad de Chile, máster de Investigación en Arqueología de la Prehistoria y Protohistoria y candidato a doctor en Arqueología, Universidad París 1 Panteón-Sorbona. Abarcando aspectos como tecnología, intercambio, movilidad, parentesco y asentamiento, su trabajo reflexiona sobre la arqueología, historia y antropología de los colectivos costeros de Atacama, desde el primer poblamiento hasta la actualidad.

Daniel Pascual. Arqueólogo, Universidad de Chile. Académico del Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado. Ha dedicado su desarrollo profesional al estudio de grupos cazadores-recolectores del Norte Semiárido de Chile, con un fuerte enfoque en las dinámicas de movilidad, formas de uso del espacio y tecnología. También ha realizado investigaciones sobre poblaciones pre-hispanas de Chile central y sus relaciones sociopolíticas con el inca, poniendo de relieve las transformaciones de su cultura material.

Rolando González. Arqueólogo y magíster en Arqueología, Universidad de Chile. Se ha dedicado al estudio de la prehistoria del Norte Semiárido, con énfasis en el análisis de ornamentos corporales y de evidencias ictioarqueológicas. Cuenta con experiencia en el trabajo con colecciones, mediación y educación en museos, y es parte del equipo de Museo Di, proyecto museológico virtual dedicado a la recuperación del patrimonio y memoria de la comunidad LGBTIQ+ en Chile.

Rodrigo Mera. Arqueólogo, Universidad de Chile. Trabaja preferentemente en la región centro-sur de Chile, entre el Biobío y Chiloé, abordando de manera integral el estudio de los diferentes períodos y materialidades culturales presentes en el área. Desde 1995 ha participado en los distintos ámbitos en que se desarrolla la disciplina, incluyendo proyectos de investigación, patrimoniales y consultorías ambientales.

Doina Munita. Arqueóloga, Universidad de Chile, magíster en Planificación y Gestión Territorial de la Universidad Católica de Temuco. Ha realizado investigaciones, asesorías patrimoniales, ambientales y docencia universitaria, siendo sus

principales líneas de trabajo las ocupaciones arqueológicas costeras, los estudios líticos y la arqueología en el Wallmapu.

Simón Urbina. Arqueólogo y doctor en Historia, Universidad de Chile. Director de la Escuela de Arqueología de la Universidad Austral de Chile, Sede Puerto Montt. Miembro de la Sociedad Chilena de Arqueología y de la Red de Educadores Patrimoniales de la Región de Los Ríos. Ha participado en proyectos de restauración y puesta en valor en los castillos que conforman el sistema defensivo de Valdivia y en investigaciones arqueológicas que abordan las relaciones interculturales en Valdivia y su jurisdicción durante el período colonial.

Flavia Morello. Arqueóloga, Universidad de Chile y doctora en Arqueología, Universidad de París 1 Panteón-Sorbona. Investigadora y docente del Centro de Estudios del Hombre Austral del Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Sus líneas de investigación se vinculan con el poblamiento indígena, las culturas, tecnologías y patrimonios de Fuego-Patagonia.

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de quinientos ejemplares, en el mes de marzo de 2021
en Andros Impresores.
Santiago de Chile.

